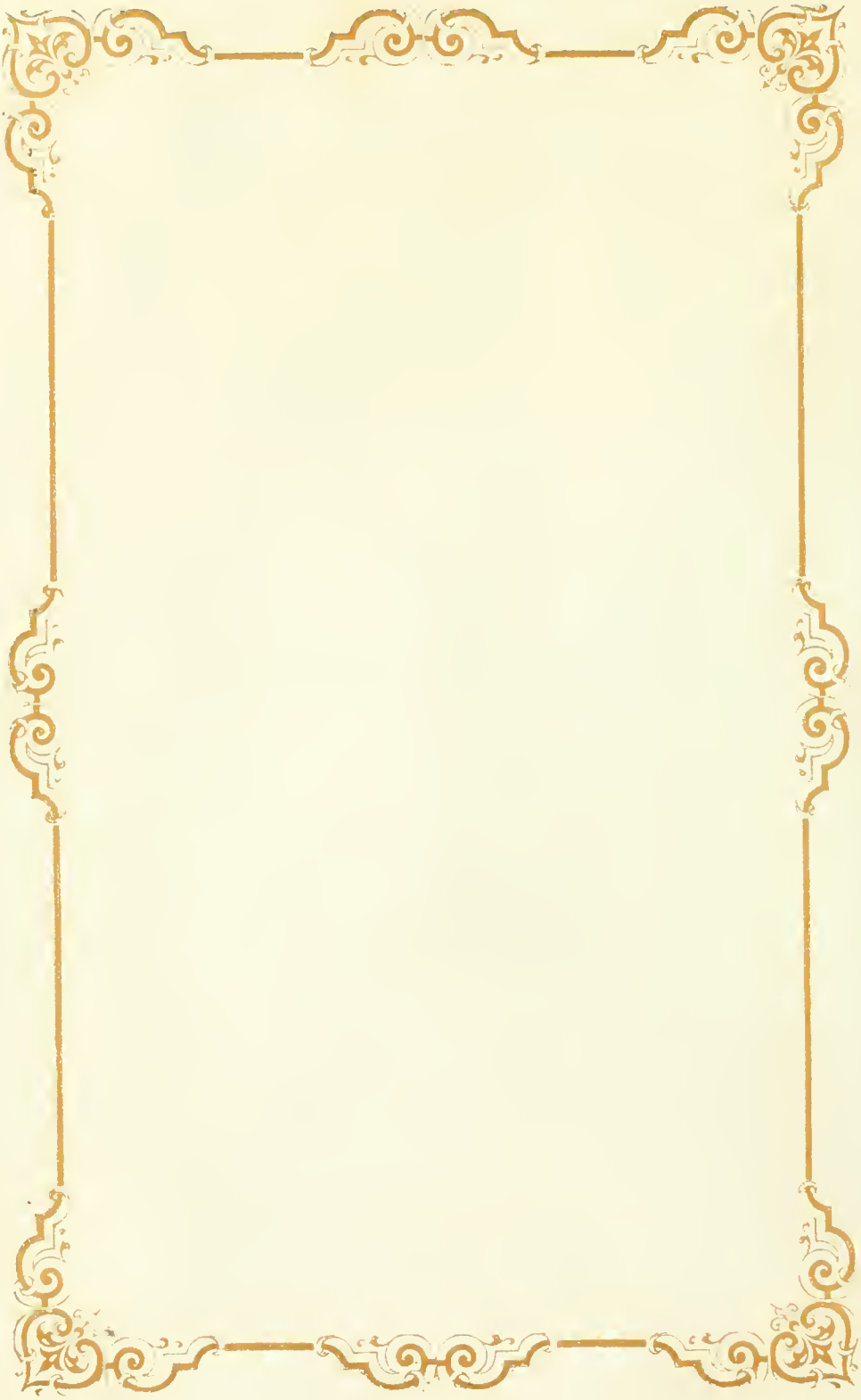
ROMANCERO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO.



LS.C
G9843r

ROMANCERO

ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO,

ESCRITO POR NUESTROS PRIMEROS POETAS,

DEDICADO

Á S. A. R. EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTÚRIAS

y publicado bajo la direccion

DE D. JOSÉ MARÍA GUTIERREZ DE ALBA.

484825
1. 2 49

MADRID.—1863.
Establecimiento tipográfico de Gregorio Estrada
Hortaleza, 5 y 7.

Esta obra es propiedad de su Director y queda bajo el amparo y proteccion de las leyes para los efectos oportunos.

Se ha hecho el depósito prevenido por las disposiciones vigentes.

DEDICATORIA

Á S. A. R. EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTÚRIAS.

SERENÍSIMO SEÑOR:

Al dar á luz el ROMANCERO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO, creemos satisfacer una necesidad moral y social de nuestra época, dando á la literatura popular, casi abandonada hasta hoy, la vida y la importancia que debe tener por su poderosa influencia en nuestras costumbres.

Mañana, Serenísimo Señor, la Providencia Divina os llamará á regir los altos destinos de la nacion española, y á consumar la grande obra de su regeneracion, tan felizmente inaugurada por S. M. la Reina, vuestra Augusta Madre, á quien la historia reserva una de sus páginas mas gloriosas.

Los nombres de Isabel y de Alfonso han sido siempre para España símbolos de prosperidad y de grandeza. Lo pasado y lo presente legitiman nuestra esperanza en lo futuro. Feliz mil veces la musa popular, que arrulla vuestra infancia con su canto, si logra infundir en el corazon de las nuevas generaciones amor á la virtud y horror al vicio; dichosa si consigue apartar siquiera una espina de la senda de flores que os está preparada.

Dignaos, Serenísimo Señor, admitir con la angelical benevolencia de vuestra alma esta coleccion que espontáneamente brota de la pluma de los primeros poetas españoles, y que el último de todos ellos ofrece á V. A. como un tributo de cariño respetuoso.

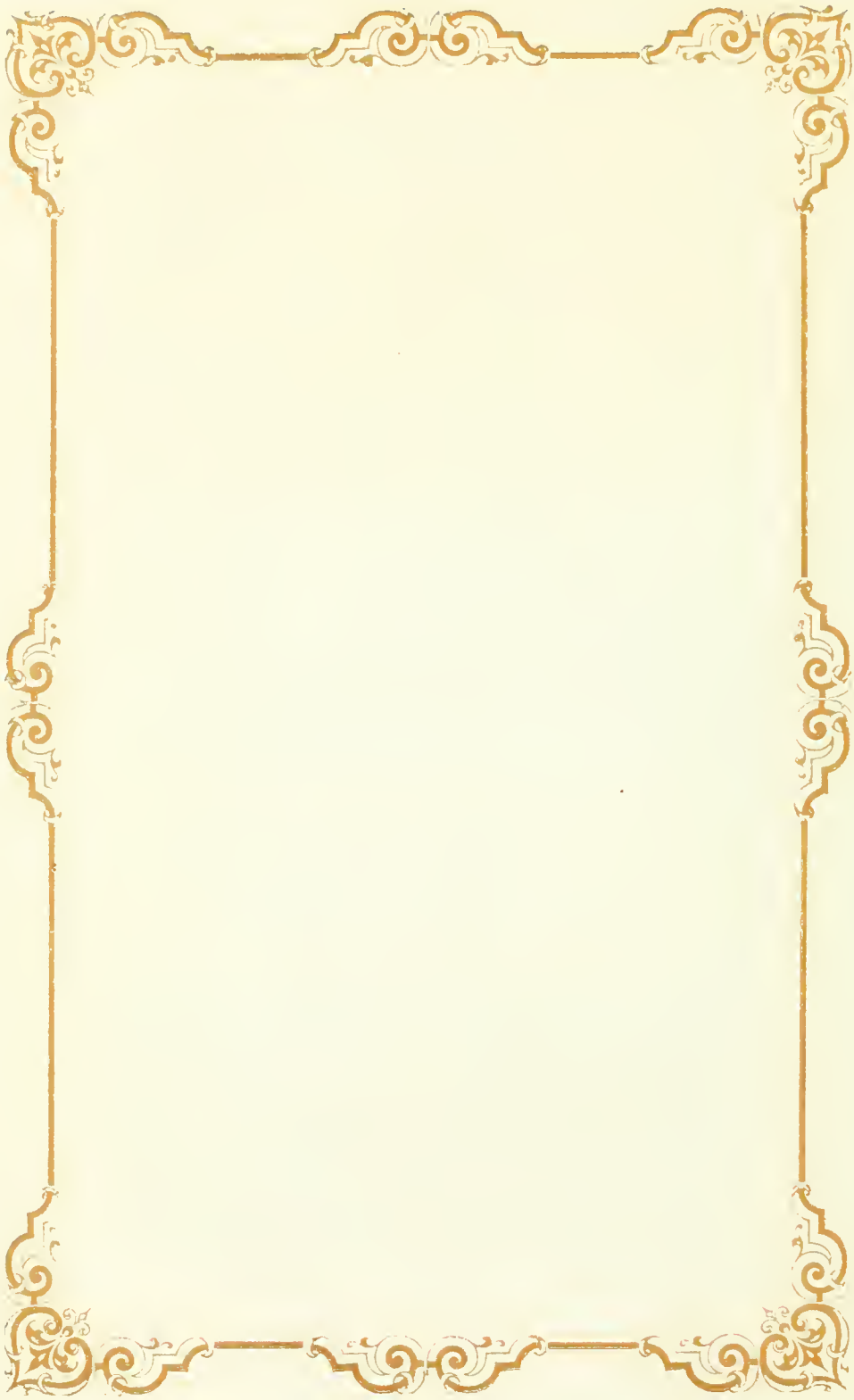
Sermo. Sr.:

A los R. P. de V. A.

José María Gutierrez de Alba

MAYORDOMÍA MAYOR DE S. M.—S. M. la Reina Nuestra Señora (Q. D. G.) se ha dignado acoger con particular benevolencia la publicacion del ROMANCERO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO que V. intenta llevar á cabo, dedicada al Sermo. Sr. Príncipe de Astúrias, cuyo augusto nombre se complace S. M. en asociar desde la infancia á todos los esfuerzos intelectuales que propenden á difundir en la generalidad del pueblo el gusto de la buena literatura, espejo y guia de las glorias nacionales.

De Real órden lo digo á V. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde á V. muchos años. Palacio 3 de Febrero de 1863.—El Duque de Bailén.—Sr. D. José María Gutierrez de Alba



INTRODUCCION.

Á LOS POETAS ESPAÑOLES.

ROMANCE

POR D. JOSE MARÍA GUTIERREZ DE ALBA.

Desde la edad mas remota
Que se registra en los tiempos,
Siempre fué de la poesía
Envidiable privilegio
El hacer con sus encantos
Pensar y sentir al pueblo.
Nadie, como los poetas
Que en no aprendidos conceptos

Daban ingénitas formas
A sus altos pensamientos,
Despertara el entusiasmo
Que vivifica el aliento,
Cantando en calles y plazas,
Ante un auditorio inmenso,
Las hazañas portentosas
De sus ínclitos guerreros.
Su voz fué siempre escuchada
Con religioso silencio,
Si en los pórticos sagrados
De los católicos templos
Ensalzaban las virtudes
De santa piedad modelo;
Y si, del hogar amigos
Y de solaz mensajeros,
Tiernas historias narraban
De dulce contentamiento,
Al pié de un olmo en estío,
Junto al umbroso arroyuelo,
Ó al grato amor de la lumbre
En las veladas de invierno,
Ojos y oidos estaban
De su palabra suspensos.
¿De qué sirve al moralista

Adusto, grave y severo,
Dar al que no ha de escucharlos
Sus saludables consejos?
Quien curar males procura,
Y ofrece amargos remedios,
Muy grave peligro corre
De ver morir al enfermo.
En su loco afan el mundo
Sufre dos males tremendos:
El mirar mucho á la tierra,
Y el olvidarse del cielo.
Si la verdad es amarga,
Y es la verdad el remedio,
Con las dulzuras del canto
Hoy su acíbar ocultemos.
Ávido de sensaciones
Está y de saber sediento
El pueblo, á quien la ignorancia
Sirve de guia y maestro.
Si apagar su sed pretende,
Encuentra charcos infectos
Donde en lugar de aguas puras
Bebe tan solo el veneno,
Orígen de las desgracias
Que llorando conocemos.

Si luz busca en su camino,
No puede rasgar el velo
Con que tenaz se la oculta
El ciego que guia al ciego;
Y las tinieblas que palpa
Tiene por claros destellos.
Si nadie, como el poeta,
Goza el alto privilegio
De hacer con su dulce canto
Pensar y sentir al pueblo,
Hoy la castellana musa
Abata su raudo vuelo;
Al humilde hogar descienda,
Para difundir sus ecos;
Y con la antorcha en la mano,
Su inmensa luz esparciendo,
Con aguas claras convide;
Que aguas de amor y consuelo
En puras fuentes brotaron,
En limpio arroyo corrieron.
Calle la ignorante turba
De esos inmundos copleros,
Afrenta de nuestro siglo,
De la moral vituperio.
No mas sus necios cantares,

Absurdos, torpes, obscenos,
El santo pudor ofendan
De la que en su casto pecho
Guardar la pureza ansía
Que sus padres le infundieron.
No mas del crímen odioso
Se gloritiquen los hechos,
Ni los héroes se confundan
Con asesinos protervos.
No con prodigios soñados
Ni con miserables cuentos
Oscurecer se pretenda
Los milagros verdaderos
De la religion sagrada
De Cristo, Redentor nuestro.
De hoy mas, la musa española,
Pulsando el sonoro plectro,
Y entre el pueblo confundida
Por hidalgos sentimientos,
Cante las nobles virtudes
De algunos héroes modestos,
Que han llegado á ser muy grandes
En fuerza de ser pequeños.
Abra nuevos horizontes,
Y con populares versos,

Las barreras allanando
De la distancia y del tiempo,
Revele mundos que yacen
Entre las sombras envueltos.
A su voz dulce y potente
Surjan del marmóreo lecho
Esos insignes varones
Que á la patria ennoblecieron,
Cuya gloria es nuestra gloria,
Cuyo aliento es nuestro aliento,
Ya que en las venas llevamos
Sangre de nuestros abuelos.
Reina fué la España un dia
Del uno al otro hemisferio;
Grande ha sido nuestra historia;
Grandes son nuestros recuerdos;
Quien tan gran pasado tuvo
Gran porvenir tiene abierto.
Hoy de su letargo vuelve
Nuestra patria: ¡plegue al cielo
Que pueblo que es ya tan grande
Aspire á ser grande y bueno!
Si nadie, como el poeta,
Goza el alto privilegio
De hacer con su dulce canto

Pensar y sentir al pueblo,
Hagamos que el pueblo piense
En el Hacedor eterno,
Que castiga el torpe vicio
Y á las virtudes da premio;
Hagamos tambien que sienta
Cual nuestros padres sintieron;
Que honor y valor aun viven
En los castellanos pechos.
Cantad, insignes poetas,
Gala del hispano suelo;
Que yo, el último de todos
En gloria y merecimientos,
Uniré las bellas flores
Que broten de vuestro ingenio,
Y de ellas formando un ramo
Que no lo marchite el tiempo,
Haré que aspiren su aroma
Los nietos de nuestros nietos.
Cantad, y que en vuestro canto
El niño aprenda y el viejo;
Escúchenlo las doncellas,
Sin abrigar el recelo
De que la paz de su alma
Turben livianos conceptos,

Y la honrada y tierna madre
Halle en él dignos ejemplos
Para mostrar á sus hijos
De la virtud el sendero.
Eso es digno del poeta,
Ya que goza el privilegio
De hacer con su dulce canto
Pensar y sentir al pueblo.

LAS TRES BELLEZAS.

VERSOS Á LA VIRTUD

POR EL SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Dijo en el Pindo un pastor
Á las hermosas de allí :
« Bellezas, venid á mí ;
Quiero cantar la mayor. »

Tres solas fueron al juez
Por la vega ancha florida :
La competencia del Ida
Principió segunda vez.

Llegársele, ya intranquilo,
Vió el pastor á la primera :
Tesoro de encantos era,
Viviente Vénus de Milo.

Naturaleza, empeñada
En su más difícil obra,
Cien gracias le dió de sobra,
La del pudor no sobrada.

Ella el ligero cendal
De los hombros derribando,
«Soy (dijo con eco blando)
La Belleza corporal.»

«De amor, al verte, se inunda
(Repuso el juez) valle y monte:
Ven, y á mi derecha ponte;
Llega la beldad segunda.»

Con laurel se coronaba,
Y un sol en su frente ardia;
La primera seducia,
La segunda arrebataba.

«Hija del Númen Ismenio
(Prorumpió), su lauro doy.
Cántame sola: yo soy
La Belleza del ingenio.»

Sintió el pastor dentro en sí
Fuego inspirador. «Oh! ven,
Ponte á mi diestra. Mas ¿quién
Viene al certámen tras tí!»

Con tímido paso lento
Caminaba la postrera,
Como si allí la tragera
Resistido mandamiento,

Y no avezada á salir
Nunca de su pobre hogar,
Quisiera el valle cruzar,
Excusando el competir.

La envolvian hasta el suelo
Pliegues de un manto de lino :
Rasgos de rostro divino
Dejaba entrever el velo ;

Y de su andar al rumor,
Entre las auras movidas,
Arpa y flores escondidas
Música daban y olor,

Que la razon natural
Creia, sin mas aviso,
Fragancia de Paraiso
Y ecos de arpa celestial.

«Tú eres la beldad sin tilde
(Clamó el pastor) : alza el manto.»
Bajos los ojos en tanto,
Callaba la hermosa humilde.

Tras un momento de calma,
Dijo en los aires expresa
La voz de un arcángel : «Esa
Es la Belleza del alma.

«Con viva solicitud
Conságrale ofrenda pura :
No hay en el mundo hermosura
Más grande que la virtud.»

Asió el pastor anhelante
Del velo á la hermosa en vano :
Con él se quedó en la mano,
Con blanca niebla delante.

Y en las célicas regiones
La voz añadió : «Mortal,
De la Belleza moral
Se juzga por las acciones. »

Y la niebla se aclaró,
Y, en el fondo de un verjel,
España la de Isabel
Al zagal apareció.

Con su corazon á solas,
Que ardor patriótico inflama,
Vió pasar en panorama
Cien virtudes españolas.

El silencio en que han yacido
Su alto valor constituye :
Son el Guadiana, que fluye
Bajo la tierra sin ruido.

El heroismo tal vez
Más digno de admiracion
Queda oculto en un rincon
Sin testigos y sin juez.

Mas viva en tiniebla densa
Quien el bien haciendo vive :
Lo sabe quien lo recibe,
Y Dios que lo recompensa.

Vió el pastor en su lugar
Lo que hoy nuestros ojos ven.
Ya quiere España tambien
La virtud recompensar.

Allí del falaz Apolo
Arroja el cantor la lira :
Su imaginacion inspira
Puro sentimiento solo.

Él quiso dar un laurel,
Y hay ciento aquí prevenidos :
Oigamos con sus oidos,
Viendo y sintiendo con él.

La virtud se ofenderia
Si en épica voz se oyera :
Su gala es ser verdadera,
Y el rubor su poesía.

Contemplad ¡cuán á deshora
Esa doncella trabaja,
Entre luz trémula y baja
Y el rosicler de la aurora!

—«¿Cuándo al reposo te entregas,
Josefa [1]? Va á amanecer.»
—«¡Ay! tengo que mantener
Mi madre y mi hermana ciegas.»

---

1 Josefa Chasco

—«Amalia [1], dame tu mano;
Tu amor con tu mano pido.»
—«Son de mi padre impedido,
Mi anciana madre y mi hermano.»

—«En este claustro hallarán
Fin tus anhelos, María [2].»
—«Mi ama se quedaria,
Si yo la dejo, sin pan.

»Inseparables las dos,
De aquel propósito cedo:
Sierva del mundo me quedo
Por el servicio de Dios.»

—«Niño [3], por fin te curé:
Mas tienes que abandonar
Tu ejercicio militar.»
—«Mi madre pierde mi pré.»

Mirad esa, á quien dejó
La razon sin un destello,
Feroz agarrarse al cuello
De aquella de quien nació [4].

Persigue con furia igual
Á su hermana [5] otra demente.
«¡Afuera! grita la gente.
»Los locos á su hospital.»

---

1 Doña Amalia Roman y Blanco.
2 María Candelas Rubio.
3 Patrocinio García, corneta de corta edad, herido en África.
4 Doña Francisca de Diego.
5 Doña Antonia Fuertes.

—«¡Mi hija! ¡Mi hermana! Yo
La tendré lejos de mí,
Despues de mi muerte sí,
Durante mi vida no.

»Solo las fuerzas apoca
De mi larga resistencia
La lucha con la indigencia,
No el reluchar con la loca.»

Mas ¿qué desgraciado clama
Cuatro anegándose están:
Triunfantes bramando van
El Tajuña y el Jarama.

«Ya la ropa me deseiño.
¡Ánimo! no hay que temer.»
¡Acudid á esa mujer,
Que tiene en brazos un niño!

¡Envia, Dios que lo ves,
Libertador oportuno!
Para los dos hubo uno [1]:
Para hijo y madre hubo tres [2].

De tu sólio á manos llenas
Vierte, Señor, bendiciones
Sobre tantos corazones [3]
Con sangre santa en las venas.

---

1 Estéban Hernandez, jornalero de Arganda.
2 Juan Gascueña, Antonio Gigorro y Juan Manuel Mayoral.
3 Los de los dichos y demás premiados cuyos nombres no caben aqui.

No ha muerto aún, ya se ha visto
Con gozosa maravilla;
No ha muerto aún la semilla
Que echó en el Gólgota Cristo.

Poniendo á los vicios dique,
Premiando el ejemplo bueno,
Se hará que en el buen terreno
Más la virtud fructifique.

Sociedad, que al bien caminas
Cuando así le galardonas,
Valen mucho esas coronas
Que cubren otras de espinas.

Régia mano las ciñó,
Y adquieren más precio ya.
¡Feliz quien el premio da!
Bendito quien le ganó.

BAILÉN.

ROMANCE

POR EL EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS.

I

SEVILLA.

A la capital risueña
De la andaluza comarca,
Que Hércules fundó de Bétis
Sobre las fecundas aguas,
La que cercó Julio César
De muros y torres altas,
La que ganó San Fernando
Con Garci-Perez de Vargas;
A la opulenta Sevilla,
La del encantado alcázar,
La del magnífico templo,

La de la torre gallarda,
Emporio de la riqueza,
De claros ingenios patria,
Y que en los brazos dormia
De la paz y la abundancia;
Llega de cálido polvo
Dejando en pos nube blanca,
Que los caños de Carmona
A la vista borra y tapa
Un anhelante correo
En una sudosa jaca,
Cuyo hijar la espuela rompe,
Y á quien da un látigo alas.
El rostro como de azufre,
Los ojos como de brasa,
Demuestran que es mensajero
De peligros y desgracias.

En corto momento esparce
Nuevas de tal importancia,
Vértigo tan repentino,
Y tan mágicas palabras,
Que la ciudad toda altera,
Que la ciudad toda alarma;
Y la dormida laguna
En mar borrascoso cambia.
Súbito clamor confunde

Las antes tranquilas auras,
Y agitado el pueblo inmenso
Hierve en las calles y plazas.
Plebeyos, nobles y grandes,
Canónigos, hombres de armas,
Frailes, doctores, artistas,
Traficantes y garnachas,
Solo un cuerpo humano forman
Donde solo vive un alma,
Que un solo afan precipita,
Y que un solo grito lanza.
No hay ya opuestos intereses,
No hay ya clases encontradas,
No hay ya distintos deseos,
No hay ya opiniones contrarias,
Ni mas pasion que la ira,
Ni mas amor que la patria,
Ni mas anhelo que guerra,
Ni mas grito que *¡venganza!*

Palacios, talleres, templos,
Conventos, humildes casas,
Academias, tribunales,
Lonjas, oficinas, aulas,
Tórnanse en cuartel inmenso
Donde solo crujen armas,

Solo retumban tambores,
Solo se alistan escuadras.
Plumas, estevas, ciriales,
Pesos, báculos y varas,
Y hasta abanicos y agujas
Se convierten en espadas.
En *guerra y muerte* terminan
De los templos las plegarias.
Terminan en *guerra y muerte*
Los procesos y contratas.
En *guerra y muerte* concluyen
De amor las dulces palabras,
Y desde el sábio discurso
Hasta las vulgares charlas.
¡Vamos á matar franceses!
Prorumpe con fiera andacia
Turba de inocentes niños,
Que hace fusiles de caña.
¡Vamos á matar franceses!
Dice el anciano, que arrastra,
Del báculo con la ayuda,
De un siglo entero la carga.
¡Vamos á matar franceses!
Grita el jóven, que la espalda
Del potro indómito oprime
Blandiendo una antigua lanza.

De la gran ciudad cabeza,
La gigantesca giralda,
Con lengua de eterno bronce,
Cuya voz seis leguas anda,
Al huracan ensordece,
Sobrepuja á las borrascas,
Conmueve la baja tierra,
Y el firmamento traspasa,
Guerra pregonando al mundo,
A *guerra* convoca y llama
A toda la Andalucía,
A toda la extensa España.
Y ciñe la erguida frente,
Al llegar la noche opaca,
De una corona de hogueras,
Que viento y lluvias no apagan:
Bandera del fuego santo
Que se ha encendido á sus plantas,
Cráter del volcan tremendo,
Que en la gran Sevilla estalla.

II.

LA AGRESION.

De oro, de hierro, de barro
Inmensurable coloso,
La frente en las altas nubes,
El pié en los abismos hondos;
De infierno, de cielo y tierra,
Un incomprensible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio,
Alzó de Francia perdida,
Con su brazo portentoso,
Para en él tomar asiento
El despedazado trono.
Idolo de doce siglos,
Y de cien Monarcas sólio,
Que desparecer vió el mundo
Terrorizado y absorto,
Cuando crímenes, virtudes,
Pasiones, furias, enconos,
Saber, ignorancia, errores,
Héroes, gigantes y mónstruos.

De sangre en un mar lo ahogaron,
Y bajo un monte de escombros
Lo sepultaron y hundieron,
Con universal trastorno.
Alzóle pues (para tanto
Dios le dió fuerzas á él solo)
Y aun juzgó para su mole
Pedestal tan grande poco.
Y desde él mandaba el mundo,
Llevando de polo á polo
De tempestades armada
La fuerte mano, á su antojo,
Con un millon de soldados
A quienes él daba el soplo
De vida, y con su gran nombre
Un talisman prodigioso:
Con un ceño de su frente,
Con un volver de su rostro,
Desaparecian imperios
Y se trastornaba el globo.

Este portento, este númen
De bien, de mal, de uno y otro,
Tornó al tranquilo Occidente
Los asoladores ojos.
Y vió á la fecunda España,

La cosechera del oro,
Quemando en su altar inciensos,
Por su gloria haciendo votos:
En actitud tan humilde,
De entusiasmo en tal arrobo,
Que era poderosa ayuda,
Sin poder ser nunca estorbo;
Y de amiga bajo el nombre
Tan adoradora en todo,
Que sangre, riqueza, fama
Juzgaba holocausto corto.
Mas prevaleciendo acaso
En el pecho del coloso
La parte aquella de infierno,
Y la maldad de demonio,
Gritó: «Yo no quiero amigos,
Porque esclavos quiero solo.
¿Cómo aun está enhiesta España?....
Póngase ante mí de hinojos.
Bese mi soberbia planta,
Hunda la frente en el polvo,
Y el palacio de sus reyes
De escabel sirva á mi trono.»
Dijo, y de armas y guerreros,
Por el Pirene fragoso,
Torrente tremendo baja
Al hispano territorio.

Tal vez la celeste parte
Le dió á conocer de pronto
Que iba á despertar leones
Con armígero alboroto.
Y la otra parte mezquina
De hombre, tierra, fango y lodo
Le decidió á usar del fraude,
De la perfidia y del dolo.
Enmascaró sus legiones,
Dió mentido aspecto al rostro,
Vistió de oliva las armas,
Llamó tierno amor al odio;
Y cuando en abrazo inícuo
Ahogó traidor y alevoso
A los príncipes incautos,
Que en él buscaron apoyo,
Y del régio Manzanares
En el coronado emporio
En el exterminio el halago,
La oliva tornó en abrojos;
Hospitalidad, caricias,
Bendiciones y tesoros
Pagando con hierro, muerte,
Incendios, estupros, robos;
Se derramaron sus huestes
A asegurar el despojo,
A encadenar toda España,
Juzgando vencido todo.
Y ya de Sierra-Morena
Humillan con fiero gozo

La alta cerviz, y registran
Con desvanecidos ojos
De Guadalquivir fecundo
Los encantados contornos,
A que preparan insanos
La esclavitud y el oprobio.
Y aparecen á lo lejos
Tan aterradoras, como
La encapotada tormenta,
Que en alas del viento ronco,
De ardientes rayos preñada
Anuncia con truenos sordos
Que á asolar vienen los campos,
Y las riquezas de Agosto.
Hé aquí la angustiosa nueva,
Y el conjuro que de pronto
Causó en la noble Sevilla
Tan impensado trastorno.

III.

LA VICTORIA.

¡Bailén!.... ¡Oh mágico nombre!
¿Qué español al pronunciarlo
No siente arder en su pecho
El volcan del entusiasmo?
¡Bailén!.... la mas pura gloria
Que ve la historia en sus fastos,
Y el siglo presente admira,
Sentó su trono en tus campos.
¡Bailén!.... en tus olivares
Tranquilos y solitarios,
En tus calladas colinas,
En tu arroyo y en tus prados
Su tribunal inflexible
Puso el Dios tres veces santo,
Y de independencia eterna
Dió á favor de España el fallo.

Incline la tierra
Su mísera frente
Al omnipotente
De Francia señor.
¡Viva el Emperador!
Es Dios de la guerra,
Y de polo á polo
Su brazo tan solo
Será el vencedor.
¡Viva el Emperador!
Segura tenemos
Aquí la victoria,
Sin riesgo, sin gloria,
Pero rica asaz.
Marchemos, gocemos
Las grandes riquezas,
É insignes bellezas
De España feraz.
Á Francia gloriosa
¿Quién hay que lo estorbe?
Rendido está el orbe
Á su alto valor.
¡Viva el Emperador!
Su ley poderosa
La España reciba:
Avancemos, ¡viva
De Francia el señor!
¡Viva el Emperador!

Así en infernales voces
Los invencibles, que hollaron,
Sembrando exterminio y muerte,
La Europa del Neva al Tajo,
Las silenciosas cañadas,
Y los fecundos collados
De Bailén, al sol naciente
Con gozo infernal turbaron,
De clarines y tambores,
De armas, cañones y carros,
Relinchos y roncos gritos
Tormenta horrenda formando;
Mas sin saber que una tumba
Era el espacioso campo
Por donde tan orgullosos
Osaban tender el paso.

De repente de la parte
Del Sur el viento les trajo
Rumor de armas y de hombres,
Y los ecos de este canto.
«Ya despertó de su letargo
De las Españas el Leon,
Antes morir que ser esclavos
Del infernal Napoleon.
»Viva el Rey, viva la patria
Y viva la religion.»

Y aparecen los guerreros
Del Guadalquivir preclaro,
Sin pomposos atavíos,
Sin voladores penachos.
La justicia de su parte
Y la razon de su bando,
Con Dios en los corazones
Y con el hierro en las manos;
Y aunque en la guerra bisoños,
Y aunque con órden escaso,
Llevan resuelto á su frente
Al valeroso CASTAÑOS.
Los fieros debeladores
De la Europa asombro y pasmo,
Los fuertes, los invencibles
De mil triunfos coronados,
De limpio acero vestidos,
Con oriental aparato,
De oro y dominio sedientos,
De orgullo bélico hinchados,
Y teniendo á su cabeza,
La sien ceñida de lauros,
A Dupont, caudillo experto,
Duro azote del germano,
Ven con desden y desprecio
Como á inocente rebaño,
Que al matadero camina
Y piensa que va á los prados,
Una turba que há dos meses
En el taller y el arado,

Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.
Y en carcajadas de infierno
Y en burladores sarcasmos
Prorumpen, y furibundos
Al fácil triunfo volaron.

¡No tan fácil! Bramadoras
Las ondas del Océano
Del huracan empujadas
Tienden el inmenso paso.
Raen las arenas profundas
De los abismos, al alto
Firmamento, entumecidas,
Van á encontrar á los astros.
Tragan voraces y rompen
Y aniquilan todo cuanto
Pone á su favor estorbo,
Pone á su curso embarazo.
Y en la humilde y blanda arena
Ó en el informe peñasco
Donde el dedo del Eterno
Escribe *hasta aquí*, pedazos
Se hace su furia espantosa,
Se estrella su orgullo insano,

Y en espuma rota vuela
Su poder, del orbe espanto.
«*El español ardimiento*,
Su fe viva, *su entusiasmo*,
Sean la meta del coloso;»
Pronunció de Dios el labio.
Y lo fueron.— Los valientes
De luciente acero armados,
Los granaderos invictos,
Los belígeros caballos,
Los atronadores bronces
Y los caudillos bizarros,
Que las elevadas crestas
De Moni-Ceni y San Bernardo
Camino fácil hicieron,
Que las ondas humillaron
Del Vístula, y del Danubio,
Del Mosa, del Rhin y el Arno,
No pueden la mansa cuesta
Trepar, del collado manso
De Bailén, ni al pobre arroyo
Del Herrumbral hallar vado.
Y los que mares de fuego
Intrépidos apagaron,
Y muros de bayonetas
Hundieron con un amago,
Del español patriotismo
A los encendidos rayos,
Al hierro de los bisoños,
Al tiro de los paisanos

No osan resistir. Desmayan
Y se fatigan en vano;
Retroceden, se revuelcan
En tierra hombres y caballos,
Y las águilas altivas
Humillan el vuelo raudo,
Ensangrentadas sus plumas,
Hasta perderse en el fango.
Y rendidas las legiones
Que al universo humillaron,
Encadenadas desfilan,
Vuelta su gloria en escarnio,
Ante turba que há dos meses
En el taller y el arado,
Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.

¡Viva España!!! gritó el mundo,
Que despertó de un letargo.
Al grande estruendo apagóse
En el firmamento un astro.
Y al tiempo que, ante las plantas
Del noble caudillo hispano,
Dupont su espada rendia,

Y de sus sienes el lauro,
Desde el trono del Eterno
Dos Arcángeles volaron:
Uno á dar la nueva al polo,
Su nieve en fuego tornando;
Otro á cavar un sepulcro
En Santa Elena, peñasco
Que allá en la abrasada zona
Descuella en el Océano.

UNA SOARÉ!

CURIOSO ROMANCE Y RELACION VERÍDICA

POR EL EXCMO. SR. D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Gervasia, preven las velas:—
Roque, limpia los quinqués.—
Ha venido el repostero?—
Préndeme aquí un alfiler.—
Que ponga el coche Toribio
Y vaya por Isabel.—
Tú, Juan, arregla las mesas
De tresillo y de *ecarté*,
Y en la chimenea luego
Echa dos troncos ó tres.—
Llamad al afinador,
Que el piano está cruel.—
El farol de la escalera

¿Está ya corriente? — Bien. —
Jesús, Jesús, qué muchachos!
No nos dejan entender.
Ea, á la cama! Así no!
Póngase en medio el pastel,
Mas allá la *galantina*
Y el jamon *á la Jerez;*
Lo demás á estotro lado.....
Y no manches el mantel!
Aquí las conservas..... Bueno!
Y los helados despues.—
Usted se encarga del ponche:
Cuidadito, Don Miguel!
No muy cargado. Á la una
Se ha de servir. Está usted?—
Tal algarabía mueve,
Trajinando como diez,
Doña Próspera Ruibamba,
Condesa del Alcacér.
El bueno de su marido,
Nada dice, ó dice amén.
Hombre del antiguo régimen,
Ó se está cazando un mes
En su soto de la Alcarria,
No sin riesgo, á mi entender,
Mientras él apunta á un gamo,
De que le apunten á él,
Si entre dos luces le toman
Por una cabra montés;
Ó, si reside en la corte,

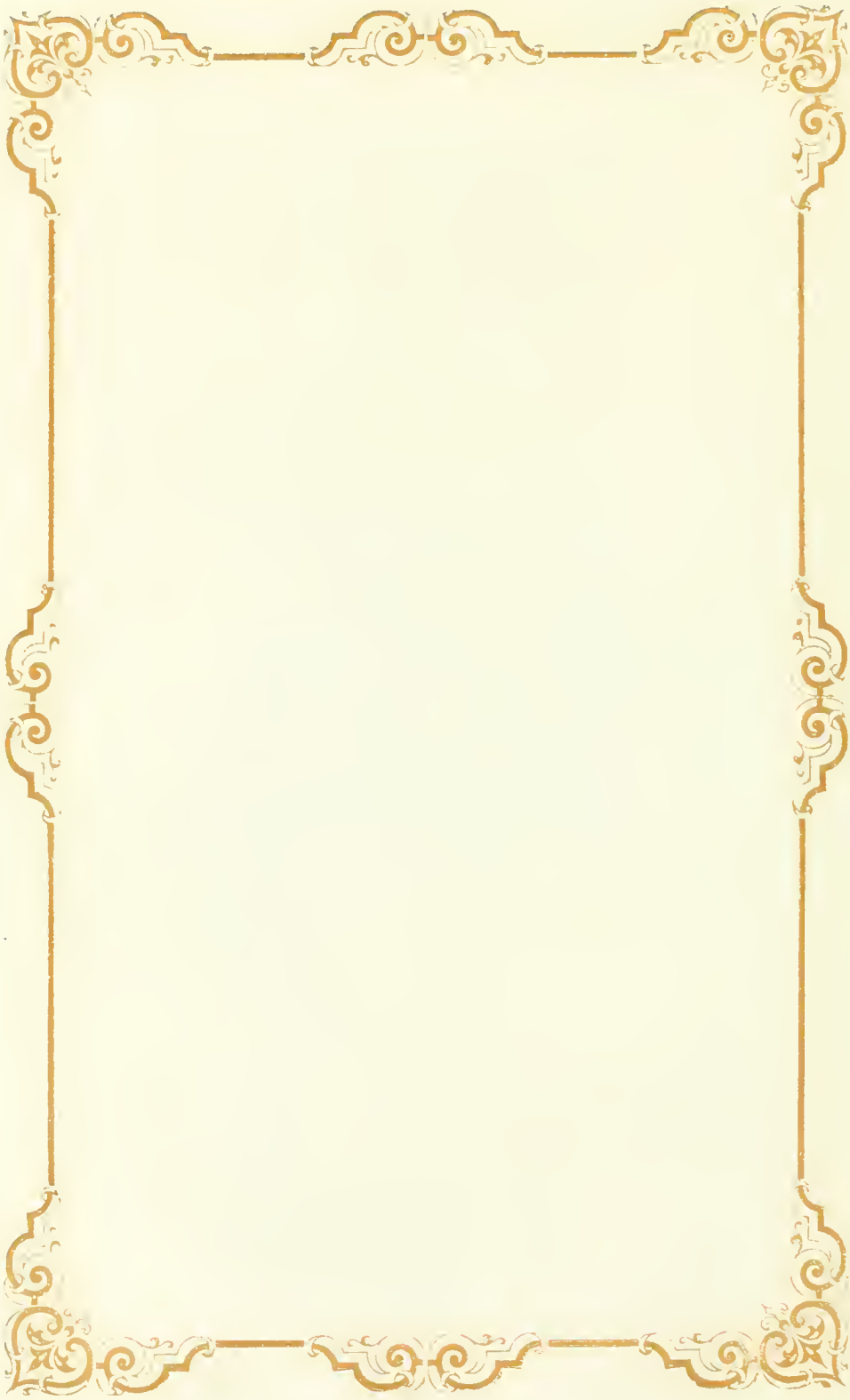
No conoce otro placer
Que comer, dormir, rezar
Y acariciar al lebrel;
Y, para pintarle, en fin,
Con sólo un rasgo, diré
Que va al café de *Levante*,
Y es jugador de ajedrez.
Mas dejemos al marido,
Loando su buena fe;
Que en ser tonto le da Dios
Todo lo que ha menester;
Y si algun lector sinónimo
No ha conocido por qué
Con tantos preparativos
Se atosiga su mujer,
Digo que hay baile en su casa,
Vaya! y concierto tambien.
Lo que se llama un sarao.....
Mal he dicho: una *soaré*.
Y ¿qué va á sacar en limpio
De ostentar todo ese tren?
Tengan ustedes paciencia,
Que pronto lo van á ver.
Siempre que entra alguna dama.....
Son ciento!—ponerse en pié,
Y dar cien pares de besos,
Y recibir otros cien,
Con acentos cariñosos
Y risita de ojimiel,
Aunque esta la quiera mal

Y aquella no huela bien.
Andar como un zarandillo
De la una á la otra pared
Porque la llama Luisita
Y le dice una sandez;
Porque otra quiere sentarse
Al lado de su doncel;
Ó á los nervios inocentes
Achaca Flora tal vez
La tortura del zapato
Y el suplicio del corsé;
Ó Laura tiene calor;
Ó Casilda tiene sed;
Ó la llaman con tres luegos
Urgencias de Doña Inés.—
Allí viene un elegante,
Que fué presentado ayer,
Y hoy con derecho se juzga
Para presentar á seis;
Y ella, aunque mas de una mano
Cortada quisiera ver,
Tiene que besarlas todas,
Ó pasar por descortés.
Otro disputa en el juego
Por el valor de una nuez,
Y tiene que recordarle
Que su casa no es café.
Otro le pide dos onzas,
Que nunca piensa volver,
Y otro le rompe un florero

Por danzar un *balancé*.—
Y el concierto? Qué de afanes!
Faltó á la cita Isabel;
Se han olvidado los coros
Del aria de *Mahomet*;
Está ronco Don Ciriaco
Y ha parido Salomé.—
Pues que empiece Fulanita.—
No, señor, no puede ser.—
Arreglemos este duo....
Bien por mi parte. Y con quién?
Con Casimiro.—Imposible!—
No puedo cantar con él.
No entra á tiempo, desafina,
Y todo lo echa á perder.—
Conchita es mas complaciente
Y nos hará la merced.....—
Lo haria con mil amores,
Mas no puedo dar el *re*.
Si no estuviera indispuesta.....—
Pues ¡cómo!.... Qué tiene usted?
Y Concha la habla al oido
Y la dice..... no sé qué.—
Vaya, pues será preciso
Que supla Don Ezequiel.....
Al momento. ¿Cuatro piezas
Faltan? Yo las cantaré;
Y canta; y tras de la voz
Dura, estentórea, soez,
Por un tris no arroja el bárbaro

Los pulmones y la hiel.—
Y el *ambigú*?.... Santo Dios!
No con igual avidez
Entra á saco una ciudad
Famélico somaten,
Como á la opulenta mesa
Se abalanzan en tropel
Una legion de heliogábalos....,
Pero de *buen tono*..... ¡pues!
Fiambres, dulces, sorbetes....,
Á nada se da cuartel.
En vano reclama el órden
La desdichada mujer.
En vano su vanidad
Pagó cincuenta por diez,
Malbaratando su hacienda
Á los hijos de Israel;
Que el opíparo banquete
Merienda de negros fué
Entre aquella turba-multa
Sin Dios, sin patria y sin ley;
Y sin poder obsequiar
Á tantas damas de prez,
La mejor fuente de china
Rota por el suelo ve;
Y para mayor desgracia
Torpe beodo novel
¡Zas! derrama una ponchera
En su trage de *moaré*.
Así acaba la funcion

Cerca del amanecer;
Y unos al marchar se rien,
Y otros le quitan la piel;
Y el que entró muy derretido
Se despide con desden.
Y la casa ¿cómo queda?
Hecha un confuso Babel.
Y Madrid se ha divertido;
Mucho! Y el ama?.... Aprended!
La que pocas horas antes
Pensó hacer un gran papel,
Sola, mustia, desairada,
Gime sobre un canapé.—
Oh! los bailes, los conciertos.....
Gran cosa! Y con cena? Miel
Sobre hojuelas.—Me convidan?
Mil gracias. Puntual seré;
Pero ¿en mi casa? Abrenuncio!
Fuego de Dios, amén, amén, amén!



LA BANDERA DEL HONOR.

ROMANCE

POR EL SR. D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

I.

Levantadas las viseras,
Desceñidos los arneses,
Terciadas las gruesas picas,
Que sangre mora enrojece;
Don Antonio de la Cueva,
Duque y señor de Alburquerque,
Con el intrépido alcaide
Del Salar, Hernando Perez,
Por la escabrosa montaña
De Guadix á Baza viene,
Que Hacen, el gallardo moro,

Del rey Fernando defiende.
Bizarros potros cabalgan,
Que en las orillas del Bétis
De árabe raza nacieron,
Y al viento rápidos vencen.
Síguenlos con noble orgullo
Los mas apuestos doncelos,
Que pesadas picas blanden,
Que esgrimen espadas fuertes.
Y va tambien en pos de ellos
La más aguerrida gente,
Que en los cristianos reales
La Cruz sagrada enaltece.
Ostentan de insigne algara,
Con mengua de los gomeles,
Entre mil cautivos moros
Inmensa copia de reses.
Todos contentos caminan,
Descuidados todos vuelven;
Pues los alienta la gloria
Y les sonrien los bienes.

II.

Con tan próspera fortuna
Desordenadas las huestes,
Antiguos romances cantan

Que en patrio honor los encienden.
Ora de Fernan Gonzalez,
Primer Conde independiente
De la guerrera Castilla,
Recuerdan altos laureles.
Ora de Mio Cid, Ruy Diaz,
Que tuvo vasallos reyes,
Y á quien los santos hablaban,
Triunfos sin cuento refieren.
Aquí lances amorosos
Cuentan gallardos donceles:
Mas allá osadas empresas,
Que al moro humillan y ofenden.
Y no falta en tal momento
Quien brinda gozoso y bebe
A la salud del vencido,
Jácaras cantando alegre.
En tanto Bazan y Cueva,
Con el alcaide Hernan Perez,
La presente gloria admiran
De los Católicos Reyes.
En doña Isabel bendicen
El génio de heróico temple,
Que altas empresas medita,
Y Dios inspira y proteje.
En don Fernando al caudillo
Ven de las cristianas huestes,
A quien ni rotas humillan,
Ni victorias desvanecen.
Y unidas ambas coronas

Sobre sus augustas sienes,
No dudan ya que en la Alhambra
De la Cruz la enseña vuele.

III.

Tan risueñas esperanzas
Acariciaban alegres,
Cuando una nube de polvo
De improviso los envuelve;
Y cubriendo el sol radiante,
El claro dia oscurece,
Helando todos los pechos,
Turbando todas las mentes.
Ronco alharido, tronando
Por mil partes diferentes,
Los anchos valles asorda,
Los altos montes conmueve.
Corónanse de turbantes
Las cimas; rompe de frente
Tropel de fieros caballos
Sobre la cristiana hueste.
De árboles, riscos y quiebras
Brotar muslimes parecen,
Que dando horribles aullidos
Contra la Cruz se desprenden.
Crece el pavor: aterrados

Los cristianos desfallecen:
Tiemblan; y en cobarde fuga
Salvar la vida pretenden.
En vano los adalides,
Con el valor de los héroes,
Temor tan indigno afean,
Tan infame accion reprenden.
En vano intenta esforzado
El generoso Alburquerque,
Ya prodigando amenazas,
Ya prometiendo mercedes,
Que al musulman hagan rostro
Y que animosos le esperen,
Mandando que se adelante
Con la bandera su alférez.
Ninguno su acento escucha,
Nadie su voz obedece:
Que en confuso remolino
Apiñados retroceden.
La rica presa abandonan;
La faz espantados vuelven:
Ya dan la victoria al moro
Que en ellos sañoso hiere!....

IV.

En tan horrendo conflicto
El alcaide Hernando Perez,

A quien el honor da espuelas
Y la afrenta el pecho enciende,
Puesto delante de todos,
Como aparicion celeste,
En la punta de su lanza
Un blanco pañuelo prende;
Y alzándose en los estribos
Con voz animosa y fuerte
Estas palabras pronuncia,
Con que la fuga suspende:
—«Para qué espada empuñamos,
Ni á qué vestimos arneses,
Si esquivamos los peligros
Como tímidas mujeres?
Hoy se han de ver, caballeros,
Los honrados y valientes!....
Quien no temiere á los moros,
Seguirme al combate puede;
Que en aquesta humilde toca
Seguro estandarte tiene:
Cualquier bandera es sagrada,
Cuando el honor la defiende.»—
Así dice, y ondeando
Sobre su cabeza el leve
Pañizuelo, entre los moros
Resuelto y veloz se mete.
Su ejemplo el honor despierta
En los fogosos donceles:
La vergüenza los aguija
Y contra el moro revuelven.

Rudo fué el choque: dudosa
La lid un momento pende;
Y furibundas se aprietan,
Mezclándose, entrambas huestes.
Entre el crujir de las armas
Y el bramar de los gomeles,
Se oyó al fin el grito santo,
Nuncio al musulman de muerte.
¡*Santiago, ayuda!*.... resuena
Y *Cierra, España!*.... se atiende:
Despavoridos los moros,
Valor y esperanza pierden.
Cual funesta carga, arrojan
El hierro; la espalda vuelven;
Y en desconcertada fuga,
Los más, degollados, mueren.

V.

Contento á poco y triunfante
El denodado Hernan Perez
Al campo llegó de Baza,
De sus guerreros al frente.
Al aire lleva tendida
La enseña que lo ennoblece;
La que alentó á los cristianos,
La que espantó á los infieles.
Ya se acerca á los reales

Que el rey Fernando mantiene;
Y el rey, para recibirlo,
Salió con pompa solemne.
Y es fama que, al avistarle,
Con acento y faz alegre
Estas palabras le dijo,
Mientras los brazos le tiende:
—«Hernando, tu heróica hazaña
Digna fué de insigne premio;
Y entre los nobles de España
Te pone en el primer gremio.
Y yo por mi propia mano
Darte el galardon querría:
Tendrás mañana temprano
Órden de caballería.»—
El rey calló: los albores
Del nuevo sol á Hernan Perez
Caballero saludaron
Ante árabes minaretes;
Y de Isabel el esposo,
Que espejo fué de valientes,
Para unir honra y provecho,
Colmóle al par de mercedes.

De este modo el amor vive
Entre vasallos y reyes:
Así los hombres son grandes,
Y así las naciones crecen.

EL JUEGO.

ROMANCE

POR EL SR. D. LUIS RIVERA.

I.

La vida de Pedro Ponce
Es muy larga de contar,
Desde que á estudiar Derecho
Vino á la Universidad.
De estudiantes que no estudian
Hay en Madrid un millar
Que en vez de seguir *Derecho*
Torcidos siguen no mas.
No conocen otras leyes
Sino la ley natural,

Y la que á su vida imprime
La dura necesidad.
Entre todos lleva fama,
Por lo apuesto y lo galan,
Pedro Ponce el gaditano,
Terror de la capital.
Es valiente con los hombres;
Con las mujeres, sagaz;
Con los pobres, generoso;
Con las viejas..... no hay que hablar.
No asiste á cátedra nunca,
Y si asiste es tarde y mal:
Tan rayado está su nombre
Que parece un mapa ya.
En cuanto á opinion política,
Cuando gasta, es liberal;
Demócrata en el pedir;
Retrógrado en el pagar,
Antes de salir de Cádiz,
La paterna autoridad
Llamóle un dia y le dijo:
— «Pedro, ya puedes volar.
»Quince años tienes: mañana
»Mismo á la córte te irás:
»Mil reales para tus gastos
»Es la cuota mensual.
»No desperdicies el tiempo,
»Que no vuelve el que se va;
»Por las malas compañías
»No te dejes fascinar.

»Si eres aplicado y bueno,
»Dios siempre te ayudará.
»¡Hasta la vuelta! ¡Un abrazo!
»¡Ea, hijo mio, á volar!»
Llegó á Madrid Pedro Ponce,
Entró en la Universidad,
Y un mes despues olvidaba
El consejo paternal.
En una casa de juego
Entró por casualidad;
Y por distraerle un rato
Le hizo un amigo jugar.
En la carrera del vicio
Quien el primer paso da,
Si no se detiene á tiempo,
Suele al postrero llegar.
El juego, entre todos, tiene
Tanta fuerza y tanto iman,
Que á los débiles arrastra
Con suma facilidad.
La ambicion de los que ganan
No se contenta jamás;
Y los que pierden se arruinan
Por quererse desquitar.
Ganó Ponce el primer dia,
Que es privilegio del mal,
Para mejor devorarnos,
Sonreir al empezar.
Desde aquel funesto instante
No hubo ventura ni paz;

Ya Pedro Ponce jugaba
Con insaciable ansiedad.
Las noches sobre el tapete,
Los dias sin descansar,
Los libros muertos de risa,
Y el alma muerta de afan.
Y un dia tras otro, Ponce
Vive entregado al azar,
Y se olvida de que el tiempo
Que pasa no vuelve mas.
Ya ha perdido su carrera,
Sin amigos vive ya;
Su porvenir es el juego
Que ha de pagarle muy mal.
Todo lo tiene empeñado;
Que la fortuna falaz
Le hace perder de contínuo
La mesada paternal.
Con el último dinero
Ponce á desquitarse va;
Lector, para que te asombres,
Sígueme á verle jugar.

II.

En un salon, donde apenas
Algun adorno se ve,
Tiran de la oreja á Jorge,

Sin podérsela romper.
Arañas penden del techo
Y alumbran con timidez
Aquel ahogado recinto
Que parece una Babel.
El humo de los cigarros
Ennegrece la pared,
Donde un reloj cada instante
Marca el pesar y el placer.
¡Breve compendio del mundo!....
La suerte allí ó la doblez,
Cambia en un minuto cuanto
El hombre amontona en cien.
Llámase el juego *del monte*,
Y está bien llamado á fe;
Que el que va al monte con oro
Suele volverse sin él.
Allí vale poco el hombre;
Solo se hace obedecer
El dinero, que á torrentes
Corre con loco vaiven.
Hombres hay, cuyas figuras
Nadie mira sin temer,
Y solo por el semblante
Los condenaria un juez.
Viejos, cuyas canas tienen
Del vicio el tinte cruel,
Y á las que no dan realce
Ni la edad ni la honradez.
Jóvenes, cuyas megillas

Enrojecidas se ven,
Porque la emocion del alma
Retrata incáuta la piel.
Unos esconden la ira;
Otros la dan á entender;
Quién mira al cielo y blasfema;
Quién traga saliva y hiel.
Los mas dichosos sonrien
Con extrema candidez,
Y hasta tratan con desprecio
Á los que miran perder.
Alrededor de una mesa
Se amontonan en tropel,
Los de adelante sentados,
Y los restantes de pié.
Tira el *albur* el que talla;
Siguen las puestas despues;
Este por *mayor* la toma,
Por *contrajudía* aquel.
Ponce se va á la *cargada*;
Doblan la otra; echan *entrés*;
Mete el resto, y á la vuelta
La doble sale tambien.
Maldiciendo de su suerte,
Y queriéndola vencer,
Coge Pedro una sortija
Que prenda sagrada es.
De una madre que le adora
Regalo en sus dias fué;
Y ahora, por jugar, la vende

En su torpe insensatez.
Pone su precio á una carta;
Gana, y loco de placer,
Lo pone todo á la otra,
Pero lo pierde esta vez.
En la fiebre que le embarga
No se puede contener,
Insulta al banquero, grita,
Y al punto se arma el *belén*.
Las barajas por el aire,
El dinero no se ve;
Navajas y bofetones
Solo se sienten do quier.
En tan horrible confusion
Algunos escapan bien,
Á otros, como Pedro Ponce,
Alcanza herida cruel.
La justicia llega á poco;
Á unos consigue prender;
Á otros lleva al hospital,
Multando á todos despues.
Más de un mes pasa en la cama
Pedro Ponce; y es de ver
Que á solas, en la alta noche,
Aun sueña con el *entrés*.
Despues que curado estuvo,
Su padre quiso poner
Término á tantos escándalos,
Y á Madrid mandó por él.
Pedro le pidió dinero;

Y en lugar de obedecer,
Con todo lo que tenía
Al juego volvió otra vez.
¡Locura extraña la suya!
Nunca el mal engendra el bien:
Y el vicio, cuando acaricia,
Es para matar despues.
¡Pobre del que en su camino
No se sabe detener!....
¡Ni familia, ni ventura,
Ni honra habrá ya para él!

III.

Cuando á Madrid vino Ponce,
Lleno de noble ambicion,
En torno le sonreian
La juventud y el amor.
Su vida se deslizaba
En contínua diversion,
Y el trabajo y el estudio
Le daban nuevo valor.
Hoy, de todos despreciado,
No escucha una amiga voz,
Y de garito en garito
Vaga pobre y sin honor.
Su afan es tener dinero,
Y jugarlo su pasion;

Los medios de que se vale
Nadie á saberlos llegó.
Es su alegría ganar,
Perder su único dolor;
Y así vive dia y noche,
Y así pasa un año y dos.
Pero como siempre el vicio
Da fruto de perdicion,
Y tarde ó temprano al crímen
El castigo sigue en pos;
Un dia, en que Pedro Ponce
Jugaba á mas y mejor,
La justicia, que no duerme,
Sobre él su vara tendió.
Acusáronle de estafa,
Y pusiéronle en prision,
Por unas letras de cambio
Que un dia falsificó.
Condenáronle á presidio,
Y con la pena mayor;
Y de Madrid para Ceuta
En una cuerda salió.
Al verle pasar, la gente
Esclamaba con horror:
«¡Allí van los criminales,
Ay, de ellos líbrenos Dios!»
Al saberlo, su familia
Toda de luto vistió;
Que la honradez viste luto
Siempre que muere el honor.

Llegó Pedro Ponce á Cádiz,
Cuando mas radiante el sol
Inundaba de alegría
El mar y la poblacion.
Los recuerdos de su infancia
Brotar en su alma sintió,
Y aquellos sitios alegres
Contemplaba con dolor.
Nadie vino á despedirle;
Y para Ceuta salió,
En tanto que su familia
Rogaba por él á Dios.
Y es fama que allá á lo lejos
De rodillas se postró,
Y decia ahogado en llanto:
—«¡Padre del alma, perdon!»
Cortaba el buque las aguas,
Tras el mar se hundia el sol,
Y Pedro Ponce en las sombras
Por siempre se sepultó.
En esto á parar vinieron
Los sueños del jugador.....
¡Ay del que siga en el vicio
Y desprecie esta leccion!

EL AMOR FILIAL.[1]

ROMANCE

POR LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION ARENAL.

No voy á cantar victorias,
No voy á cantar desastres,
Ni la gloria de los triunfos
Ni el valor de los combates.
No voy á cantar los sabios,
Los artistas ni los vates;
Ni mílagros de las ciencias,
Ni prodigios de las artes.
No voy á cantar palacios

1 El niño Emilio Navarro, que ha inspirado este romance, es natural de Madrid y vive en la Corredera baja de San Pablo, núm. 14. Por sus ejemplares virtudes, en una edad tan tierna, acaba de ser propuesto para un premio á la Sociedad Económica Matritense.

Con sus columnas de jaspe;
Ni reyes omnipotentes
Ni poderosos magnates.
El asunto de mi trova,
Ni famoso, ni brillante,
Para el mundo es mas pequeño;
Para la virtud, mas grande.
Eres tú, mi pobre Emilio,
Que has tenido frio y hambre;
Tú, el amparo de tu hermana;
Tú, el apoyo de tu madre.
¡Qué asombro seria el tuyo,
Si aquí me oyeras nombrarte;
Si te vieras ensalzado,
Pobre niño, en mis cantares!
¡Ay! tú no ves tus virtudes
Ni mérito en lo que haces,
Porque su valer ignoran
Siempre los que mucho valen!
La bondad es flor divina
Que en las almas puras nace:
Brota, sin que ellas lo sientan;
Crece, ocultando su cáliz;
Y al sol de los infortunios
Da sus perfumes suaves.
La tuya vivió ignorada;
Nunca brilló en el *certámen*,
Para que la viera el mundo
Y admirado la premiase.
Acciones hay, hijo mio,

De lágrimas en el valle,
Que Dios tan solo las premia,
Porque solo Dios las sabe.
Él preparó pruebas rudas
Á tu atribulada madre
En desamparo y miseria
Y largas enfermedades.
Él á tu pobre hermanita
Envió dolencias mortales,
Y quiso que de sus miembros
La vida se retirase.
¿Cómo no murieron ambas?
Porque las cuidaba un ángel.
Pintores, que en vuestros lienzos
Tratais de hacer inmortales
Ese heroismo amasado
Con lágrimas y con sangre,
¿Cómo no volveis los ojos
Á estos cuadros inefables,
En que angélicas virtudes
Consuelan dolores graves?
¿No es mayor el heroismo
Del que lucha con el hambre,
Y el frio y el abandono,
Que el que lucha en los combates?
Dar la vida de una vez
Hazaña no es tan notable,
Si está detrás el oprobio
Y está la gloria delante;
Pero darla gota á gota

Destilada entre pesares;
Ver la tentacion enfrente
Con sus halagos falaces,
Y luchar, y resistir
Su poderosa falange;
Por las horas de la vida
Contar las dificultades
Que matan, si no se vencen,
Y que, vencidas, renacen;
Y en un caos de dolores
Y un laberinto de afanes,
Sin un testigo que anime,
Sin un amigo que ampare,
Ver naufragar la ventura,
Sin que la virtud naufrague;
De todos los heroismos
¿No es el mas noble, el mas grande?
Mirad ese pobre albergue
Tan limpio, aunque miserable;
Mirad ese triste lecho
En que confundidas yacen
Enferma una débil niña,
Y enferma tambien su madre.
Mirad á ese niño hermoso,
Activo, perseverante,
Cómo rodea á las tristes
De cuidados maternales.
Afectuoso interroga;
Responde con voz suave,
Dulce como la inocencia,

Como el amor incansable.
En el decir es discreto;
Es en sus maneras grave.
La desgracia prolongada
Eleva á los que no abate,
Y al número de los años
Suelen suplir los pesares.
Es Emilio, el pobre Emilio,
Enfermero, practicante,
Hija de la caridad,
Con once años no cabales.
Prepara las medicinas
Y el sustento; limpia y barre,
Y de dia y por la noche
Acude á todo; entra y sale;
Y alguna vez, al partir,
El corazon se le parte.
—¿Á dónde vas, hijo mio?—
—Volveré luego.—Es muy tarde.
¿No es de noche?—Sí, señora.—
—¿Para qué de noche sales?—
—Voy.... á pedir.... Es preciso....
No tenemos nada, madre!—
Y esto con tal amargura,
Dice, y voz tan penetrante,
Que hiciera llorar las piedras,
Si las piedras escuchasen.
Pena da verle, tan bello,
Con tan nobles ademanes,
El rostro ruborizado

Y la mano vacilante,
Pedir por Dios al que pasa,
Y tal vez pedir en balde.
Hay dos noches de recuerdos
Más que las otras fatales;
Dos noches que en su memoria
Jamás habrán de borrarse:
Una, le llevaron preso
Los guardias municipales,
Porque pedia por Dios
Limosna para su madre;
Otra, al alargar la mano,
Una señora, al mirarle,
Pillo, le llamó en voz alta.....
¡Pobre niño! ¡Pobre ángel!
El que hace el mal por oficio,
Sin conocer que lo hace,
Y la indigencia confunde
Con la vagancia execrable,
Alguna disculpa tiene;
Mas tú, que vas por la calle
Y ningun deber te obliga
Á humillar al que se abate,
Ya que no des al mendigo
Socorro con que se ampare,
No le denuestes, al menos,
Que es un sacrílego ultráje.
¡No sabes si es desgraciado
Ó vicioso y despreciable!....
Al cristiano, en esta duda,

Manda el deber respetarle.
Hacer bien al que no es bueno
Es el menor de los males,
Y afligir al afligido
Es un pecado muy grande.
Pobre niño! Si algun dia
Volvieren á denostarte,
Dí que eres el buen Emilio
Que de venturas no sabe;
El que no acude á las fiestas
Ni juega con sus iguales;
El que sin tregua trabaja
Para aliviar á su madre;
El que en una noche triste
De su pan supo privarse,
Por socorrer á otro pobre
Que á su puerta llamó exánime;
El modelo de los hijos;
El que ensalzó en sus cantares
Aquella triste mujer
Que solia visitarte.
Solo me apena, hijo mio,
Que las ciencias y las artes
No te atraigan con sus dones,
Y que las armas te llamen.
¿Por qué quieres ser soldado,
Para ver tantos desastres?
Para morir en la guerra
Como murió tu buen padre?
Si es vocacion, Dios te guie

Y Él, de peligros te guarde;
Que en cualquiera profesion
Pueden servirle y amarle
Y ser justos en la tierra
Los que para el Cielo nacen.
Si la suerte te es propicia;
Si triunfas en los combates,
Y te corona la gloria
Con laureles inmortales;
Si graban con letras de oro
De tu sepulcro en el jaspe
Tus hazañas mas famosas,
Dí que, para mas honrarte,
Escriban estas palabras:
Fué el consuelo de su madre.

EL SUPLICIO DE LOS COMUNEROS.

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON NICOLAS DIAZ DE BENJUMEA

I.

Tristes nuevas, tristes nuevas
Se han anunciado en Castilla,
Que aquese Conde de Haro,
General de las milicias
De Cárlos Emperador,
Tiene en prision á Padilla
Con otros dos caballeros
Que sus pendones seguian.
Preso está en Valladolid,
Córte de la monarquía.
Tristes van los comuneros,

Y clamorean y gritan:
¡Castilla, Castilla,
Quién te hará justicia!
¡Morirán tus libertades
Con la muerte de Padilla!

II.

Tristes nuevas, tristes nuevas
Corren por pueblos y villas,
Que aquese Conde de Haro
Por traidores los tenía,
Y por traidores al Rey
En ellos va á hacer justicia,
Y á cortarles las cabezas
En la plaza de la villa.
Cuando esto supo Toledo,
Llanto público se hacia;
Y los comuneros lloran,
Y clamorean y gritan:
¡Castilla, Castilla,
Quién te hará justicia!
¡Morirán tus libertades
Con la muerte de Padilla!

III.

Tristes nuevas, tristes nuevas
Por los lugares corrian,
Que aquese Conde de Haro
Matarlos mandó á otro dia.
Ya buscan tres sacerdotes
Que por su descanso pidan.
Padilla hace testamento,
El alma á Dios ofrecia;
Lágrimas caen de sus ojos,
Y mezcla llanto con tinta.
A Sosia, su fiel criado,
Estas palabras decia:
—«Dí á los bravos comuneros,
Que mientras vivió Padilla,
Fueron libertad y patria
Su santa y noble divisa.
Dí que me viste morir,
Con la conciencia tranquila;
Que, si cien vidas tuviera,
Diera por ellas cien vidas.»—
Cuando esto supo Toledo,
Llanto público se hacia;
Y los comuneros lloran,
Y clamorean y gritan:

¡Castilla, Castilla,
Quién te hará justicia!
¡Morirán tus libertades
Con la muerte de Padilla!

IV.

Tristes nuevas, tristes nuevas
Entre las gentes corrian,
Que aquese Conde de Haro,
Manda sacar á Padilla
De la prision donde estaba,
Y con hierros le oprimia,
Y á don Juan Bravo con él,
Caballero de alta guisa,
Y á Francisco Maldonado
Que tras este le seguia.
El pregonero da voces
Diciendo: «Esta es la justicia
Que el Rey en estos traidores
Manda hacer hoy en la villa.»
—«Mientes, replica Juan Bravo,
Cuantas veces lo tal digas;
Que no es traidor quien defiende
La libertad con su vida.»—
—«Paciencia tengais, Juan Bravo,
Le ha respondido Padilla:

Tengais, hermano, paciencia;
Que no es ocasion propicia
De enmendar yerros: callad,
Y dad ejemplo y doctrina;
Que hoy mueren como cristianos
Los que lucharon la víspera
Como nobles caballeros,
Vendiendo caras sus vidas.»—
Lágrimas bañan el rostro
De aquellos que tal oian.
Cuando esto supo Toledo,
Llanto público se hacia;
Y los comuneros lanzan
Al aire quejas y gritan:
¡*Castilla, Castilla,*
Quién te hará justicia!
¡*Morirán tus libertades*
Con la muerte de Padilla!

V.

Tristes nuevas, tristes nuevas
Por las ciudades corrian,
Que aquese conde de Haro
La ejecucion presidia
En un dosel que se eleva
En la plaza de la villa.

Las gentes van en tropel
Detras de la comitiva;
Otros corren presurosos,
Junto al tablado se sitian;
Y el doble de las campanas
Sin cesar se confundia
Con el triste clamoreo
Del limosnero, que grita:
«*Hagan bien para hacer bien*
Por el alma de Padilla.»
Allí hablara don Juan Bravo,
Al verdugo le decia:
—«Caiga al suelo mi cabeza
Al golpe de tu cuchilla;
Que yo no he de consentir
Que se degüelle á mi vista
Al guerrero mas valiente
Que ha llevado espada en cinta,
Al caballero mejor
Con que se honrara Castilla.»—
La cabeza de Juan Bravo
Quedó al punto dividida,
Y, poco despues, tres almas
Al seno de Dios subian.
El pueblo aterrorizado
Silencioso se retira;
Y el doble de las campanas
Sin cesar se confundia
Con el triste clamoreo
De limosneros, que gritan:

«Hagan bien por estas almas
Las almas caritativas.»
Cuando esto supo Toledo,
Llanto público se hacia;
Y los comuneros lanzan
Al aire quejas, y gritan:
¡Castilla, Castilla,
Quién te hará justicia!
¡Murieron tus libertades
Muriendo Juan de Padilla!

EL GRAN MUNDO.

ROMANCE

POR EL SR. D. FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

I.

Destemplada la vihuela
Y de mi musa entre apuros,
A cantaros en romance
Llego á las puertas del vulgo.
Holgárame de ser sábio
Y entonces cantara en culto;
Mas como por la fortuna
Desque nací gasto luto,
Recios combates me apocan,
Y aunque creo, espero y lucho,

El aire de mi pobreza
Me arrastra de tumbo en tumbo.
Por eso mis trovas quiero
Lanzar al espacio rudo,
Donde corazones hablen
Y malas lenguas den punto.
Donde la malicia esconda,
Vencida, el rostro sañudo,
En ese mundo pequeño
Que es mas grande que ninguno!
¡Quién dijera, quién pensara,
Que de los siglos al rumbo,
Los hombres, ceniza errante,
En omnisciente concurso,
La obra á enmendar se atrevieran
Del Gran Hacedor de un mundo,
É imaginándose Dioses
Quieran convertirle en muchos!
Llamais grande al que coronan
La vanidad y el orgullo,
Al mundo que la mentira
Levanta como atributo;
Error de un mundo exclusivo,
Que si celebra su triunfo,
Nunca lo fué por ser vuestro,
Pues, si es grande, es por ser suyo!
Razas, pergaminos, oro,
Blasones, bienes espúreos,
Incendio de la codicia
Que arrastra á tantos ilusos,

Pasan y pasan y pasan
De los años al impulso,
Cual los astros invisibles
Que no dejan rastro alguno.
Y la nada en que se abisman,
La ruina de los sepulcros,
El silencio de la fama,
Y el olvido, espectro mudo,
Talan y arrasan pirámides
Fundadas en el absurdo,
Obeliscos de ignominia
Y omnipotencias de estuco,
Grandezas hechas á máquina,
Aureolas de un minuto,
Pólizas de carne y hueso
Del banco de honores mútuos;
Porque el hombre exclama «¡gloria!»
Y el tiempo contesta «¡luto!»
Grita el mundo «¡privilegio!»
Y la muerte dice «¡humo!»
Sí, las honras de la tierra
Mueren y van al profundo,
Desdichado á quien el cielo
Negar las suyas le plugo.
Dones que el mundo cotiza,
Excelencias sin futuro,
¿Cómo emular las virtudes,
Prendas de eterno tributo?
Todo se postra y humilla
Ante la faz del Bien Sumo;

Y el genio que sabe y ora,
El creyente honrado y justo,
El númen que espera y canta,
Son el ejemplo mas puro
De la grandeza del cielo
Á la grandeza del mundo!

II.

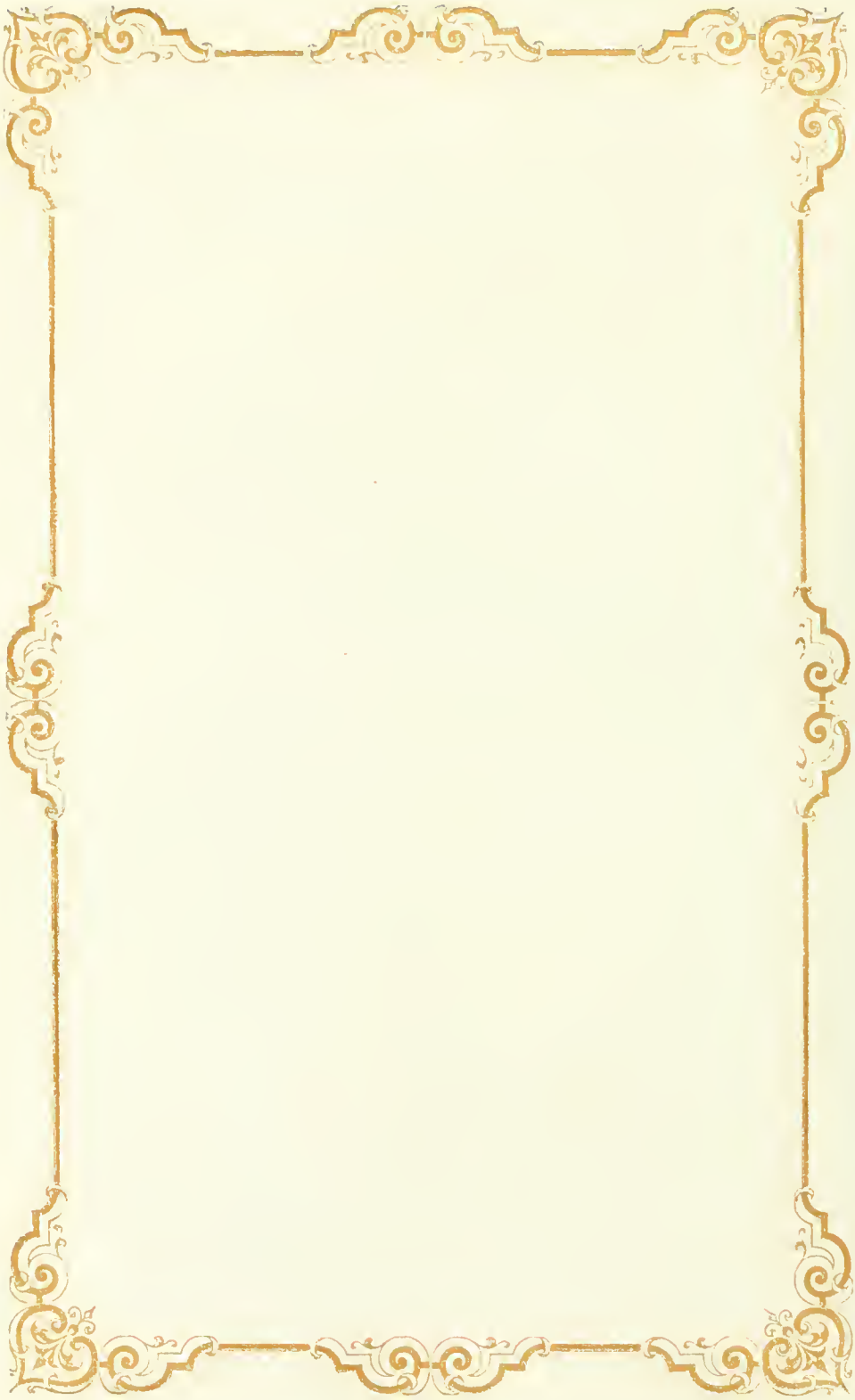
Trenes, preseas, brocados,
Gran fausto, pompa triunfal,
Realidades de un deseo
Que no se sacia jamás:
Una sociedad que zumba
En torno de la beldad
Y que adula al poderoso
Cuyo traje brilla mas.
Hervidero de entidades
Honorables, al hilvan,
Que no teniendo honras propias
Se las tuvieron que dar.
Gran concurso, mundo emporio
De falsa felicidad;
Diosa *humana*, deseotada,
Mortal supremo de frac.
Holocaustos vagabundos.

Nube de incienso tenaz,
Soles que alumbran de noche
Y en breve se apagarán.
Mi vista os siguió al retiro
De vuestro encantado hogar,
Y abrí el pecho al desengaño,
Los ojos á la verdad.
Ví á muchos de esos creadores
De un mundo nuevo, ejemplar,
Descendiendo á los tugurios
Donde el plebeyo no va.
Materializando el alma,
Sin saberse sonrojar,
Á otros ví sobre un tapete,
Abismo de su caudal.
Y por el tedio abrumados
Que enjendra la ociosidad,
En digno empleo los menos,
Y honrando al vicio los mas.
Ví en la mujer nobilísima
Y de limpieza sin par,
Sucia la faz de escayola
Y el alma como la faz,
Ora sedas arrastrando,
Ó convertida en bazar,
Ó pidiendo para el pobre
Limosnas á los demás.
Niña, aprendiendo á fingir;
Jóven, sabiendo engañar;
Y esposa, para ser libre

Y escarnio de la moral.
Y cuando el hado propicio
Viene sus sienes á ornar
Con la aureola sublime
De santa maternidad,
Las madres del mundo grande,
Por costumbre singular,
Del seno apartan sus hijos
Y ajena sangre les dan.
Y, crecidos, los alejan
Donde aprendan á olvidar;
Y al volver, tibio el afecto,
Al albergue paternal,
Buscan en vano el reposo
Y la suspirada paz,
Porque el ave que no anida
Errante perecerá.
Vuelven familia buscando,
Arenas de un manantial,
Y el manantial pide jugo,
Y jugo no tienen ya.
Y ya el sol no les calienta,
Que al nacer vieron brillar,
Ni las brisas que su cuna
Mecieron con suave afan.
¿Y esa sociedad sin lazos,
Punzante y seco erial,
Dominar pretende al mundo
Y absorber la humanidad?
No; sin creencias y afectos,

Sin sentir y sin amar,
Tema el neo paganismo
El rayo de Jehová!
Las altezas de los hombres
En las acciones están,
Y es grande aquel que obra bien,
Y pequeño el que obra mal.
Imperio no es el dominio
Que la fortuna nos da;
La grandeza no se hereda,
Se ha de saber conquistar.
Mundo grande es el del pobre,
Rico en honra celestial,
Por ser el mundo de Dios,
Que á todos ha de juzgar!
Ser grande es al sacrificio
Someter la voluntad,
Sufrir para ser sensibles,
Y ajeno dolor llorar;
Hacer del hogar un templo
Alzado á la Majestad,
Que amasa con bendiciones
De nuestros hijos el pan.
Ser grande es ser mártir y héroe,
Tener fe, en la adversidad,
Sentir, esperar, creer,
Padecer y trabajar!
Grande, en fin, nacer pigmeo
Para levantar titan
El pensamiento á las nubes

Y el corazon mas allá!
Gran mundo, el camino tuerce,
Si quieres civilizar,
Y no te iergas altivo,
Que el tiempo te humillará.
Mira que, como estás alto,
No te puedes ocultar,
Y se te vé muy pequeño,
Porque esa es ley natural.
Gran mundo, el ejemplo muda,
Que al otro le debes dar;
Vé que tu grandeza es corta,
Y es larga la eternidad!



EL PODER DE LA AMISTAD.

ROMANCE

DE UN EPISODIO DE LA GUERRA DE AFRICA

POR DON JOSE MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

I.

Era una hermosa mañana
Del mes florido y alegre
En que Dios sobre la tierra
Sus dones pródigo vierte;
De ese mes, en que los campos
Se cubren de alfombra verde,
Que esmaltan de mil colores
Las florecillas silvestres;
De ese mes, en que las aves
Su vuelo rápido tienden,

Para cantar en la altura
Sus amores inocentes;
Mes en que todo sonrie,
Y el sol nueva luz adquiere,
Y por do quier se respira
Embalsamado el ambiente.
Era, en fin, el mes de Mayo;
Y, porque duda no quede,
En su año cincuenta y cinco
Andaba el siglo presente.
Era, dije, una mañana,
Y en las calles de Caudete, [1]
Siguiendo á un grupo de mozos
De gallardo continente,
Que al compás de una vihuela
Su dolor ahogar pretenden,
Van dos madres desoladas,
Hechos los ojos dos fuentes,
Porque sus hijos se alejan,
¡Quién sabe si para siempre!
Apenas del pueblo salen,
Los dos hácia ellas se vuelven,
Y entre suspiros y abrazos
Consuelo prestarles quieren.
¡Francisco! exclama la una, [2]
Ya que por mi mala suerte

---

[1] Villa de 1.323 vecinos y 6.413 habitantes, segun el censo de 1858. Pertenece al partido judicial de Almansa en la provincia de Albacete.
[2] Francisco Lopez Conejero.

Te llevan donde mis ojos
Quizás no vuelvan á verte,
No olvides, nunca, hijo mio,
De hombre honrado los deberes;
Recuerda que Dios te mira,
Y que preparado tiene
Justo castigo al culpable
Y premio al que lo merece.
¡Juan! exclamaba la otra [1]
Con voz apagada y débil,
Mira en Francisco á tu hermano;
Ámale cual si lo fuese,
Y Dios quiera que volvais
Los dos dichosos y alegres.
Apenas esto escucharon
Los dos jóvenes imberbes,
El uno en brazos del otro
Júranse amistad perenne;
Y, mientras lloran sus madres,
Sin que nadie las consuele,
Ellos, asidas las manos,
Van camino de Albacete,
Á vestir el uniforme,
Orgullo de los valientes,
Y al compás de la vihuela
Su dolor ahogar pretenden.

---

[1] Juan Molina.

II.

Gritos de guerra retumban
En las costas africanas;
Tiemblan de pavor sus bosques,
Se estremecen sus montañas,
Y su cielo está cubierto
De nubes densas y cárdenas.
¿Qué sordo rumor se escucha,
Que el campo moro se alarma?
Es que el leon de Castilla,
Que aletargado se hallaba,
Despierta herido en su honra,
Y con noble y justa saña
En el africano suelo
Clava su sangrienta garra.
Ya los hijos de Mahoma,
Turba feroz, ruda y brava,
En tropel confuso acuden,
Poniendo mano á las armas.
La impunidad de otros dias
Les da aliento y esperanza,
Sin saber que un astro nuevo
Empieza á alumbrar á España.
Dueñas son ya del *Serrallo*
Las falanges castellanas,
Que ansiosas van de victorias

Y el bravo Echagüe las manda.
Espirando está Noviembre, [1]
Cuando una fria mañana,
Para descubrir el campo,
Se desplega en avanzada
Del regimiento del Rey
Gente resuelta y bizarra.
Francisco y Juan, veteranos
Ya y muy diestros en el arma,
Su puesto de honor ocupan
Entre antiguos camaradas
Que, cual ellos, luchar quieren
Por su Dios y por su patria.
Rompiendo inculta maleza,
Con paso seguro avanzan,
Cuando el pérfido enemigo,
Que espera en una emboscada,
Sale en número tan grande,
Que parece que brotaba
De la tierra, y que en un moro
Se convierte cada mata.
El jefe español al punto
Que atrás se repleguen manda;
Pero son tantos los moros
Y con tal tino disparan,
Que de valientes cristianos
La selva queda sembrada.

---

[1] El dia 24, 1859.

Media milla por el bosque
En retirada llevaban,
Y para cobrar aliento
Breves minutos se paran.
Francisco tiende la vista,
Y ve que su hermano falta,
Y un ¡ay! de dolor inmenso
Su oprimido pecho exhala.
—¿Dónde, dónde está mi hermano?
Con mortal angustia exclama.
—Muy mal herido y muy lejos,
Le responde un camarada,
Dejando ver en sus ojos
De compasion una lágrima.
—¡Corro á salvarle! Francisco
Dice; y de su amor en alas,
Los peligros despreciando,
Vuelve..... y le busca..... y le halla.
Pero ¡ah! que, al verle, las fuerzas
Casi, á su pesar, le faltan.
Tendido yace en el suelo,
Y sus heridas derraman
Tanta sangre, que la tierra
Para embeberla no basta.
Por muerto ya lo han dejado,
Y tienen razon sobrada.
No le acabaron los moros
Porque mas tiempo penara.
¡Juan! grita, al llegar, Francisco:
Vengo á salvarte! Levanta!.....

—No puedo! con voz muy débil
El moribundo exclamaba;
Déjame morir..... y huye.
—Jamás! Mi deber me manda
Socorrerte; y si no puedo,
Pobre amigo de mi alma,
Prefiero morir contigo
Á manos de esa canalla.
Y esto diciendo, á su hermano
Anima con sus palabras,
Y las heridas le venda
Con sus ropas desgarradas.
—Ahora ven sobre mis hombros,
Grita; y su preciosa carga
Iba á tomar, cuando advierte
Un rumor entre las ramas.
Observa..... y ve que dos moros
Le apuntan sus espingardas;
Toma su fusil, y al uno
La vida en un punto arranca,
Y huye el otro entre las breñas,
Que el bravo español le espanta.
Libre ya de aquel peligro,
Coge á su hermano, y se lanza
En pos de sus compañeros,
Que verle volver no aguardan.
Ya de ellos se halla muy cerca;
Pero la fortuna aciaga,
Cuando en salvo se creia,
Nuevo dolor le prepara.

El moro, que salió huyendo,
Vuelve ansioso de venganza.
¿Qué hacer? Su fusil..... inútil,
Pues descargado se halla;
Y el moro se va acercando.....
Y nadie á los dos ampara.
—Sálvate, grita de nuevo
El pobre herido. Ya basta
De sacrificios, tu madre
Va á quedar abandonada.
—No, hermano, Dios me protege
Y en él tengo confianza,
Dice Francisco, y de nuevo
Pone en el suelo su carga.
Á este tiempo el enemigo
Fuego hace sobre él; la bala
Silba sobre su cabeza,
Pero sin dañarle pasa;
—¡Ah! mi bayoneta ¡infame!
No errará, el valiente exclama!
Y con ella se dirige
Al moro, que audaz le aguarda,
Y de un golpe su existencia
Y su mal designio acaba.

III.

Paz han pedido los moros,
Y la España generosa,
Despues de vengar su agravio,
Á su enemigo perdona.
Gran algazara hay en Cádiz;
El pueblo en tropel se agolpa,
Por ver la faz de un soldado
Á quien el laurel corona.
¿Quién es, que todos le admiran?
Mil voces ya lo pregonan.
Es Francisco, el que á su hermano
Con abnegacion heróica
Logró salvar. ¡Dios bendiga,
Repiten las madres todas,
Al que caridad tan grande
En su alma noble atesora!
Démosle, gritan los sábios,
En señal de aprecio y honra
Un premio que le enaltezca
Y eternice su memoria: [1]
Y los príncipes gozosos
Régios favores le otorgan; [2]

---

[1] El Ateneo de Cádiz le concedió una medalla de oro como premio á su valor y á su virtud.

[2] SS. AA. RR. los Sres. Duques de Montpensier le hicieron varios regalos y le costearon la educacion literaria elemental de que carecia.

Y los mas ricos le obsequian,
Y los mas pobres le adoran,
Y de su virtud cristiana
Todos envidian la gloria.

IV.

En el año de sesenta,
Hombres, niños y mujeres
La santa Cruz adoraban
En las calles de Candete.
Era el dia tres de Mayo
Del mes florido y alegre,
En que la vida renace
Y el sol nueva luz adquiere.
Grande rumor se percibe,
Que ya por instantes crece;
Á vuelo echan las campanas;
Algo de extraño sucede.
El clero, el ayuntamiento,
Y cuantos valen y pueden
Por una calle adelante
Van en procesion solemne.
El pueblo todo les sigue,
La música les precede,
Dos madres les acompañan,
Hechos los ojos dos fuentes.
¿Qué esperan? ¡Ay! que sus hijos

Al hogar de nuevo vuelven:
Uno de ellos es un mártir;
El otro..... el otro es un héroe!
Ya á lo lejos los divisan.....
Corren..... y los brazos tienden.....
¡Francisco! ¡Juan! Sí, son ellos,
Que ya gozosos y alegres
Tornan como dos hermanos
Al patrio, modesto albergue.
Y, mientras lloran sus madres
Del placer y amor que sienten,
Ellos, asidas las manos,
Y con marcial continente,
Reciben las bendiciones
Con que los honra Caudete.

Así la virtud heróica
Eternos lauros adquiere.
¡Dichoso aquel que consigue
Ornar con ellos su frente!

LA PASION.

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

I.

Invocacion.

Dios Creador, que los labios
Abrasaste de Isaías;
Dios Redentor, que en el mundo
Siembras palabras de vida;
Dios, Espíritu Paráclito,
Fuente eternal de doctrina,
Dios poderoso, Dios bueno,
Tú mi rudeza disipa.
Porque, ¡oh señor! ¿cómo puede
Ni lengua de ángeles pia

Pronunciar tu santo nombre
Sin que tú se lo permitas?
Consiéntelo; y dirá el arpa
De tu GRAN OBRA las dichas,
De tu PASION las angustias,
De tu AMOR las maravillas.
Y que no vague, Dios mio,
Que no vague nota indigna
De la fe con que te adoro
Por las cuerdas de la lira.

II.

El Sagrado Banquete.

Voces de *Hosana* triunfales
Ya en Jerusalén se oyeron;
Ramos de palma agitados
Turbaron la paz del viento;
Desgajó la muchedumbre
De la oliva los renuevos,
Y alfombró calles y plazas
Por gloria mayor con ellos.
Así recibió al que vino
En el nombre del Excelso,
Á ser para el mundo todo
Rey, Salvador y Maestro.

De los Ácimos el dia
Luce ya en los altos cielos,
Marcando el sol en el orbe
Horas de augusto misterio.
Á Jerusalén acuden
Otra vez niños y viejos,
Y las hijas de Judá
Van sonando los panderos.
Que manda la ley sagrada
Comer del pascual cordero,
Y corren grupos alegres
Hácia los átrios del templo.
Jesús con los suyos baja
Por la pendiente de un cerro:
«Id á la ciudad, les dice,
»Á disponer que cenemos:
»Hoy el comer con vosotros
»Deseé con gran deseo.»
¿Qué les dará en tal banquete
Y en dia de tanto extremo?
Daráles cuanto dar pueda,
¡Y es omnipotente! El cielo
Presiente ya que en la tierra
Va á cumplirse el gran portento.
Y el sol vístese de gala,
Y brillan más los luceros,
Y los ángeles aprestan
Incensarios y salterios.
Ya el cenáculo diviso;
Brilla una lámpara en medio:

Ya recostados los doce;
¡Ya Júdas está con ellos!
Ya dirige á la vianda
Cada cual el brazo diestro,
Y exclama Jesús: «Vendido
He de ser por uno de estos.»
«Soy yo, soy yo?» dicen todos
Con el ademan suspenso,
Menos el rudo Iscariote
Que hunde en el plato los dedos.
Entonces Jesús añade:
«El que ahora toma alimento
»Será el traidor. ¡Desgraciado!
»¡No nacer le fuera bueno!»
Pero el Hijo de la Vírgen
Sigue su camino recto,
Segun de ÉL estaba escrito,
Y da de humildad ejemplo.
Quien puede servido hallarse
Por el vendabal y el trueno,
Á su mandar cien legiones
De querubines teniendo,
Humíllase y los piés lava
De sus discípulos mesmos,
Y hasta en la planta de Júdas
Imprime sonante beso.
Tomad ejemplo, orgullosos;
Tomad ejemplo, soberbios,
Los que no sufrís que os miren
Sin que requirais aceros;

Los que por vestir brocados
Mofais del que viste angeo;
Los que imaginais ser dioses,
Y sois tierra, polvo, cieno.
Mas ya el Señor al escaño
Del sacro banquete ha vuelto.
Despertad fieles: los ojos
Del alma limpiad del sueño.
Ved ya el pan sin levadura,
Ved ya el vino en cáliz terso:
Jesús los toma y bendice.....
¡Milagro de amor inmenso!
Con las palabras que dijo,
Del pan hizo ya su Cuerpo,
Y del vino hizo su Sangre,
Nuevo eterno Testamento.
Desparecen las figuras:
¡Oh cena! ¡oh pascual cordero!
¡Oh institucion adorable!
¡Oh sacerdote supremo!
Oculto ya en las especies
Del pan y el vino, tenemos
Desde entonces á Dios vivo,
Que es Dios ese Sacramento.
A la voz del sacerdote
Baja desde el alto cielo,
Y al hombre en manjar se ofrece,
Inmenso, increado, eterno.
Prosternáos y adoradle:
Hundid la frente en el suelo,

Cristianos, y entonad himnos
De alabanza sempiternos.
Ante ÉL alumbren los soles,
Y brillen más los luceros,
Y hombres y ángeles agiten
Incensarios y salterios.

III.

El juez inícuo.

¡Cómo cruzan por el mundo
Las horas de la agonía,
Sangre arrancando á la frente
Eterno orígen de vida!
Jesús, orando en el Huerto,
La copa bebe de acibar,
Las culpas del orbe todo
En aquella copa hundidas.
Llegó el momento. Ya Júdas
Cumplió su traicion inícua:
Ya está preso el que concede
Álas al rayo y la brisa.
Ved corriendo por las calles
De la eminente Solima
Turbas en motin furioso
De fariseos y escribas.
Á casa de Anás, pontífice,
Llevan la preciosa víctima,

Martirizada en mil modos,
Atada y escarnecida.
Y así como los torrentes
Van engrosando las rias,
Así acuden nuevos grupos
En infernal gritería.
Fúnebre esplendor arrojan
Hachas de pez y resinas
Contra la noche que pugna
Por velar tanta ignominia.
Anás pregunta á Jesús
Por sus hechos y doctrina:
Jesús humilde contesta
Que fué pública y precisa;
Mas uno de los esbirros
Que al pontífice asistian
Sacrílego hirió en el rostro
Al Redentor de la vida.
¡Ay ángeles que lo visteis
Desde las etéreas cimas!
¿Ya no hay espadas de fuego
En vuestras manos benditas?
Al sanedrin reunido
Que Cäifás presidia,
Envió Anás á Jesús
Entre ministros de ira.
Cäifás y los ancianos
Falso testimonio excitan:
Ya le acusan de blasfemo;
Ya le cubren de inmundicia.

Mándalo al pretor romano,
Y este á Herodes lo destina,
Y este lo viste de loco,
Y á Poncio otra vez lo envia.
¡Oh qué noche de tormentos!
Entre lobos la ovejilla
Mírase ya abandonada
De toda humanal valía.
Hasta Pedro le ha negado;
Que con la luz matutina
Ya el gallo cantó tres veces,
Acusando su perfidia.
Siéntase Poncio Pilato
Del tribunal en la silla,
Interrogando al Dios Hombre
Si es el rey ó es el Mesías.
Y en tanto clama la plebe:
«No lo juzgues: quita, quita:
»Condénalo: rey se ha hecho:
Muera, ó al César irritas.»
Pásmase el Adelantado
De Judea, y ya vacila,
Y manda azotar al Cristo,
Y coronarlo de espinas;
Y, VED AL HOMBRE, á las turbas
Mostrándolo repetia:
Y ellas con dobles clamores:
«Condénalo: quita, quita.»
Ya ni queda la figura
Del Justo en tanta agonía,

Y aun asorda el vocerío:
«Muera, y Barrabás que viva.»
Pilato lava sus manos;
Mas cede, ¡sentencia inícua!
Y á muerte de cruz condena
Al que es autor de la vida.

IV.

La via dolorosa.

Desde el pretorio al Calvario
Gran muchedumbre se aprieta
Por ver pasar el cortejo
De la celestial ofrenda.
Venid, hijas de Sion,
Que el rey Salomon ya llega,
Como en el dia de bodas
Coronado de grandeza;
Pero grandeza de oprobio,
Grandeza de angustia inmensa,
Como conviene á la víctima
De la humanidad entera,
Que á la Justicia Increada
Corre á dejar satisfecha.
¿Quién sino un Dios humanado
Basta para tanta empresa?
Allá en la altura del cielo

Otra muchedumbre observa,
En profundo pasmo hundida,
Lo que sucede en la tierra.
Ángeles y serafines
En sus armonías cesan,
Y rinden sus verdes palmas
Los patriarcas y profetas.
Plaza, plaza: el nuevo Isaac,
Su paso al Mória endereza,
Llevando sobre los hombros
Del sacrificio la leña.
Ya suenan roncas bocinas,
Ya las lanzas centellëan,
Ya las háces del pretorio
Más que las lanzas se elevan.
Ya redobla el vocerío,
Ya en nube de polvo densa
Y entre apretados tropeles
Jesús agobiado llega.
Miradle: sangre destilan
Los poros de su cabeza:
Desde el cabello á la planta
Rompen en sangre sus venas.
¿Quién le conoce? Era hermoso
Como el sol en primavera,
Y está como mar de angustia,
Velado en oscura niebla.
Eran benditos sus pasos;
Hoy va arrastrado entre cuerdas:
Era el consuelo del hombre;

Hoy los hombres lo atropellan.
El que sostiene en su mano
La mole del mundo presa,
Hoy se derrumba tres veces
Con la cruz que lleva acuestas.
Y es que las culpas del mundo
Están cargadas en ella.
¡Cuántas serán, que un Dios-hombre
Puede apenas sostenerlas!
Simon de Cirene ayuda
A llevar la carga acerba;
Y á unas mujeres que lloran
Dice el Señor: «Tregua, tregua:
»No por mí lloreis; el llanto
»Sobre vuestros hijos sea:
»Tiempo vendrá en que se diga
»Dichosa la estéril mesma.»
Pero mirad: ¿qué sucede,
Que hasta se pasman las fieras
Que van devorando ansiosas
Aquella víctima eterna?
¡Una mujer! ¡Es María,
La coronada de estrellas,
Que aquí transida de angustia
Ante Jesús se presenta!
¡Oh qué raudal de dolores!
¡Oh qué inmensidad de pena!
«¡Hijo! ¡Madre!» un solo grito;
Pero hizo temblar la esfera.
Sollozan los querubines;

III

Mas los verdugos arrecian,
Y empujan hácia el Calvario
Á su moribunda presa.

V.

La Cruz.

El que un manto de verdura
Dió á las florestas calladas;
El que vistió á la avecilla
Con plumas de oro y de nácar.
Aquel para quien son polvo
Desprendido de sus plantas
Los focos de tantos soles
Con que los cielos se esmaltan;
El que es servido por ángeles
En sólios de luz preclara;
El que no cabe en los cielos,
El que mil mundos abarca;
Fijo en una cruz, desnudo,
Presa de mortales ansias,
En el Gólgota no tiene
Do pose la frente sacra.
¡Oh qué terribles misterios
Los de la cruz soberana!
¡Un Dios por amor al hombre
Va á morir con muerte amarga!

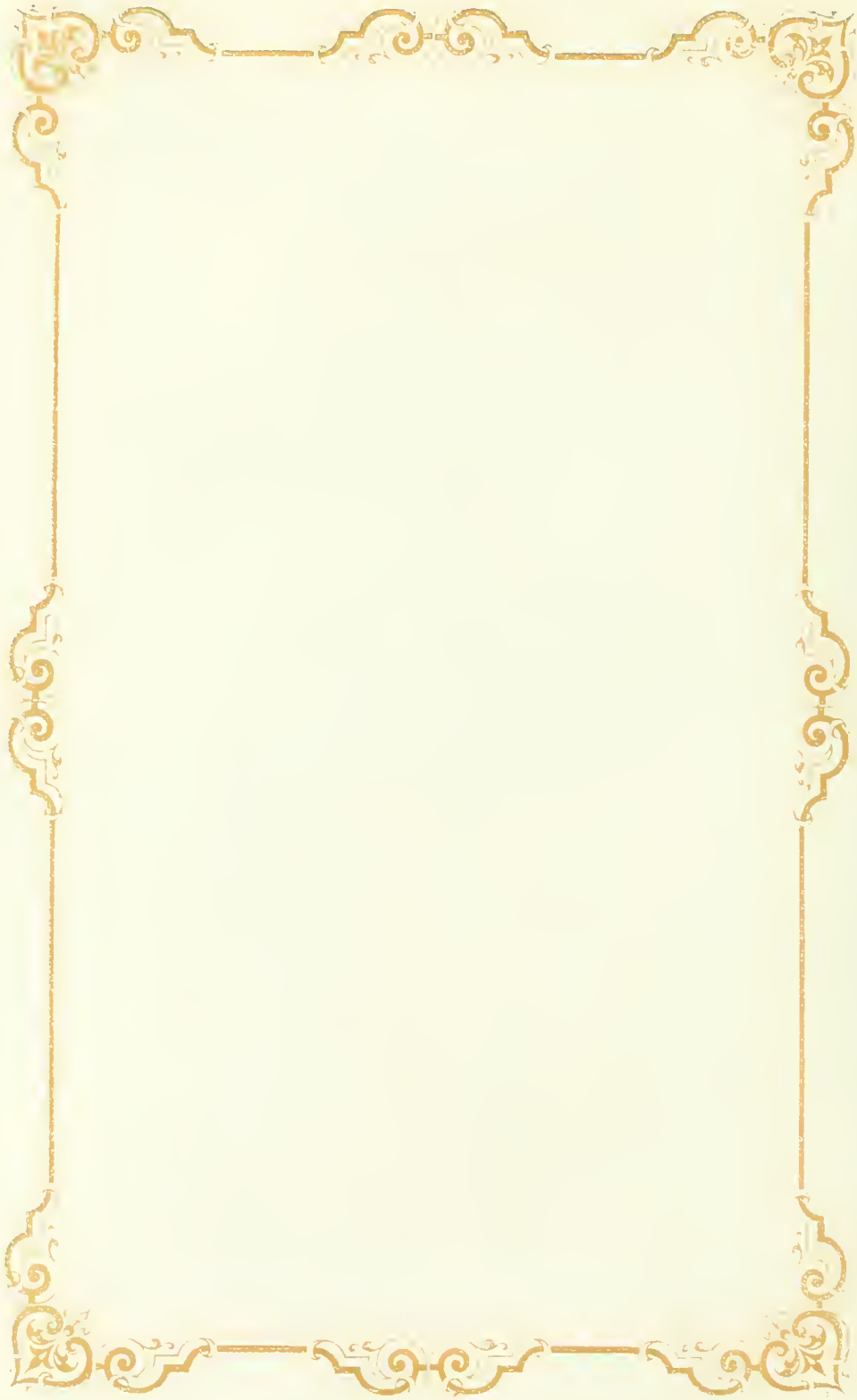
Ya está el sol en el cenit,
Las tres horas de borrasca
Señalando: ya comienza
La agonía que nos salva.
Jesús tiene sed: Jesús
Da á Juan á su madre amada:
Jesús, por desamparado,
Al Eterno Padre clama.
Un malhechor lo reniega,
Y otro lo bendice y ama;
Ya *todo se ha consumado*
En pro de la humana raza.
«¡Señor, Señor! encomiendo
Entre tus manos mi alma:»
Dice Jesús; muere, y nace
El hombre para la gracia.
¡Oh Cruz, cifra de victoria
Contra la muerte ensañada!
¡Oh Cruz, por tí está ya libre
La estirpe de Adan esclava!
¡Oh Cruz! ¡Oh dia! ¡Naciones,
De rodillas! y adoradla;
Que en ella está vuestra dicha:
Fuera de ella vuestra infamia.

VI.

La Vírgen Corredentora.

María, flor de los valles,
La madre de los amores,
La que coronan luceros,
La vestida de mil soles,
En abandono terrible,
Al pié de la Cruz enorme,
Ya ni lágrimas encuentra
Que su pecho desahoguen.
Los ángeles no la asisten,
El dia su luz le esconde,
Muerta aparece la luna,
No tiene estrellas la noche,
Ni hay compañía que pueda
Calmar sus penas feroces,
Que hasta el cadáver del hijo
Le arrebataron los hombres.
¡Oh aurora de paz y vida!
¿Quién eclipsó tus fulgores?
¡Lumbrera de la mañana!
¿Quién te envolvió en nubarrones?
¡Rosa en Jericó esplendente!
¿Quién tus pétalos corröe?
¡Palma en Cadés arrogante!

¿Quién hay que tus tallos tronche?
¡Vírgen llena de dulzuras!
¿Quién te llenó de amargores?
¿Quién te hizo mar de agonías,
Oh madre de Dios y el orbe?
¡Ay! abandonada y sola
Por nuestras culpas atroces,
Corredentora te llaman
Cristianas generaciones.
Pero ¡oh Reina de los tristes!
¡Consuelo de los que lloren!
No se pierda ni una sola
De tus angustias de entonces,
Y hoy, y mañana, y por siempre
Por ellas Dios nos perdone,
Y ampáranos por tu llanto,
Madre de Dios y del orbe.



EL CASTIGO DE UN MAL JUEZ.

ROMANCE

POR EL ILMO. SEÑOR DON ADOLFO DE CASTRO.

Por la márgen del Pisuerga
Se divisa un caballero,
Todo gala en el vestido,
Y el semblante macilento.
Jugueton airosamente
Es su caballo altanero,
Como aquel que va ostentando
De oro y flores los arreos.
Allí camina á galope,
Vence en ligereza al viento:
Su señor lleva por alas
Sus plumas y sus cabellos.
Apenas la tierra siente

De las pisadas el eco,
Cuando la arena levanta
A la faz del caballero.
Nubes son con que le cerca,
Nubes con que juega el céfiro:
Favor al que hizo á las nubes
Dosel de sus pensamientos.
En su carrera le ayudan
Esperanzas y deseos;
Mas tambien lo precipitan
Terror y remordimientos.
Es Juan Velazquez, Velazquez
Del rey Don Juan consejero,
Uno de los doce jueces
Que espanto á Castilla dieron:
Los que á muerte condenaron
Por odio vil ó vil premio
Á Don Álvaro de Luna,
Despues del rey, el primero.
El cuchillo, que al Maestre
Cortó para siempre el cuello,
Clavóse desde aquel punto
De Velazquez en el pecho.
Al pié del cadalso juzga
Que está en cadenas su cuerpo,
Y su sombra es la que corre,
Su sombra la que va huyendo.
¡Huyendo! y vuela á casarse
Con Doña Luz de Acebedo,
Hermosa, á cuya pintura

No halla voz el pensamiento,
Tras sí arrebata los ojos,
Tras los ojos los deseos:
Corazon y voluntad,
Y aun la vida con aquellos.
El amor de Juan Velazquez
Atrás dejaba los tiempos,
Y á vivir se adelantaba
Su mente en lo venidero,
Así su felicidad
Tan antigua era en su pecho,
Que á instantes le parecia
No esperanza y sí recuerdo.
Velazquez en su carrera
Detiene al bruto ligero:
Cerca ha sonado un clarin,
Clarin que respira fuego.
El caballo al son responde
Con un relincho violento:
Embravécese y Velazquez
Puede apenas contenerlo.
Eriza la crin, aguza
Las orejas, alza el cuello,
Y aventando las narices,
Echa espuma y muerde el freno.
Á las puertas ha llegado
Del castillo de Acebedo:
Pages, vestidos de luto,
Lo reciben sin su dueño.
Un anciano se le acerca,

Venerable en el aspecto,
Con la tristeza en los ojos,
Con la voz en el silencio.
Al fin le dice: «Engañado
»Venis, señor: idos luego:
»Las bodas, que aquí aplazásteis,
»Bodas serán para el cielo.
»Hoy vuestra esposa ha espirado:
»Dios con los brazos abiertos
»La recibió; que en su cruz
»Ella clavó el pensamiento.
»De sepulcro y de pirámide
»Le servirá un monasterio,
»De corona las estrellas
»Y las flores de trofeos.
»En mármol se verá escrito
»Con una pluma de hierro
»Su nombre, que guardarán
»Los ángeles y el respeto.»
Velazquez dá un grito agudo;
Deja el caballo y frenético
Al buen anciano atropella
Y á los pages y escuderos.
Corre, llamando á su amada,
De aposento en aposento,
Con voz que empiezan sus labios
Y acaba el eco del eco.
Encuentra al fin el cadáver
De su idolatrado dueño,
Que pretendió hacer hermosa

Aun á la muerte en su lecho.
Se hablaron confusamente
En este instante tremendo
El cadáver y el espanto,
El amor y el caballero.
Vió en su mismo original
Del desengaño el aspecto:
Mudo Velazquez é inmóvil
Quedó así por breve tiempo.
Al cadáver un relámpago
Alumbra en aquel momento:
Tambien alumbra á Velazquez
En su razon casi muerto.
Alza los ojos y mira,
Si mirar puede, un objeto
Que sobre el cadáver vaga
Acompasado y sangriento.
De Don Álvaro de Luna
Es la cabeza: severo
Contempla allí los dolores,
Contempla allí los tormentos
De aquel juez que decidiera
Á los demás con su ejemplo,
Y en su dicha ya difunta
Ve el cadáver mas horrendo.
Don Juan insensible queda,
Erizados los cabellos,
Cual serpientes que se enroscan
Ó con furor ó con miedo.
Llámanlo pages y amigos,

Que no ven lo que está viendo:
Sordo Velazquez se hallaba
Á sus contínuos acentos.
Torna en sí: sobre el cadáver
Vé á Don Alvaro en efecto:
Muerde con terror su lengua,
Rásgase con ira el pecho.
Huye de aquel espectáculo:
La vision lo vá siguiendo:
Monta á caballo y tras él
La vision vá por el viento.
Ciérrase al punto la noche
Con su manto mas tremendo:
Sale de la selva el noto,
Entre las nieblas envuelto.
La escarcha cubre sus alas,
Y por dó quier va su vuelo
Resonando tempestades
Y granizos sacudiendo.
No sabe dó están las riendas
El infeliz caballero:
Á las crines corre asido
Y el rostro hacia atrás volviendo
Llama á la muerte y presume
Que aun lo desecha el infierno
Con los rugidos que forma
En su cabellera el viento.
Su caballo derribado
Lo arroja á un lugar funesto:
Es de San Andrés la ermita.

De ajusticiados entierro.
Don Alvaro allí reposa;
Y el juez temblar siente el suelo,
Cual si sacudir quisiera
De sus delitos el peso.
Juan Velazquez de rodillas,
Imágen del desconsuelo,
Pide contra sí venganza,
Que es el único remedio.
Al aire de sus suspiros,
Al aire de sus acentos,
En nubes mil se levantan
Las cenizas de los muertos.
Con ellas le dan en rostro
Y en ellas él queda envuelto:
Poco trabajo le cuesta
El alma soltar del suelo.
Mas en su horrible agonía,
En su impensado tormento,
Le pareció que estrechaban
Sus brazos un ángel bello.
Era su amante, su amante
Que en un engañoso sueño
Á la muerte parecido
Aterró amigos y deudos.
Volvió en sí: ¡nunca volviera!
De Don Juan temió el suceso;
Que los amantes ausentes
Se escuchan los pensamientos.
Corrió tras él, escoltada

Por parientes y escuderos:
Oyó sus quejas, la noche
Las llevaba por el viento.
Sin perderse ni una sílaba
En suspiros de tan lejos,
El alma las repetia:
La ahogaba su mismo aliento.
Tarde llegó: no tan tarde
Que el suspiro postrimero
No recogiese á su amado
Con el mas fúnebre beso.
Marchito el rostro, sin lágrimas
Secóse su sufrimiento;
Y al alma huyó toda entera
La hermosura de su cuerpo.
Erigió Luz á Velazquez
Suntuoso mausoleo,
Con su estátua de rodillas
En cercano monasterio.
Una cabeza de mármol
Puesta se mira en su centro,
Cual padron de la sentencia
Y para el vulgo misterio.
Con un manto blanquecino,
Que era el luto de aquel tiempo,
Junto á la tumba una dama
Oraba, el rostro cubierto.
En lo inmóvil parecia
La estátua del caballero;
Y tambien en lo insensible

El cadáver que habia dentro.
El mármol era sin duda
Su contínuo consejero,
Y para mirar su rostro
El mejor de los espejos.
De Doña Luz no se supo,
Quedó el castillo desierto,
Los amigos á otras sombras
Y los criados con ellos:
Las almenas carcomidas,
Lloviendo tierra los techos,
Apuntalados los arcos
Y los puntales cayendo:
Desbaratadas las puertas,
El patio de hortigas lleno,
Las huertas y los jardines,
Agostadas y deshechos:
Entre las piedras del muro
Yerbas y flores naciendo,
En las grietas avecillas
Entonando sus gorgeos:
De los señores los túmulos
Solitarios y entreabiertos;
Sin el polvo sepulcral
Por las ruinas sus huesos:
Los blasones corroidos
Por las lluvias y los vientos;
Murallas sin centinela,
Cabras monteses sin dueño.

¡Palomas, que hácia sus torres
Tendeis alegres el vuelo,
Esta historia desdichada
Gemid en arrullos tiernos!

LA CORONA DE SIEMPREVIVAS.

ROMANCE

POR LA SEÑORITA DOÑA ANGELA GRASSI.

I.

¡Corona de siemprevivas
que no te marchitas nunca,
Feliz aquel que ceñirte
Consiga á su frente pura!
¡Corona, bella corona,
Cuyas hojas una á una
Van los ángeles tegiendo
Mientras sus himnos preludian!
¡Oh, cuánto me agradas! ¡Cuánto
Al heroismo estimulas,

Que eres del bien galardon,
Y el bien de la dicha es una!
Quédense los verdes láuros
Para el héroe que en la lucha
Imita al tigre, y de sangre
La tierra feraz inunda!
Quédense para el poeta
Que liviana gloria busca,
Para el sábio que su nombre
Graba afanoso en la espuma;
Que yo siento el fuego santo
Que por las venas circula,
Y es chispa de aquella hoguera
Que el trono de Dios alumbra!
¡Yo adoro el bien....! De rodillas
Ante tí, Deidad augusta,
Abjuro el placer mundano
Que la parca airada trunca!
¡Cual paloma del diluvio
Tú te escapas de la tumba,
Y cerniéndote en las nubes
La saña del tiempo burlas!
¡Tú eres sol de vivos rayos
Que ingrata tierra fecunda,
Manantial de ondas azules
Que jamás el cierzo enturbia!
¡En tí, dulce bien, los goces
Del sentimiento se adunan,
Que eres milagro de amor,
Y es amor la fuerza oculta

Que produjo cuantos séres
Embellecen la natura,
Cuantos el Sumo Hacedor
Creó á semejanza suya!
¡Dios y amor, y bien!.... Tres cosas
Que forman tan solo una:
¡Una que en suaves acordes
Cielos y tierra promulgan!....
Y así los que en pos del bien
Hasta las nubes se encumbran,
Con el néctar celestial
Su amargo cáliz endulzan.
¡Corona, bella corona,
Galardon del alma justa,
Que las lágrimas del triste
Con amante beso enjugas!
¡Corona de siemprevivas
Que no te marchitas nunca,
Feliz aquel que ceñirte
Consiga á su frente pura!

II.

Hay en Málaga una calle,
Que apenas visita el sol,
Llamada del Ermitaño,

Y á fe que nombre mejor
Imposible es que tuviera,
Pues solo un transeunte ó dos
Despertar suelen los ecos
De sus pisadas al son.
Y hay en ella cierta casa
De aspecto desolador
Por lo antigua y lo ruinosa,
Que fué siempre la mansion
De gente pobre. Una tarde,
Cuando en nubes de arrebol
Se ocultaba el astro hermoso,
De su cuchitril salió
Una anciana, y vacilante,
Encendida de rubor,
Llamó á otra puerta, gritando
Con no muy segura voz:
—Eh! vecina!.... —Quién me llama?
—No se asuste Vd., soy yo!
Queria pedirle un poco
De pan por amor de Dios,
Porque hace ya dos dias
Que no como!.... —Pues el sol
Para todos sale! —Sí!
Para todos; pero no
Para mí!.... —¿Pues qué sucede?
—Que en la casa adonde voy
Á trabajar, me han echado.
¡Ay Tomasa! ¡qué dolor!
Echarme!.... —Han hecho muy bien:

Sesenta y siete cumplió,
Y aun no tiene juicio! Vaya!
¿Quién la manda en conclusion
Tener consigo á la chica?
Enferma..... tullida..... yo
Soy muy buena, muy cristiana
Y gasto temor de Dios;
Pero cuidar de ese sapo,
Que ni aun tiene humana voz,
Y andando de ceca en meca
Buscar por aquí labor,
Y por allá á quien servir,
Y allá á los hijos de Pol
Pedir medicina..... ¡Vaya!
Que no exige tanto Dios:
Dios quiere que todos huelguen
Con lo que su amor les dió!
—Y si yo la dejo, ¿quién
Cuidará de ella mejor?
—Mejor ó peor, ¿qué importa?
—Hija de mi vida, no,
No será mientras que aliento
Tenga aun mi corazon!
—Pero diga: ¿y Doña Bruna,
Que es tan rica y se empeñó
En llevarla á usté á su casa?....
—La chica le daba horror!....
—Tóme el pan y váyase,
Que al oirla, por quien soy,
Me da coraje! Primero

Es uno!.... pues qué, ¿hay razon
Para dar lo que se gana
Con tantísimo sudor?
Usted siempre fué la misma,
Y cuanto tuvo gastó
En socorrer á este, aquel
Y al otro, sin ton ni son.....
Si fueran parientes..... ¡vaya!
Pero extraños, eso no.
¿Qué sacó usted con andar:
—Cirila ha parido dos:
Un atillo..... Dorotea
Al fin viuda se quedó
Y los lutos necesita.....
¡Si es Juan un trabajador
Honrado, y debe al casero!.....
Aquí á dar el caldo voy
Á un enfermo..... —¡Quite allá!
Vecina, que es cosa atroz
Ver lo boba que usté ha sido!.....
Usté á todos socorrió,
Y ahora..... la dejan todos
Que se pudra en un rincon!.. .
Haga juicio, si es que puede!
Téngase usted mas amor,
Y no olvide aquel refran
Que dice: *primero yo!*—
Y llena de ira alejóse
La vecina, en confusion
Dejando á la pobre vieja,

Que á su palomar volvió.
La niña enferma allí estaba
Tendida sobre un jergon,
Que de aquel desnudo cuarto
Era el único esplendor.
¡La pobre niña tullida!
¡La cruz bendita que Dios
La mandó para que fuese
De sus virtudes crisol!
Parecia dormitar
Por su igual respiracion;
Mas luego que el pan la anciana
Á los labios se llevó,
Despertóse, y *tengo hambre*.....
Murmuró con ronca voz,
Alzando al cielo sus manos
Crispadas por el dolor.
Estremecióse la anciana:
Un instante vaciló,
Pero al fin venció en su pecho
La sublime abnegacion;
Y hácia la triste enfermita
Corrió con paso veloz,
Y aquel pan tan codiciado
Sin suspirar la ofreció!.....
—Tienes mas? —Sí, tengo! Come.....
—Madre mia!.... —Estás mejor?
—Siempre mal!.... ¡Oh si pudiera
Trabajar..... entre las dos.....
Pero ¡ay! no, que aquí clavada

En el lecho del dolor,
He de ver como tú luchas
Con la miseria feroz!....
—Sosiégate, tras la noche
Ya ves que amanece el sol!
—Para mí ya no hay sol, madre!....
¡Oh si pudiera el verdor
Ver del campo!.... Aquí encerrada.....
¡Mas siempre te aflijo yo!.....
Madre, al cielo irme quisiera
De las estrellas en pos!
—Reza á la Vírgen María,
Rézala de corazon,
Porque ella á los huerfanitos
Escucha con sumo amor!
Recemos juntas!.... —Y juntas
Rezaron, y su oracion
Subió cual perfume al templo
Do brilla el eterno sol!....
Pero de pronto en la estancia
Un anciano penetró,
Que al ver aquel tierno cuadro
Se detuvo..... —Sin temor
Pase usted.... —Busco á María
Bautista Bustos [1] —Yo soy.

---

[1] María Bautista Bustos, premiada en Málaga por el jurado de los premios á la virtud, por su noble desprendimiento en recoger y guardar doce años consigo á la niña Antonia Mariscal, pobre, tullida y abandonada.

—Nació usté en Comares? —Sí.
—Y cual fué la condicion
De su padre?—El campo ajeno
Regando con el sudor
De su frente, nos mantuvo.....
—Y Vd. por qué no casó?
—Por no dejar á mi madre
Triste, enferma y sola!—Voy
Á hacer á usté otra pregunta:
¡Dirá que soy pregunton!
¿Quién es esta niña?—Antonia
Mariscal.—Es su hija?—No!
—Parienta acaso?—Tampoco:
No nes ada mio, señor:
La recogí abandonada
De todos, mas no de Dios,
Que, al ver su triste abandono,
Me tocó en el corazon!....
—Y me vela noche y dia,
La tullida murmuró,
Y hasta se priva por mí
Del sustento!—No señor,
No es verdad!....—Y Vd. qué espera
En premio á su buena accion?
—Esperar..... ¿qué he de esperar?
¡Mercader acaso soy?
Á las bellas florecitas
Ampara y protege Dios,
Sin esperar nada en cambio
De su amante proteccion!

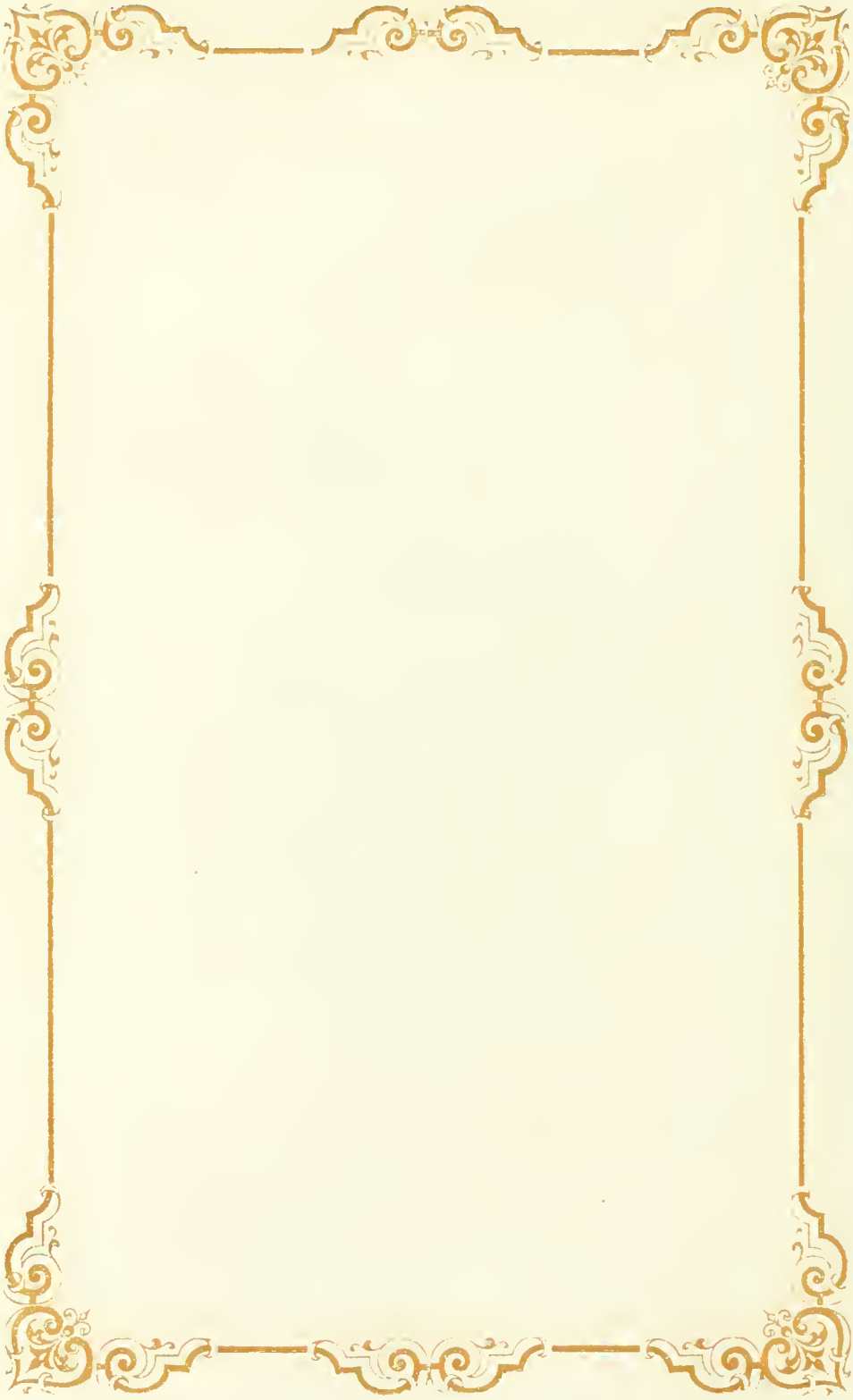
Comprende Vd. cómo puedan
Los padres..... ¡hay tal rigor!
Así abandonar á un hijo,
Que en su seno se engendró?
Pues á Antonia la rechazan
Los suyos sin compasion,
Y, porque nadie la quiere,
Por eso la quiero yo!
—Pero hay piadosos asilos.....
—¡Donde menos el amor
Todo lo dan..... mas ¿y el alma?
—Una noble asociacion
Premiar quiere su virtud;
Y á decirla vengo que hoy
Recibirá dos mil reales
Y la medalla de honor ....
—Dos mil reales! la medalla!....
Qué es esto?.... soñando estoy?....
¡Pero yo no la merezco!....
¡Qué puedo haber hecho yo?
No es posible.... Vd. se burla.....
Se equivoca.....—De la voz
Lo oirá del jurado mismo,
Que premia su abnegacion!
—El jurado?.... no comprendo.....
—Pronto á explicárselo voy:
Hombres el jurado forman
Cuya gloriosa mision
Es mostrar al pueblo incauto,
Que del error corre en pos,

La honrosa senda del bien
Que ha mucho tiempo olvidó!....
—Pero á mí!.... será posible?
¿Yo alcanzar tan grande honor!....
¡Qué buenas almas, Dios mio!
¡Vecinas,.... vecinas,.... dos
Mil reales y la medalla!....
Vecinas!.... ¡ay que la voz
En la garganta se anuda!....
¡Mi hijita, mi bien, mi amor,
No tendrás hambre..... Al instante
Voy á comprarte un colchon,
Y sábanas, y una manta,
Y un vestidillo..... no, no;
Si puedo llevarte á baños,
Sin duda será mejor.....
No quepo en mí!.... qué alborozo!
¡Por ella gracias te doy,
Dios bendito!.... Y de rodillas
La pobre anciana cayó,
Llanto vertiendo nacido
Del hondo del corazon!
Y la ansiosa vecindad
Agolpada en su redor
Tambien en tiernos sollozos
Conmovida prorumpió.....
Y escuchar todos creyeron
En los aires una voz
Que murmuraba. *Haz el bien,*
Sin mirar á quien: que hay Dios!

III.

¡Institucion santa y bella!
¡Tierna ceremonia augusta!
Jurado del bien, que al mundo
Amor y concordia anuncias!
¡Jurado del bien, que ansioso
Á las santas almas buscas,
Para erigirlas un trono
Que ningun poder derrumba!
¡Gloria á tí! Tú eres el faro
Que al nuevo Israel alumbra.....
Tú el maná de vida ofreces
Á las almas sitibundas!
¡Gloria á tí! Lloran de gozo,
Al ver la obra que consumas,
En la tierra los humanos,
Los querubes en la altura!
¡Alienta, Málaga bella,
Que en la batalla sañuda
Contra el mal, venciste altiva,
Cavándole negra tumba!
¡Alienta, que ya el Arcángel,
Que es guardian de tu ventura,
Tegiendo está la corona,
Que cual otras no caduca!

¡Feliz tú, que diste el ser
Á quien tu victoria esculpa
En mármoles sempiternos
Que el tiempo fugaz subyugan!
¡Tú diste vida á María!....
¡María Bustos!.... la justa,
Alma heróica, que es espejo
De tus virtudes ocultas!
¡María Bustos! El nombre,
Que tú tan humilde juzgas,
Vuela en alas de la fama
Que de polo á polo cruza!
¡Hermanos! seguid sus huellas;
La senda es angosta y ruda;
Mas, ¿qué importa al vencedor
Dejar su manto en la lucha?
¡Corona, bella corona,
Galardon del que así triunfa,
Y hasta el sagrario de Dios
En alas del bien se encumbra!
¡Corona de siemprevivas
Que no te marchitas nunca,
Feliz aquel que ceñirte
Consiga á su frente pura!



ZARAGOZA.

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON JULIO MONREAL.

¡Zaragoza! Dulce patria,
Madre cariñosa y tierna,
Cuyo nombre á mis oidos
Cual murmurio acorde llega;
Matrona á quien reclinada
Sobre la verde floresta
El Ebro y Gállego humildes
La franja del manto besan;
Tú, que aspiras el aroma
Que los céfiros te llevan
De aquella huerta florida
Que sus claras linfas riegan;
Tú, que viste de los siglos

Correr la incesante rueda,
Y pasar generaciones
De que ya nadie se acuerda,
Como el águila, que altiva
Sobre las nubes se eleva,
Y allí, sin temor al rayo,
Desafia las tormentas.
Tú, de mi cítara ronca,
Do no hay argentadas cuerdas,
El eco sentido escucha,
La pobre música acepta;
Que, si no suave armonía,
Ni arrulladoras endechas,
Cantos da del amor patrio;
Que es mi sangre aragonesa.
Y si en mi labio no hay brio
Para cantar tus proezas,
Por ser tan grandes tus glorias
Como débiles mis fuerzas,
Hablará por mí el asombro
Cuando la voz enmudezca,
Ya que no hay mármol ni bronce
Donde tus elogios quepan.
Siempre guardadora insigne
Del noble aliento de César,
No hiela el tiempo tus brios,
Antes tu valor alienta.
Siempre codiciada fuiste
De naciones extranjeras,
Que contra tí se lanzaron

Cual tigres contra su presa.
Aun guardas en tu memoria,
Como un sueño de tristeza
El tiempo aquel que tu frente
Ciñó la luna agarena.
Cautiva viviste entonces,
Y aunque el hijo del Profeta
Como á sultana querida
Te brindaba con sus fiestas,
Tu esclavitud lamentabas;
Que, aunque de oro, las cadenas
Al que libertad ansía,
Mas que adornan, atormentan.
En vano acallar pretenden
De tus dolores las quejas
Con las sortijas y cañas
Que en el ancho Coso juegan:
En vano de las huríes
Quiere la sensual belleza
Borrar el púdico encanto
De las cristianas doncellas.
Sus glorias son tu tormento,
Su alegría, tu tristeza;
Su poder es tu ignominia;
Su altivo esplendor, tu mengua.
Los calados alminares
Que en el Ebro se reflejan,
En vez de la Cruz de Cristo
Las medias lunas ostentan,
Y en ellos, cuando del dia

Los fulgores alborean,
En vez del bronce cristiano
Se oye la voz del ulema.
Mas por fin un dia viste
Lucir horas mas serenas,
Cuando Alfonso hizo girones
La muslímica bandera.
De nuevo brilló tu gloria,
Rasgó sus nubes tu estrella,
Y otra vez, mas esplendente,
Volvió á lucir en la esfera.
Siendo para tus monarcas
La patria á su gloria estrecha,
Surcan en soberbias naos
Del Ponto la espalda inquieta,
Y nuevos, ricos florones
Engastan en tu diadema.
Sicilia miró asombrada,
Con espanto vió la Grecia
Tu belígero estandarte
Flotar sobre sus almenas.
Los moros, que cada dia
Pierden á palmos la tierra,
Por última vez las playas
De tu fértil suelo besan,
Cuando aquellos nobles rayos
Que engendró la esfera régia,
Soles que no hallan poniente,
Y fénix que en dos alienta,
Los Católicos Monarcas

Don Fernando é Isabela,
Sobre la Alhambra clavaron
Las hermanadas enseñas.
Tus hijos su noble sangre
Vertieron en la contienda,
Regando los verdes campos
De la granadina vega.
No hay gloria donde la tuya
Su eterno lauro no extienda,
Cual nube que entre huracanes
De ocaso á levante llega;
Y si dias de amargura
Te asignó la Providencia;
Si como tuviste glorias
Lloraste á las veces penas,
Tanto como en la fortuna
Heróica fuiste en la prueba;
Que si es el triunfo glorioso,
Cuando á conseguir se llega,
Son las desgracias la forja
Donde los héroes se templan.
Mas ¿qué son los infortunios
Que algunas veces te cercan,
Si de tu esplendor el lustre
Ni se empaña, ni se amengua?
¿Disminuye el sol su brillo,
Su ardiente disco se altera,
Porque de mísero polvo
Se alce una nube en la tierra?
¿Se troncha el altivo roble

Porque una ráfaga inquieta
Lleve de sus verdes ramos
Algunas hojas dispersas?
¿El Océano se agota
Porque las nubes sedientas
A henchir sus avaros senos
En sus caudales desciendan?
Tu eres sol á quien el polvo
Jamás enturbia ni vela;
Roble, contra quien el viento
Su impotente furia estrella,
Y eres mar á quien las nubes
En vano secar intentan.
Nuevos ejemplos te ilustran,
Otras hazañas te esperan,
Que á no exceder, á lo menos
Igualan á las primeras.
¡Siglo diez y nueve, tú
Puedes hablar por mi lengua!
Tú, que has visto ante sus muros
Humillada la soberbia
De quien hizo de su trono
Gradas los de otras potencias;
Que yo enmudezco; del labio
La voz á salir no acierta,
Que, embargada del asombro,
Queda inmóvil y suspensa.
La historia escribe tus hechos
En sus páginas eternas
Con las plumas arrancadas

Á las águilas francesas,
Y con letras diamantinas
Tu nombre á los siglos muestra.
¡Zaragoza, dulce patria!
Si en tí mi plectro se emplea,
Perdona el atrevimiento
De quien osa tal empresa,
Que no es que digno se juzgue
Para cantar tus proezas,
Sino que, como hijo tuyo,
Te quiere rendir su ofrenda.

EL CURA DE ALDEA.

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON DOMINGO DONCEL Y ORDAZ.

I.

En un delicioso valle
Y á la falda de una sierra
Por arroyuelos cortada,
De olivos verdes cubierta,
Se ven las casas humildes
De una venturosa aldea,
Que alegres viñas adornan
Y huertos y prados cercan.
En cuidar de sus rebaños
Sus habitantes se emplean,
Y la noble agricultura
Su bienestar acrecienta.

Lejos del loco bullicio
De las ciudades, prosperan
Con la virtud y el trabajo
Que la honra y la dicha aumentan.
No los envilece el lujo,
Ni la ambicion los inquieta,
Ni el juego los empobrece,
Ni la envidia los asedia.
Débenlo todo á un Pastor,
Sacerdote de altas prendas,
Cuyo saber y virtudes
Dichoso el pueblo venera.
Siete lustros há que vino,
Jóven, de hermosa presencia,
Con su palabra y su ejemplo
A transformar esta tierra.
Hoy, anciano venerable,
Su voz el alma penetra,
Y su semblante apacible
Dotes de apóstol revela.
Su paz el pueblo le debe,
Su bien la comarca bella,
Que bajo el peso agobiada
De pasiones turbulentas,
De personales discordias
Y de civiles contiendas,
Mal cultivaba los campos,
Siendo en su ignorancia terca
Sus compañeros los vicios,
Su galardon la miseria.

II.

Como el matinal rocío
Reciben las mústias flores,
De su Pastor las palabras
El pueblo sencillo acoge;
Que siempre de las virtudes
El espectáculo noble
A los tibios fortalece,
Y á los perversos impone.
La grey en el templo santo
Cristianas máximas oye
De los labios venerables
Del ungido sacerdote.
Pura moral les enseña,
Cuando el Evangelio expone,
Cuya sublime doctrina
Felices hace á los hombres.
Ya los deberes recuerda
Que la sociedad impone;
Ya recomienda elocuente
Las grandes obligaciones
Que tiene con sus hermanos
Quien de Cristo lleva el nombre.
De caridad habla al rico;

De resignacion al pobre;
Á los padres encarece
La educacion de su prole,
El recato á las doncellas
Y la honradez á los jóvenes.
De los vicios y virtudes
La inmensa escala recorre:
De estas pinta las bellezas,
De aquellos nota el desórden;
Y lo que el buen Pastor dice
Está, por su bien, conforme
Con el santo y noble ejemplo
De su vida y sus acciones.
Vedle, cual radiante aurora
Que las nieblas de la noche
Disipa; antorcha fulgente
Que alumbra inmenso horizonte.
Ya con el Bautismo lava
La culpa del primer hombre,
Y al infante regenera
Que ha nacido entre dolores;
Ya con lazo eterno liga
Dos amantes corazones;
Y ya el último suspiro
Del moribundo recoge;
Que el sacrificio mas grande
Ni le asusta ni le impone,
Pues solo el deber le guia
Y es la caridad su norte.
¡Feliz mil veces la aldea

Que tales frutos recoge
De los labios venerables
Del ungido sacerdote!

III.

En maestro de los niños
Tambien se convierte el cura;
Que no hay escuela en el pueblo
Adonde aquellos acudan.
Con provechosas lecciones
La débil razon ilustra
De los que serán bien pronto
De sus familias ayuda;
Pues es la instruccion primaria
El cimiento en que se funda
Del edificio social
La complicada balumba.
Y no olvida el buen Pastor
Que es la noble agricultura
Vital nervio del Estado,
Fuente de riqueza suma.
Con amistosos consejos
Buenas máximas inculca,
Y no hay errores agrarios
Que su saber no destruya.

Por él de árboles se pueblan
Las regiones más incultas,
Que, embellecidas, atraen
Sobre aquel suelo las lluvias.
Abono y riego á los campos
Por él con afan procuran,
Y los pantanos desecan,
Y utilizan las lagunas;
Que no hay bien que no proponga
Ni males que ante él no huyan.
¡Dichoso el noble Pastor
A quien el pueblo saluda
Cual humana Providencia,
De Dios destello y hechura!

IV.

Cuando el pueblo bienhadado
Gozaba tan plena dicha,
Vino á iluminar sus lares
La luz de un funesto dia.
Brama el huracan furioso,
Y las nubes que se apiñan,
Abriendo al fin su ancho seno,
Granizo y piedras vomitan.
La lluvia dobla el espanto,

Y de la sierra vecina
Precipítanse torrentes
Por entre peñas y guijas.
Todo es horror en el pueblo;
Viene la noche sombría
Que los temores aumenta
Y la ansiedad multiplica.
«¡Gran Dios! ¡Apláquense pronto
De la tormenta las iras,
Que vuestro nombre proclaman
Y vuestro poder indican....!»
Esto al sábio sacerdote
Su santa piedad inspira.
Oye Dios sus tiernas preces,
Y de la aurora purísima
Los esperados albores
Bañan la comarca mísera.
¡Que cuadro!.... Faltan palabras
Que tal desastre describan!
Muertos los ricos ganados
En los rediles se miran;
De las abundantes mieses
Rotas las áureas espigas;
Asolada por completo
La vega, otro tiempo rica,
Tristes despojos ofrecen
Prados, huertos, campos, viñas.....
Durante las negras horas
De tan inmensa desdicha,
El buen Pastor no descansa.

Ni se rinde á la fatiga.
De casa en casa volando
Con la caridad por guia,
Lleva socorro y consuelos
A las dolientes familias.
No le arredran los torrentes,
Ni los truenos le intimidan,
Ni la lluvia le acobarda,
Ni el Noto su ardor mitiga.
Con su palabra y su ejemplo
Nuevas desgracias evita,
Y reparte cuanto tiene
Con equidad y justicia;
Y luego de los mas ricos
Iguales dones mendiga,
Logrando pingües limosnas
Su cristiana iniciativa.
Así refleja el buen Párroco
La Providencia infinita,
Que nunca de los mortales
Las aflicciones olvida.
¡Oh! ¡Cuánto le debe el pueblo
En esos críticos dias!
No hay pecho que no le ame;
No hay voz que no le bendiga.

V.

En pocos años la aldea
De tantas angustias sale;
Que Dios bendice sus campos
Y corona sus afanes.
El celo del buen Pastor,
En el bien infatigable,
Ni se entibia con los años,
Ni lo amengnan los achaques.
Pero las humanas dichas
Pasan breves y fugaces,
Y se mezclan con dolores
En eterno maridage.
Pronto la cruel epidemia
Del cólera-morbo invade
Chozas y aldeas y villas
Y populosas ciudades,
Y con aliento mortífero
Penetra en el rico valle,
Luto y orfandad sembrando
En los pacíficos lares.
Lo que el bendito Pastor
Hace en tan amargos trances,
No hay pluma que lo describa,

Ni pincel que lo retrate.
Apóstol de caridad,
Médico de tantos males,
Con sus cristianos consuelos
Socorros presta eficaces,
Y al rico y al pobre extiende
Sus cuidados paternales.
Iris de paz y ventura
Tras horribles tempestades,
El buen Pastor de la aldea
Es para todos imágen
De la bondad infinita
Del Omnipotente Padre.

VI.

Del anciano sacerdote
La vida fecunda y larga,
Por el cielo bendecida
Y al bien comun consagrada,
Extínguese lentamente,
Hiriendo las tiernas almas
De los que huérfanos quedan
Sin su tutela y su guarda.
La triste nueva circula;

Lamentos el pueblo exhala;
Amargo dolor le oprime,
Y en copioso llanto estalla.
Todos en su enfermedad
Á Dios dirigen plegarias;
Todos junto al lecho lloran,
Todos en su muerte claman.
¿Quién de Pastor tan benéfico
La santa virtud reemplaza?
¿Quién su celo sustituye?
¿Qué palabra á su palabra?
¿Quién de aquella triste grey
Podrá mitigar las ansias?
¿Quién endulzar sus dolores,
Si el Santo Pastor les falta?
Su nombre allí será eterno;
Que, si en bronces no lo graban,
Lo conserva la memoria
Y la tradicion lo guarda.
No hay tronco en que no se lea;
Y los suspiros del áura
Llévanlo del bosque al valle
Y del valle á la montaña.
Del buen Pastor las virtudes
Eternamente se narran
De los tranquilos hogares
En las nocturnas veladas.
No tiene, cual otros héroes,
Ni pirámides ni estátuas;
Pero tiernos corazones

Le ofrecen de amor sus aras;
Porque del Pastor querido
En la tumba solitaria
Su epitafio el pueblo escribe
Con bendiciones y lágrimas.

LA CONQUISTA DE VALENCIA.

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON EDUARDO ZAMORA.

I.

Allá va el rey de Aragon
Jáime primero, el bizarro,
Con mil soldados de á pié
Y doscientos de á caballo.
¿Cómo tan escasa hueste
Se atreve á cruzar los campos
En que dominan los moros
Tan numerosos y bravos?
¿A dónde va el de Aragon?
¿Dónde lleva sus soldados?
Van á ganar á Valencia

Del poder mahometano,
Y alegres van y tranquilos,
Que van en Dios confiados.
Pocos son; mas en la lidia
Bastan pocos, si son bravos;
Y los que de Jáime siguen
El rojo pendon listado,
Si son escasos en número,
No son en valor escasos.
Son los que el mismo Monarca,
Mozo aun, llevó á su lado
Á conquistar á Mallorca
En medio al Mediterráneo:
Los que el castillo del Puig [1]
Há poco al moro ganaron
Y entraron en Burriana,
Despues de sangriento asalto.
Y el caudillo que los rige
Es tal, que propios y extraños,
Mucho mas que por valiente,
Lo tienen por temerario.
Por eso marchan contentos
Á través de aquellos campos,
Llevando en Dios la memoria
Y en el acero las manos.
Ya divisan á Valencia,
Ya llegan al Túria manso,
Que junto al mar les ofrece

---

[1] *Puch* en lemosin

Cómodo y seguro vado.
Los árabes desde el muro
Los ven levantar su campo,
Y no salen, que les tiene
Tanta osadía admirados;
Y cuando á volver aciertan
De su estupor y su pasmo,
Ven alzado el campamento
Del ejército cristiano
Casi á tiro de ballesta
De los muros valencianos.
Allí está el rey de Aragon
Á su enemigo retando
Con mil soldados de á pié
Y doscientos de á caballo.

II.

Ya extiende por la campiña
Sus galas la primavera,
Alfombrándola de flores
Que la matizan y alegran.
Ya embalsaman el ambiente
El clavel y la azucena,
Y las ramas bajo el peso
De sus frutos se doblegan:
El aire tibio de Mayo
Que vivifica la tierra,

Tambien en el hombre ejerce
Su saludable influencia.
Ya son templados los dias,
Ya son las noches serenas,
Ni el sol abrasa los unos,
Ni el cierzo las otras hiela.
Mala la hubísteis, muslimes,
En la morisca Valencia,
Á mitad del siglo trece
En la fértil primavera,
Mal aconsejados fueron
Por su confianza ciega
Los que á Don Jáime dejaron
Acampar en la ribera
Que el Túria con su corriente
Más acaricia que riega;
Pues cuando el leon sañudo
Clava su garra tremenda
En la presa que codicia,
La clava de tal manera,
Que se queda en la demanda
Sin la garra ó con la presa.
Por eso el rey de Aragon,
Que es leon en la pelea,
Con aliento sobrehumano
Sigue en su atrevida empresa.
Empeñado en el asedio,
Ya sus máquinas de guerra
Contra la plaza sitiada
Un punto ociosas no deja;

Y sus bravos caballeros,
Que el riesgo propio desprecian,
Pródigos vierten su sangre
En la hazaña gigantesca.
Nada á su heroismo importa
El silbar de las ballestas,
Ni el filo de los alfanjes,
Ni la cimitarra mesma;
Que estan tan acostumbrados
Al terror de la pelea,
Que el ronco atabal parece
Que les convida á una fiesta,
Y arrullos son á su oido
Los fieros gritos de guerra.

III.

Mientras pasaban los dias,
Mientras las noches pasaban,
Sin que á Don Jáime los moros
Lograran sacar ventaja,
En las mil y mil salidas
Que con bravura intentaban,
Corria por todas partes
De aquel suceso la fama,
Y nobles y aventureros
De Castilla y de Navarra,
De Aragon y Cataluña

Y hasta de Italia y de Francia
Ansiosos de prez y gloria
Cien legiones levantaban,
Que á reforzar acudian
La escasa hueste cristiana.
El señor de Albarracin,
Pedro Fernandez de Azagra,
Allí acudió con Corrella,
Ramon Folch y Blasco Maza,
Allí En [1] Guillen de Cardona
Llevó tambien sus mesnadas;
Y otros muchos caballeros
Dignos de eterna alabanza
Asistieron á Don Jáime
Con gran número de lanzas;
Y tambien muchos prelados
De que las crónicas hablan,
De esos que visten loriga
Y espuela al zapato calzan,
Y hacen de la mitra casco
Y del báculo hacen lanza,
Acudieron presurosos,
Que era la empresa cristiana.
Y tantos fueron y tantos
Los que ganosos de fama
Fueron á estrechar el sitio
De la ciudad mahometana,

---

1 Los caballeros catalanes usaban la partícula *En*, que equivalia á *Don*.

Que muy en breve Don Jáime
Vió que sus fuerzas llegaban
Á sesenta mil peones
Y mil agnerridas lanzas.

IV.

Empresa fuera imposible,
Queridísimo lector,
Contar los hechos heróicos
Que Valencia presenció.
Seis meses duró el asedio,
Meses de luto y horror,
Y de matanza y de sangre,
Y de espanto y confusion.
Todos los dias las tropas
Del valiente sitiador
En los parciales encuentros
Probaban su decision;
Y tambien todos los dias
El sarraceno feroz
Daba en la defensa ejemplo
De bizarría y valor.
Centenares de valientes
Cada portillo costó,
Y fué regada con sangre
Una y otra posicion.
La puerta de la Boatella

Por fin Don Jáime ganó,
Vertiendo su propia sangre
Al tomar su torreon.
Mas no por eso desmaya
El alárabe feroz,
Que, dignos uno del otro
El sitiado y sitiador,
Es el rey Zeyan un tigre
Si Don Jáime es un leon.
No es de extrañar el empeño
Que muestran ambos á dos,
Ni el valor de los soldados
En la guerrera funcion,
Cuando unos y otros pelean
Por su patria y por su Dios.
Al cabo la media luna,
Nuncio de funesto error,
Rindió ante la Cruz su brio
Cediendo en su obstinacion:
No de otro modo en las nubes
Constantemente se vió
Que huye la luna y se esconde
Al aparecer el sol.
Cuando ya ni una esperanza
De salvarse conservó
El rey Zeyan, á Don Jáime
Pide capitulacion.
De buen grado la concede
El ilustre sitiador;
Y en las buenas condiciones

Que á su enemigo otorgó,
Y en el modo de cumplirlas
Con hidalga precision,
Pudo conocer el moro,
Si antes no lo conoció,
Que es, el que luchó valiente,
Generoso vencedor;
Y que ser como él vencido
Por rey como el de Aragon,
Podrá llamarse desgracia,
Pero nunca deshonor.

V.

De Aragon las bandas rojas
Por fin al viento ondearon
En los altos minaretes
De los árabes encanto;
Y es fama que el rey Don Jáime,
El intrépido soldado,
Vertió, al entrar en la plaza,
Dulce y abundante llanto;
Pues la toma de Valencia,
Que era su sueño dorado,
Vió realizada con gloria
Quien la emprendió temerario,
Con mil soldados de á pié
Y doscientos de á caballo.

LAS DOS REINAS.

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON NICOLAS DIAZ BENJUMEA.

En cierta parte del mundo,
Que no se encuentra en el mapa,
Porque los sábios cosmógrafos
Aun se están por estudiarla,
Existe una monarquía,
De muy antiguo fundada,
Donde disputan dos reinas
La autoridad soberana.
Sobre la cúspide altísima
De una escabrosa montaña,
Como que busca los cielos
Y á los espacios se lanza,
Alíjero y majestuoso
Un noble palacio arranca,
Gran portento de hermosura,

Raro prodigio de fábrica.
Siete torres le coronan,
Que, como faros, señalan
Al caminante la senda
É iluminan su jornada:
Soles, cuando el astro brilla,
Estrellas, cuando se apaga.
Reside allí una doncella
Pura, hermosa, honesta y sábia,
De procedencia celeste
Y de divina prosapia.
Es fuente su juventud
Que bálsamo dulce mana;
Campo que nunca se agosta;
Rosa de eterna fragancia.
Es trasunto su pureza
De la que el cielo há por gala;
Nieve que enciende los pechos,
Y fuego que enfriando abrasa.
Es su hermosura prodigio
Que el elogio menoscaba;
Su honestidad fuerte roca;
Su ciencia, como el mar, vasta.
Hay nobiliarios que dicen
Que fué del cielo bajada;
Y no es dudoso, que al cielo
Su vista siempre levanta,
Y por el cielo suspira
Como si fuera su patria.
De vivir segun sus leyes

Y sus discretas pragmáticas,
Reinos no habria en la tierra
Que al suyo le aventajaran.
Del palacio en el comedio
Y en una apacible estancia
Su trono elevado asienta
De forma esbelta y gallarda,
Donde compiten el oro,
Las perlas, marfil y nácar,
Nevadas pieles de armiño,
Tirias púrpuras preciadas.
Sus cuatro extremos se apoyan
Sobre firmísimas basas
De prudencia, de justicia,
De fortaleza y templanza.
Dos columnas á los lados,
De fe y caridad, levantan
Y sostienen en la altura
El cielo de la esperanza.
Allí la doncella hermosa,
Resplandeciente de gracia,
Bañado en carmin el rostro
Que un serafin envidiara,
La frente noble, espaciosa,
De viva luz circundada,
Suelto el dorado cabello
Que flota sobre sus alas,
Mas blancas que el blanco lino
Que cubre sus formas raras,
A la presencia se muestra

De los que humildes la acatan,
De los que firmes la siguen,
De los que sábios la aclaman.
Tres consejeros ilustres
De contínuo la acompañan,
Ministros graves y dignos
De la excelsa soberana.
El uno entiende y conoce
De las superiores causas;
Legisla, estudia, investiga,
Enseña, amonesta y falla.
El otro, fiel archivero,
Retiene, conserva y guarda
Las sentencias y lecciones
En su memoria grabadas.
El tercero, que ejecuta
La ley de su soberana,
Roba al rayo la presteza,
El rápido vuelo al águila,
Al pecho amante el deseo
Y al pensamiento las alas.
Una inscripcion en el trono
Dice, no en letras, en llamas:
«Yo soy la recta razon,
Yo la luz que alumbra al alma,
Del Ser Supremo destello,
De Dios hecha á semejanza.
Yo para el trono nací,
Y para estar levantada:
Al que mi ley obedece

Yo doy bienaventuranza,
Lumbre que todo ilumina,
Norma que todo compasa;
Mi reclamo es la virtud,
Sabiduría mis fianzas,
Mi futuro es el Eden,
Y mi presente, *batalla*
Contra los males y vicios
Seducciones y falacias:
Que no hay premio sin trabajo,
Y sin victoria no hay palma,
Ni galardones sin mérito,
Ni honor sin heróica hazaña.»
¡Quién tal reina obedeciera!
¡Quién tal imperio habitara!
Allí radiante es la luz,
La atmósfera embalsamada,
El cielo limpio y sereno,
La temperatura blanda,
Eterna la primavera,
La oscura noche ignorada.
Ni ocaso tiene allí el sol,
Ni tempestades las aguas,
Ni nubes el horizonte,
Ni el aquilon destemplanza.
Los que á la reina obedecen
Llevan vestiduras albas,
Símbolo de la inocencia
Y pureza de sus almas.
Allí los sábios que fueron

En las edades pasadas,
Allí la virtud hermosa
En cuadros y emblemas varias,
Mantienen viva la fe,
Que nobles pechos inflama.
En edificios diversos,
Que coronan la montaña,
Mas ricos y mas costosos
Cuanto mas altos se hallan,
Hay una inscripcion que dice:
«Esta mansion soberana
No es ni una sombra siquiera
De la que arriba os aguarda.
Quien á tal altura sube
No declina en su jornada.
Aquí la ventura sobra,
Aquí los cuidados faltan.»
Mas ¿quién sospechar pudiera,
Que aquella feliz comarca
Que tantos bienes ofrece,
Que brinda con dicha tanta,
Se asemejase á un desierto
Segun está despoblada?
Contados son los vasallos
Que la razon avasalla,
Que con su lumbre se alumbran,
Que á su compás se acompasan.
Contados son los que suben
Por la escabrosa montaña;
No por falta de valor,

Sino que otra soberana
Al pié del monte se asienta,
Y su rival se proclama,
Y el imperio le disputa,
Con mil artes y falacias.
Solo á las estrellas pueden,
Por muchas, ser comparadas
Las ciudades, pueblos, villas,
Y provincias que la acatan
Como señora suprema
De sus cuerpos y sus almas.
Sobre la fácil llanura
Su monarquía levanta;
Que, cual hija de la tierra,
De la tierra no se aparta.
Bajo su cetro está el mundo,
Y el hombre bajo sus plantas;
Las almas entre sus redes;
La razon esclavizada.
Al tibio llama y seduce
Con su oropel y sus galas;
A quien la mira, le prende;
Al que resiste, le halaga;
Al que la sigue, lo ciega;
Al que la adora, lo mata.
Su trono es soberbia torre,
Que las vanidades labran,
Con remates de locura
Que al mismo cielo amenazan,
Sobre cimientos de arena,

Sobre bases de inconstancia.
Su código es la mentira
Con artificio adornada.
«Vivid y beberd la copa
Del placer hasta apurarla,
Dice: en mí hallareis ventura,
A poca costa comprada.
Del bien y del mal la ciencia
Aprendereis en mis aulas.
De aqueste mundo los bienes
Yo reparto en abundancia.»
Y el hombre á tales promesas
Ciega obediencia le paga,
Y no tan solo la sirve,
Sino que á sus piés se arrastra;
Y con el pié como á bruto
Ella le gobierna y manda.
¿Por qué, lector? Es misterio.
¿Es por ventura mas sábia,
Mas hermosa ó mas honesta
Que la razon su contraria?
¿Es de alcurnia mas ilustre?
Ni por pienso la aventaja.
Doncella noble es la una;
La otra traida y llevada.
Una por natura hermosa,
Otra por alquimia falsa.
Limpia y purísima aquella,
Aquesta llena de manchas.
La primera, hija de Dios,

El cielo cuenta por patria;
La segunda, del infierno,
Y de diabólica fragua.
Donde se vé que es el mundo
De dementes una jaula,
Pues huye de bienes ciertos,
Y sigue á sirenas falsas.
Lo limpio y puro desprecia,
Y en lodo y cieno se baña;
Lo celestial aborrece,
Y lo terreno le encanta.
Mira al afeite del rostro
Y no penetra en el alma:
Contra *Razon* se revela
Y á *Sensualidad* aclama;
Odia la obediencia libre,
Y cual bestia se avasalla.
Todo el bien que se promete,
Toda la dicha que aguarda
Es viento, ilusion, mentira:
Mentira su soberana,
Engaño y error su lengua,
Su hermosura anzuelo y trampa.
¡Por un placer de un momento,
Una eternidad de lágrimas;
Por un instante de goces,
Toda una existencia amarga!
¿Qué es su belleza? Suspiro
Que espira apenas se exhala;
Chispa que luce un instante,

Fuego que nace y se apaga,
Calor que hiela los huesos,
Vida que la vida acaba.
¿Qué es su juventud? Torrente
Lanzado de una montaña.
Fiebre intensa que alucina,
Potro que sin freno vaga,
Bebida que el cuerpo enferma.
Flor venenosa que mata.
¿Qué son sus dones? Los vicios,
La pasion desenfrenada,
La lengua que muerde y hiere,
Los ojos que no se sacian,
Los piés que al daño caminan,
El oido que no se cansa,
El pecho que odios engendra,
Los labios que no se hartan,
La mano dispuesta al crímen,
El corazon que en sí guarda
Celos, ambicion, soberbia,
Envidia, rencor, matanza,
Guerras de pueblos y pueblos,
Luchas de razas y razas.
¿Qué es su promesa? Ventura
A poca costa comprada;
Y el bien, en tanto se estima,
En cuanto en precio levanta.
¿Qué más ofrece? Poder,
Que polvo será mañana.
¿Cuál es su cebo? Riqueza,

Que es el Argel de las almas.
¿Cuál es su norma? El capricho.
¿Cuál es su fe? No creer nada.
¿Cuál es su cielo? La tierra.
¿Cuál es su ciencia? Ignorancia.
¿Cuál su futuro? La muerte.
¿Cuál su presente? La nada.
Y por la nada y la muerte;
Por el error y las falsas
Riquezas; por el poder,
Cuyo cetro es frágil caña:
Por la belleza de un dia
Y la juventud que mata,
Desprecia el hombre la eterna
Soberanía del alma;
La pureza que es su lustre,
La honestidad que es su gala,
La hermosura que es su cielo,
Las ciencias que son su dádiva,
La fama que es su regalo,
La gloria que es su esperanza,
La paz que es su recompensa,
Los cielos que son su patria!
Mas, ¡ay! que los que la sirven,
Víctimas de su añagaza,
Ni los mentidos placeres
Logran disfrutar en calma.
Aquí un ambicioso llora,
Porque el mundo aun no le basta;
Allí un avaro despierta,

El ánima acongojada;
Acá un tirano se oculta
Á la popular venganza;
Allá un homicida sueña
Perseguidores fantasmas;
Acullá llora un soberbio
Su vanidad humillada.
Este, de los celos víctima,
Lleva un infierno en el alma;
Aquel, vicioso, por cuerpo
Cadáver lívido arrastra;
Esotro lleva la envidia,
Royéndole las entrañas;
Estotro vela angustiado
En rica y mullida cama.
Unos á la suerte acusan,
Otros contra el cielo claman,
Otros la vida maldicen,
Otros contra sí se ensañan!
Todos en revuelto mar,
Sin ver salvadora playa,
Con un idéntico fin
Purgan diferentes faltas.
Así la traidora reina
Da sus mortíferas gracias:
Por una calma fugaz,
Dias de lucha y borrasca;
Por un minuto de halagos,
Toda una existencia amarga;
Por el placer de un instante,

Una eternidad de lágrimas.
Con que, lector, si echas cuentas
Y en algo estimas el alma,
Sigue á la *recta razon*,
Y arrendarte hé la ganancia.

LA POLÍTICO-MANÍA.

ROMANCE

POR EL SR. D. FRANCISCO DE PAULA MADRAZO.

Que es el siglo diez y nueve
De la política el siglo,
Es una cosa trivial
Que saben hasta los niños.
La política es el alma
De nuestro existir anfibio,
Y llena todo el espacio
Que nos concede el destino.
Política al despertar
Nos suministra solícito
El periódico que es eco
De nuestro propio partido.
Si salimos á la calle,
La política, de fijo,
Nos saluda en el ¿hay algo?

Que nos pregunta el amigo.
Si vamos á la oficina,
De política vivimos,
Ó dejamos de vivir
Á cualquier cambio imprevisto.
Al que es hombre de negocios,
Trae la política en vilo;
Pues viene cualquier suceso
Á alterar treses y cincos.
Política en todas partes
Se hace con furor olímpico;
Política en el Congreso,
Que es el punto de surtido;
Política en las tertulias,
Los cafés y los pasillos
Del teatro Real, do pululan
Noticieros como grillos;
Y mas tarde nos pregonan
Con desaforados gritos
Correspondencias de España
Desarrapados chiquillos,
Y desgreñadas mujeres;
Y á sus voces acudimos,
Y aquel popular periódico,
Tan barato, tan esplícito,
Es el narcótico suave
Con que quedamos dormidos.
Esta es la vida que hacemos
En este Madrid político;
¿Y cómo no ha de arrollarnos

La política en sus giros,
Si nos dicen que está el mundo
Á dos dedos de un abismo?
Cuando hay nubes en Oriente,
Y en América conflictos,
Y se destrozan Estados
Irónicamente Unidos,
Y la Italia, por ser una,
Se hace tantos pedacitos,
Y llega la conmocion
Hasta el Sólio Pontificio,
Y la Polonia oprimida
Nos hiere con sus gemidos,
Basta ser humanitarios
Para ser hombres políticos.
Pero una cosa, á mi ver,
En un período tan crítico,
Es el natural afan
Que nos agita el espíritu,
Y otra cosa muy distinta
Esa gran plaga, ese vicio,
La político-manía
Que hace extragos inauditos,
Y que es justo combatir
En toda clase de estilos,
Ora con épica trompa
Ó modesto caramillo.

II.

Vengamos á la cuestion
Sin exordios anticuados:
¿Quién tiene la culpa, quién,
De que el pollo Don Eduardo,
Que cursando está en las aulas
Porque frisa en los veinte años,
En vez de aspirar ganoso
Al académico lauro,
Ó de disponer á ser
En amores Alejandro,
Sueñe en programas políticos,
Y en el distrito del Barco,
Donde tiene un tio cura
Y tres primos propietarios,
Cuyas influencias reunidas
Le sacarán Diputado?
La político-manía,
Que le calienta los cascos,
Que le seca el corazon
Y que le hará desgraciado;
Pues la ambicion le devora
Y le envejece temprano.
Es cierto, no cabe duda,
Fuera insensato negarlo,
Que la España necesita .

Un plantel de hombres de Estado;
Mas todos los españoles
Dedicarse á candidatos
De ministros, es locura
Que raya en lo extraordinario.
¿Qué será del pobre país
Si todos le gobernamos?
¿Y las artes liberales?
Y las labores del campo?
Y los asuntos del foro?
Y del comercio los vastos
Planes que al mundo transforma
En un Eden encantado?
Y la industria floreciente
Que reclama tantos brazos?
Y el sacerdocio sublime?
Y el servicio del soldado?
¿Prescindiremos de todo,
Para alcanzar un preclaro
Y político renombre,
Que no pasa de humo vano?
Mas no es solo el sexo feo
El que ha sufrido el contagio.
Doña Eleuteria Quiñones,
Viuda desde el treinta y cuatro,
Que vive del Monte-Pio,
Si es que se vive ayunando,
Pasó siempre por señora
De carácter muy templado.
Pues tocádmela al registro

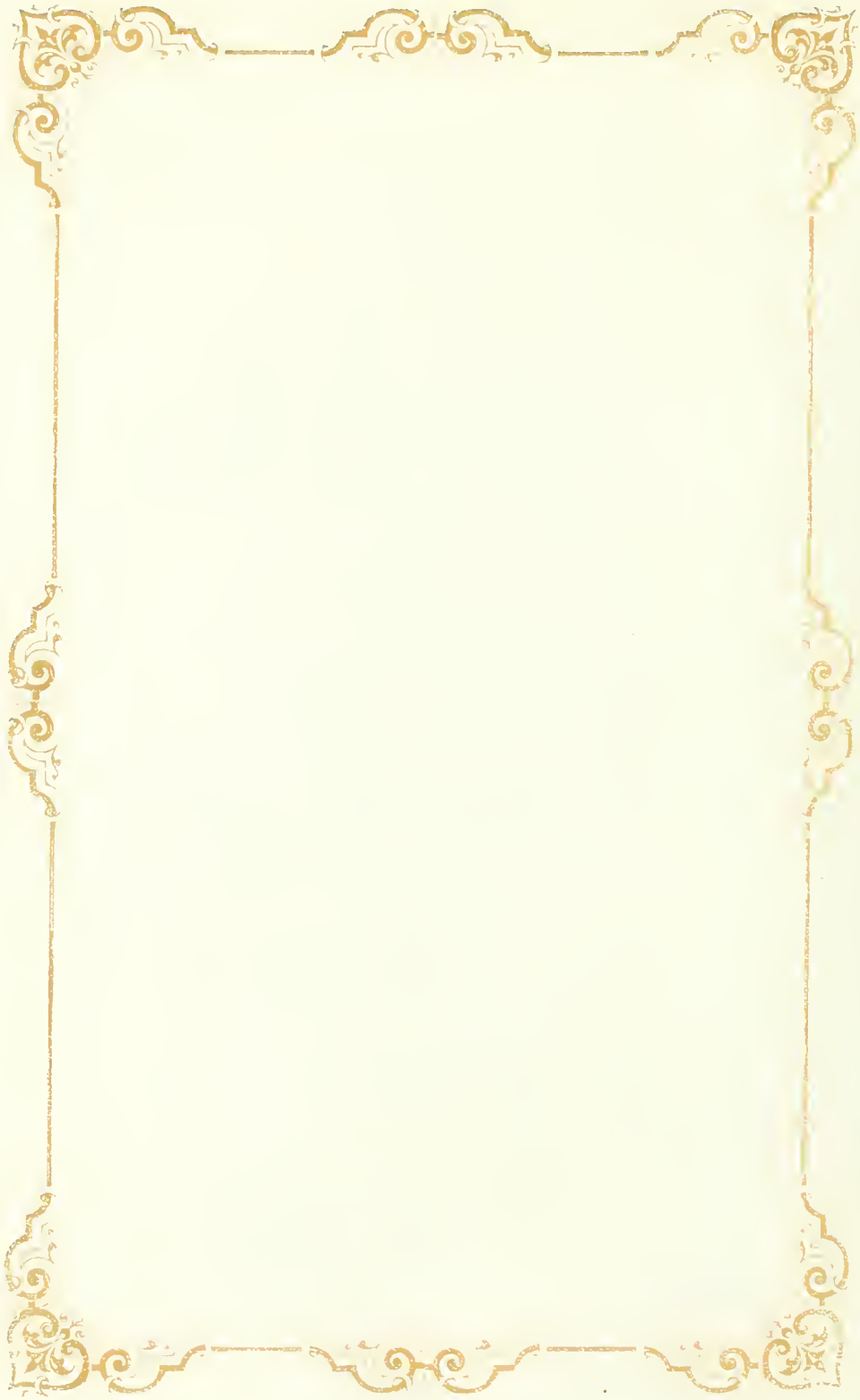
Político-diplomático,
Y la vereis desbarrar,
Lanzándose por el campo
De los partidos, que víctima
Hicieron á su Leandro.
Progresista consecuente,
Es mujer que no ha olvidado
La menguada libertad
Que gozó con moderados,
Enemigos, segun dice,
De que se emancipe elástico
El sexo, cuyos derechos
Desconocen los tiranos;
Y revuelve nombres propios,
Y sabe apuntes biográficos,
Y grita como energúmena
Contra el retrógrado bando ,
Y habla de su autonomía,
Y destroza el diccionario
De la lengua, que no encierra
Su riqueza de vocablos.
La político-manía
Es la causa de su rapto;
Que Doña Eleuteria es buena
Cuando su juicio está sano,
Y no la ofuscan rencores
Político-trasnochados.
¿Quieren ustedes decirme,
Á otro punto ya pasando,
Por qué lo que es mas sencillo,

Mas natural y mas claro,
Si se trata entre personas,
Cuando estas llegan á cuatro,
Se hace turbio y se complica
Y queda mas enredado
Que madeja en que pusieran
Sus manecillas los gatos?
Pues es porque esos señores,
Al uso parlamentario,
Dan en pedir la palabra,
Y en hacer discursos largos,
Y en rectificar despues
Lo que no dijo el contrario.
Las academias científicas,
Los cuerpos mas ilustrados,
Las santas congregaciones,
Las sociedades de teatros,
Todas participan ya
Del vicio que motejamos.
La político-manía
Ha hecho en todos tal extrago,
Que se leen proposiciones,
Y se interpela en el acto,
Y por una cuestion prévia
Se suscita un altercado;
Y se fulminan censuras,
Y se votan agasajos,
Y se pierde el capital
Del mundo mas estimado,
El tiempo, que hace prodigios,
Cuando sabemos emplearlo.

III.

Se deduce, en conclusion,
De este romance indigesto,
Una verdad, tan verdad,
Que es del tamaño de un templo.
La político-manía
Es un vicio, vicio sério,
Que es necesario estirpar
A toda costa, corriendo.
Hasta en el lenguaje usual
Se dibuja este defecto,
Y aplicamos el político
Al puramente casero;
Y muchas veces llamamos
Mudanza de Ministerio
A la variacion contínua
De los fugaces domésticos;
Ó pedimos la palabra,
Cuando sacan el puchero,
Para pedir mas garbanzos,
Porque nos parecen tiernos.
Corrijamos ese vicio
Para aprovechar el tiempo;
Para que el jóven sea jóven
Y no calcule cual viejo;
Y no sueñe la mujer

En emancipar su sexo;
Que harto emancipado está
En este siglo perverso;
Para que tengamos paz
De nuestro hogar en el seno,
Y no vengan las pasiones
Con ponzoñoso veneno
Á empañar del corazon
Los mas hermosos afectos.
Política, los políticos
Que dirigen el gobierno;
Los demás á trabajar
Y á procurar el fomento,
En su esfera cada uno,
De esta patria que queremos.
Seamos buenos ciudadanos,
Cumplamos con noble celo
En su órbita cada cual,
Los deberes que tenemos;
Y no político-manos,
Sino patriotas modestos,
El nombre de nuestra España
Mas y mas levantaremos,
Para que irradie su gloria
En todos los emisferios.



FLORES DEL CIELO,

ROMANCE

POR LA SEÑORA DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

I.

La Fe.

Al sol que asoma en Oriente
Su cabellera dorada,
Sonríe la blanca aurora
Desde su carro de plata.
Arrulla en el bosque umbrío
La paloma enamorada,
Y sus cristales hermosos
La fuente en perlas desata.
Las flores abren sus cálices
A las caricias del áura
Que mece del verde tilo
Los plumajes de esmeralda.

Naturaleza despierta
Pura, bella, perfumada,
Y á su Creador saluda
Con un himno de alabanza.
Allá en la extensa campiña,
Cual una cinta nevada,
Se divisa blanca senda
Que conduce á la montaña.
Por ella, cantando alegre,
Va subiendo una aldeana
Hermosa como la aurora
Que su frente iluminaba.
Al pié del monte, un palacio
Orgulloso se levanta
Do brilla el mármol y el bronce
Con ostentosa arrogancia.
El pórfido lo decora
En colosales estátuas
Que otros tantos guardias fieros
Parecen del rico alcázar.
Pasean cien servidores
En el patio, donde se alza
Un escudo blasonado,
Muestra de egregia prosapia;
Pero se escuchan sollozos
Y quejas tristes y ahogadas
Detrás de los altos muros
De la soberbia morada.
—¡Calle!—se dijo suspensa
La labriega que cantaba,

—Allí lloran! Mas me engaño!
No cabe allí la desgracia.
El llanto es para los pobres;
Á los ricos ¿qué les falta?
Ese señor del palacio
Es rico como un monarca.—
Hablando así, una amapola
Embargó su atencion cándida,
Y á cogerla se dispuso
Con la alegría en el alma.
Casi al mismo tiempo, un rostro
De palidez azulada,
De ojos cóncavos y hundidos,
Apareció en la ventana,
Única que habia abierta
En la soberbia morada.
Era el señor del palacio,
Jóven, por su edad lozana,
Viejo, por las pesadumbres
Que el corazon le abrumaban.
Fijó en el campo sus ojos,
Dobló su cabeza lánguida,
Y sus canas prematuras
Meció la brisa templada.
Asustada de su aspecto
Se detuvo la aldeana,
Más roja que la amapola
Que en su mano se ostentaba,
Y así escuchó al poderoso
Exclamar con voz cansada.

II.

—¡Felicidad! Eres sueño
Que dentro el alma no cabes,
Ó eres fantasma ilusorio
Que de mí corres delante?
Yo, rico de inteligencia,
Jóven, opulento y grande
Por mi estirpe y mi fortuna;
Yo, que con hondos afanes
Te busqué toda mi vida,
¡Jamás he podido hallarte!
Creí encontrarte en la ciencia
Y traspasé sus umbrales,
Y en el templo de la gloria
Mi nombre escribí arrogante;
¡Pero no logré siquiera
A lo lejos columbrarte!
Cuantos frenos en la vida
Sujetan, ligan ó abaten,
Altanero he sacudido:
Dejé el lado de mis padres,
Y como alazan fogoso
Crucé vergeles y eriales:
Aquellos con pocas flores,
Y estos de espinas punzantes
Erizados, que á porfia

Despedazaron mis carnes!
No quise creer que hubiese
Un sér mas fuerte y mas grande
Que yo, y he reido impío
De las augustas verdades
De esa religion que aclaman
Consuelo de los mortales;
¡Mas nunca, nunca he logrado,
Felicidad, columbrarte!
Hoy al cielo alzo los ojos,
Solo y triste en mis hogares:
Sin padres, hijos, ni esposa.....
La ciencia mi frente abate,
Y la encuentro árida y seca
É inútil para mostrarme
El camino de la dicha
Que siempre busqué anhelante.
Un *mas allá* es mi deseo,
Un *mas allá* que no engañe.
¡Oh, sí! Un *mas allá* que llene
El vacío inmensurable
Que la mirada do quiera
Descubre yerta y errante.
¡Fuerte me juzgué, y el alma
Dormia cansada y frágil!
¡Felicidad! ¿Dónde moras
Que nunca pude encontrarte?—

III.

Calló aquel hombre, y la niña,
Que á escucharle se paró,
Riendo de sus palabras
Volvió á entonar su cancion.
—Si estará loco!—se dijo,
Mientras su paso veloz
A una cabaña del monte
Presurosa encaminó;
Mas sus reflexiones cándidas
Y su cándido temor
Y su cancion y su paso
Detuvo trémula voz.
Era la del opulento
Que de esta suerte le habló:
—Detente! Detente, niña!
Vuelve y dime la razon
De que tú estés tan alegre
Y muera de pena yo!
Tú eres pobre y yo soy rico;
Cien vasallos con pavor
Me obedecen, y mi nombre
Va por cuanto alumbra el sol.
Dime, niña, ¿no has sufrido?
¿No has conocido el dolor?
¿Por qué cantas tan alegre

Y muero de pena yo?—
—Yo no lo sé,—la aldeana
Repuso con dulce voz.
—Soy feliz; pero he llorado
Algunas veces, señor.
—Tambien tú!—Tambien:
Mi padre há ya tiempo que murió,
Y quedamos sin recursos,
Destrozado el corazon,
Sin consuelo ni esperanza,
Mi madre, mi abuela, y yo.
Mas sabemos que mi padre
Mora feliz junto á Dios
En el cielo, y esta idea
Endulza nuestra afliccion.
Rezamos al despertar,
Y rezamos cuando el sol
Detrás de vuestro palacio
Corre á ocultarse veloz.
Pasto del alma y consuelo
Es á un tiempo la oracion,
Y es dicha inmensa decir
Cuando nos hiere el dolor:
—Sufrámoslo con paciencia,
Pues así lo quiere Dios!—
Dios, que es el padre amoroso
De toda la creacion;
Dios, que los mundos cobija
Con su mirada de amor;
Dios, que al que sufre le cuenta

El llanto que derramó;
Dios, ante cuya mirada
Iguales en todo son
El poderoso y el pobre,
Porque por todos murió:
Dios, que solo á la virtud
Dará eterno galardon,
Porque las pompas humanas
Él las quita cual las dió.
A ese Dios omnipotente
Habladle con la oracion:
Llamadle con toda el alma,
Y os atenderá, señor!
¡Y puesto que de este mundo
Ya vuestra madre salió,
Llamad, como madre vuestra,
A la Madre de ese Dios,
Que es tan buena y tan hermosa!
—¿La conoces?—¡Cómo no!
Ella es la que, con su aliento,
Ha dado vida á esta flor:
En el cristal de la fuente
Escucho su dulce voz:
Los ruiseñores le cantan
Himnos de dicha y de amor:
La luna le da corona
Y manto espléndido el sol.
¡Sí, María vive en todo!
En el ave y en la flor,
De la fuente en los cristales

Y en su triste y dulce son,
De la noche en las estrellas,
De la aurora en el fulgor,
Y ella es para los humanos
Madre de consolacion.
El cielo es el *mas allá*
Que vais buscando, señor,
Porque la FE es flor del cielo
Que Dios aquí nos mandó
Para endulzar, con su aroma,
Nuestro incesante dolor.

IV.

Dijo la niña; y dejando
De nuevo aquellos lugares,
Bajó con planta ligera
Las hondonadas del valle.
Mas el pobre descreido
Corrió tras ella anhelante,
Se postró á sus piés llorando,
Y las manos sujetándole,
—No te vayas, no te vayas!—
Le dijo.—No desampares
Mi alma, ya que con tu acento
Luz y calor le prestaste.
Sé mi esposa, y la alegría
Penetrará en mis hogares:

Quiero, desde hoy, tu pobreza
Y mi fausto hacer iguales.
Mi compañera serás;
Yo viviré para amarte;
De tí aprenderé á creer;
Porque veo que mas vale
Tu angelical inocencia
Que mi ciencia miserable.
Tienes razon. Dios es solo
El *mas allá*, que insaciable
Toda mi vida he buscado
Sin que pudiera encontrarle!
La fe es la felicidad
Que, peregrino y errante,
Buscaba por todo el mundo
Con estériles afanes,
¡La fe! Flor de rico aroma,
Cuya hermosura brillante
El alma triste ilumina
Con sus rayos inefables!
Desde hoy, mi árida existencia
Ansío ya que embalsame;
Que ella no mas puede abrirnos
Las regiones celestiales.

LA VUELTA DEL SOLDADO,

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON LUIS DEL PALACIO.

I.

Por un estrecho sendero
Que cruza un espeso monte
Y que conduce á una aldea
Pequeña, ignorada y pobre,
Cabizbajo y silencioso
Marcha apresurado un hombre.
Há muy poco que la aurora
Besó las dormidas flores
Y despertó entre las ramas
Á los pájaros del bosque:
Há poco que avergonzada
De sus tinieblas la noche

Huyó, al despuntar del dia
Los nacarados albores,
Con su fúnebre silencio,
Con sus fantasmas informes;
Y ya abren las florecillas
Al áura el húmedo broche;
Y ya las aves entonan
Sus mas alegres canciones,
Y el arroyuelo apacible
Sonoro entre juncias corre,
Y su manto azul el cielo
Majestuoso descoge.
Las brisas de la mañana
Suspiran entre los robles,
Llenando el espacio inmenso
De mil sonidos acordes,
Y entre celajes de plata,
Que sus destellos no esconden,
Asoman del sol los rayos,
Diadema de mil colores.
Todo en el valle es risueño:
Todo es alegre en el monte.
El rumor de la cascada
Que se despeña veloce;
Los armoniosos gorgeos
De los pardos ruiseñores,
Y el eco que en lontananza
Vago, indeciso, responde
Al dulce cantar suave
De los sencillos pastores.

Todo respira alegría,
Todo convida á los goces;
Y sin embargo, abstraido,
Del valle risueño al borde,
Por un estrecho sendero
Marcha apresurado un hombre.
Es un soldado; bien claro
Lo están diciendo su porte,
Su andar resuelto y seguro
Y una cicatriz enorme
Que cruza su sien morena
Y entre el cabello se esconde.
Quizá atormentan su alma
Recuerdos desgarradores;
Quizá la pátria que un dia
Para combatir llamóle,
Y por la que dió su sangre
En cien gloriosas acciones,
De su hijo el pobre soldado
Olvidó el humilde nombre.
Tal vez siente en su memoria
Nacer de dias mejores
El dulce y vago recuerdo
Que su corazon absorbe,
Y en grata melancolía
Su pensamiento recoge.
¿Quién sabe..... cercan la vida
Tantos acerbos dolores!
¿Quién en su pecho no lleva
Algun pesar que le agobie.

¿Quién no ha sentido en el alma,
En los momentos que insomne
El pensamiento se agita,
Un dolor que la conoce?
¿Qué ojos no han vertido llanto?
¿Quién mil bellas ilusiones
No miró pulverizarse
Del desengaño á los golpes?
Nadie: en el triste camino
Que atravesamos veloces,
Corriendo tras un fantasma
Que mas que nosotros corre,
Todos pisamos abrojos;
Sin ellos no existen flores.

—

Tal vez por eso el soldado
Cruza el delicioso bosque
Sin escuchar de la brisa
Las múltiples vibraciones,
Ni el rugido del torrente,
Que en tumbos mil rueda indócil,
Arrollando en su carrera
Cuanto á su paso se opone.
Tal vez por eso, camina
Sin que sus fuerzas se agoten,
Cabizbajo y silencioso
Del valle risueño al borde.

II.

Mas ya del modesto templo
De la reducida aldea
Al viento da la campana
Su voz tranquila y severa.
Ya leves columnas de humo
Que extrañas sombras semejan
Desde las humildes chozas
Al firmamento se elevan;
Y ya en el florido valle
El dulce cantar resuena
De los que marchan alegres
A sus penosas tareas.
En tanto el pobre soldado
Al pueblo afanoso llega;
Sus ojos antes sombríos,
Rayos de gozo destellan,
Y una lágrima tranquila
Por su tez quemada rueda.
Párase un punto indeciso
Y con avidez contempla
Ya el montecillo lejano,
Ya la torre de la iglesia,
Ya el arroyuelo sereno
Que entre las flores serpea
Hasta que fija su vista

En una pobre vivienda
Que baña del claro arroyo
La sonora linfa inquieta.
Una anciana que le nombra
Se halla al dintel de su puerta,
Y un grito de inmenso júbilo
Lanzando, corre hácia ella,
Que le recibe en sus brazos,
Y con su llanto le anega.
¡Madre mia!—¡Hijo del alma!
Dios no ha querido que muera
Sin que tu cierres mis ojos.
¡Dios mio, bendito seas!
Y llora á un tiempo y sonrie,
Contra su seno le estrecha
Y duda que tanta dicha
Un sueño feliz no sea.
Y no es extraño; que un dia
Llamó á sus puertas la guerra,
Y sus sollozos cubriendo
Con la voz de la trompeta,
Robóle cuanto en el mundo
La ligaba á la existencia.
El hijo que en su regazo
En su juventud mas tierna,
Dulce y amante adormia
Con no estudiadas endechas.
Y hace muchos, muchos años
Que está muriendo de pena;
Llorando con sus recuerdos,

Pidiendo al cielo que vuelva.
Y ha vuelto: Dichosa madre;
¡Cuánto ha sufrido en su ausencia!
Cuando dejó sus hogares
Pensó morir de tristeza,
Y ahora teme á su alegría
Sucumbir, la pobre vieja.
¡Cuánto goza el veterano!
¡Con qué dulce afan contempla
El rostro, que tantas veces
Vió en medio de la pelea!
¡Qué loco placer le inunda
Si sus caricias recuerda;
Si sus canciones repite,
Si en la memoria conserva
La oracion que le enseñara,
Los consejos que le diera!
Y es que una fuente en el pecho
Brota, que nunca se seca,
Que los pesares no enturbian,
Ni los desengaños menguan.
Fuente perpétua de goces,
Manantial de gloria eterna.
Amor sublime de madre
Que hace un Edén de la tierra.
¡Ay de aquel que no le siente!
¡Ay del que llora su pérdida!
¡Feliz el pobre soldado
Que aun puede morir por ella!

—

Largo rato madre é hijo
De su amor se dieron pruebas,
Y oyó el cielo sus plegarias
Y sus vítores la aldea.
Por fin, ambos de rodillas
A Dios su oracion elevan,
Y ambos á la par repiten
Con voz que los aires llena:
«¡Felices los que siguieron
Siempre del deber la senda;
Los que por su pátria luchan
Y por su madre se quejan!»
Pues para el que honrado nace
Y para el bien solo alienta,
Tiene su respeto el mundo,
Y su amor la Providencia.

LA CARIDAD,

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

Bello, dulce sentimiento,
Esencia de nuestras almas,
Raudal de divina luz,
Que brota de la lanzada
Con que sacrílega mano
De Dios el pecho traspasa;
Iris de paz que aparece
En las contiendas humanas;
Entre los hombres y el cielo
Aquella sublime escala
Que viera en sueños Jacob;
Eterna, perenne llama,
Porque en sí misma se enciende

Porque á sí misma se abrasa.
Amor, entre los amores,
Entre las gracias, la gracia,
Virtud, entre las virtudes,
Es la caridad cristiana.
¿Quién resiste su poder?
¿Su fuerza á quién no avasalla?
¿Quién osa decir sus triunfos?
¿Quién referir sus hazañas?
Mas fácil fuera contar
Sus arenas á las playas,
A la noche sus estrellas,
A la mar sus oleadas,
Sus rayos al sol, y al hombre
Sus designios y mudanzas.
Mientras con sonora trompa
Pregona do quier la fama
Las victorias del guerrero
Con sangre siempre alcanzadas;
Mientras mármoles y bronces
Las vanidades ensalzan,
Aquí de opulento príncipe,
Allá de excelso monarca,
Que con el fausto y el oro
Su pobre grandeza fraguan,
Creyendo ocultar en ella
La pequeñez de sus almas;
Mientras en son de hechos grandes
La misma historia nos narra
Tantas ilustres miserias

Tantas flaquezas humanas;
La caridad silenciosa
Su senda de espinas anda,
Y el bálsamo del consuelo
Humilde do quier derrama.
Ella con su celo ardiente
Los hospitales levanta,
Con cariñoso cuidado
Limpia la asquerosa llaga
Del leproso, y al colérico,
Cuando de él todos se apartan,
Recibe tierna y endulza
Sus negras mortales ánsias.
Para el niño que abandonan
El crímen ó la desgracia,
Para el decrépito anciano
Que el sustento ya no gana,
Ella la limosna pide
Con sus bellas manos blancas.
Al condenado que espera
Con sus horas ya contadas
Esa expiacion, que la ley
Venganza pública llama,
Ella le da sus consuelos
Y al cadalso le acompaña.
Ella, en medio del furor
De la sangrienta batalla,
Opone el sereno pecho
Al cañon que muertes lanza,
Busca afanosa al herido,

Sin preguntarle la causa
Que defiende, y en sus brazos
Con el mismo amor ampara
A unos y otros combatientes;
Que es su bandera mas alta
Que las banderas del mundo
Todas con sangre manchadas.
Salve, virtud poderosa,
Desde la cruz proclamada,
Manifestacion perpétua
De aquellas dulces palabras
Con que el Redentor del orbe
A las enemigas razas
Llamó, del género humano,
Libres, iguales y hermanas.
Encendida en tus amores,
Por tí la orgullosa dama
Deja el dorado aposento,
Al hospital se traslada,
Y la seda y los encajes
Trueca por la burda saya
De esa milicia piadosa
Que el gran Vicente fundára.
Solo por tí la doncella
Valor sintiera en el alma
Para surcar sin espanto
Del mar las revueltas aguas,
Nuevos lauros y peligros
Yendo á buscar hasta el Asia.
Intrépido misionero,

En la ardiente edad lozana
En que el mundo y las pasiones
En el corazon batallan,
Por tí con abnegacion
Hogar abandona y pátria,
Y á los mortíferos climas,
Á regiones ignoradas,
Á los confines del mundo,
Á las vertientes del Atlas
Vuela arrojado y sublime
De la caridad en alas;
Hambre, sed, dolor, miseria
Sufre con paciencia santa,
Por llevar con rudo celo
Del Redentor la palabra
Á las hordas mas salvajes
Que el sol quema y el mar baña:
Predicando pasa el dia,
Predicando le halla el alba;
Aquí una tribu le escucha,
Allá con loca algazara
Otra crüel le acomete
Y el suplicio le prepara;
La piedra, el chuzo, la flecha
Carnes y huesos le arrancan,
Y entre tormentos horribles
Que concluyen en las llamas
Espira, y al contemplar
Á sus verdugos, exclama:
«Perdon para ellos ¡Dios mio

Perdon para su ignorancia! »
¡Salve, virtud de virtudes,
Que tales prodigios labras!
Fresca rosa de Engadí
Nacida siempre entre lágrimas;
Antorcha de redencion
En el Gólgota inflamada;
Entre el sumo Dios y el hombre
Mediadora soberana;
Libro de los siete sellos
Donde el misterio se guarda
De juntar en una sola
Toda la familia humana;
De los dolores estrella,
De los afligidos áncora,
Caudal inmenso del pobre,
Vergel de sus esperanzas,
Cadena que al opulento
Con los mendigos enlaza,
Rico venero de amor,
Océano de la gracia!
Antes la vista á mis ojos
Falte y á mi lengua el habla,
El movimiento á mis remos,
El calor á mis entrañas,
Y luz á mi inteligencia,
Que caridad á mi alma.

LA VÍRGEN DE ATOCHA.

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON RAFAEL GARCÍA SANTISTEBAN.

I.

«Viles hijos de Mahoma,
»Descreidos musulmanes,
»Que en *Magerit* dais al viento
»Vuestro orgulloso estandarte,
»Yo, caballero cristiano,
»Y godo de ilustre sangre,
»Gracian Ramirez de Vargas
»Por apellido y linaje,
»Ante esos muros os reto
»Por villanos y cobardes,
»Mal cumplidores de pactos
»Y amigos de malas artes.

»Si al entrar en esa villa,
»Que Dios por nuestras maldades
»Quiso sujetar al yugo
»De vuestro invasor enjambre,
»Prometísteis no inquietar
»La paz de nuestros hogares,
»Ni perturbar nuestro culto,
»Ni la fe de nuestros padres,
»¿Por qué os cansásteis tan presto
»De cumplir lo que jurásteis?
»¿Por qué quitais al cristiano
»La Reina de sus altares?
»¿Qué habeis hecho, mal nacidos,
»De la venerada imágen
»De la Vírgen de Antioquía,
»Nuestro amparo y nuestra madre?
»¿Qué aleve mano ha querido
»De mi morena privarme,
»Que morena se la llama
»Por lo oscuro del semblante?
»Como tengo de costumbre
»Entré á rezarla esta tarde,
»Mas no la hallé en su capilla,
»Ni de ella ha sabido nadie.
»Tragéronla de Antioquía,
»Cuál tesoro inestimable,
»Los discípulos de Pedro,
»Santo Pontífice y Mártir;
»Y es nuestra santa patrona,
»La intercesora constante,

»Que ruega á Dios por nosotros
»En nuestras cuitas y males.
»Por eso en justo derecho
»Os exijo que al instante
»Devolvais á su capilla
»Efigie tan venerable,
»Ó si no, como cristiano
»Y godo de ilustre sangre,
»Yo, que soy Gracian Ramirez,
»Aunque vencido, arrogante,
»A todos y á cada uno
»Os reto como á cobardes,
»Mal cumplidores de pactos
»Y amigos de malas artes;
»Y si hay quien por honra al menos
»Quiera recoger el guante,
»En Rivas, junto al Jarama,
»Puede bajar á buscarme.»
Y esto diciendo, Ramirez
Picó al potro el acicate,
Y en acompasado trote
Fué de Madrid alejándose.

II.

A prisa viene la noche,
Y pensativo Gracian
Camino de su morada

Ginete en su potro va.
La pérdida de la efigie
Le causa pena mortal,
Y haciendas y vida diera
Por volverla á recobrar;
Que gran devocion le inspira
Y harto conoce además
Que sus hijas y su esposa
Mucho sentimiento harán.
Tales cosas meditando
No cuidó de reparar
Que el caballo mas que al trote
A escape marchaba ya.
Súbito como una flecha
Parte el fogoso animal,
Y veloz salta un vallado,
Que cercaba un atochar,
Y sin freno largo trecho
Corre con igual afan:
Mas se planta de repente
Y comienza á relinchar.
Ramirez, que antes no pudo
Calmar su fogosidad,
En vano pretende ahora
Que adelante un paso mas.
Insensible al acicate,
Clavado en un punto está,
Y parece que olfatea
Con inquieto malestar.
Creyendo que algun tropiezo

Le impide seguir quizás,
Gracian, por ver si lo aparta,
Decide descabalgar.
Apenas, el pié ya en tierra,
Iba á adelantarse audaz,
Cuando una llama azulada
Vió á pocos pasos brillar.
Ignorando si le mueven
Recelo ó curiosidad,
Se acerca al sitio en que luce
Aquel fuego singular.
Y ¡ oh portento milagroso!
A la ténue claridad
De aquella luz, que de fijo
No encendió mano mortal,
Vé la imágen de la Vírgen,
Que oculta estaba detrás
De las matas de una atocha,
Que guardaba joya tal.
Gracian se arrodilla entonces,
Y gracias al Cielo da
Porque al fin ha recobrado
Su morena celestial,
Y promete que allí mismo
Otra capilla alzará
En memoria del milagro
Que la Vírgen quiso obrar.

III.

Cumplida está la promesa,
Y á fe que es linda la ermita
Que en el atochar Ramirez
A su patrona dedica.
Allí la da nuevo culto
Bajo advocacion distinta,
Llamando Vírgen de Atocha
A la Vírgen de Antioquía.
Rezando estaba una tarde
Con su mujer y sus hijas,
Cuando un servidor entró
Á darle infausta noticia.
Tropel de ginetes moros
Hácia allí se dirigia,
Mostrando claro su intento
De derribar la capilla.
Solo, contra tanta gente,
Mas remedio no tenía
Que morir como esforzado
Vendiendo cara su vida.
Pero ¿qué suerte esperaba
Á aquellas prendas queridas,
A sus hijas y á su esposa
Que ya sin honra veia?
Mandó al servidor que al punto

Llevara el aviso á Rivas,
Y diese la voz de alarma
Por aquellas cercanías,
Y con la espada en la mano,
Casi la razon perdida,
Dirigióse á las mujeres,
Que rezaban de rodillas.
«Desventuradas, les dijo,
»Los moros vienen encima,
»Y os espera la deshonra
»En brazos de la morisma.
»En gracia de Dios estais;
»Que la Vírgen os asista,
»Porque voy á daros muerte
»Para que vuestra honra viva.»
Poco despues con la espada
De roja sangre teñida
Salió Ramirez al campo
Á morir con valentía.

IV.

Muchos los árabes eran
Y mucho su ímpetu fué,
Pero Dios los puso en fuga
Con su infinito poder;
Y aunque pocos los cristianos,
Fué mucha su intrepidez,

Y con Ramirez al frente
Al moro hicieron correr.
Conseguida la victoria,
Que asombro de todos es,
Á dar gracias á la Vírgen
Van por tan rara merced.
Gracian, que vacila y tiembla,
Los pretende detener
Para que no se horroricen
De hallar muertas á las tres.
Pero nadie el paso acorta,
Y él mismo con tardo pié
Se dirige hácia la ermita
En la ansiedad mas cruel.
Cerrada encuentra la puerta,
Llama, le abren, mira y ve
Que salen á recibirle
Sus hijas y su mujer.
Brilla el júbilo en su rostro,
Sonrosada está su tez,
Que han vuelto á vivir las mismas
Que muertas tuvo á sus piés.
En sus brazos las estrecha
Y á Dios bendice tambien,
Y aumenta el nuevo prodigio
La devocion y la fe.

V.

Esta es, pueblo madrileño,
La tradicional historia
De la Vírgen de Antioquía,
Nuestra Señora de Atocha.
Reconquistado Madrid
Por las armas victoriosas
Del rey Ramiro segundo,
Terror de la gente mora,
Se dió culto mas ferviente
Á imágen tan milagrosa
É hizo suntuoso templo
Y ofrendas y ricas joyas.
Hoy á través de los siglos
Y como la firme roca
Que ve á sus piés estrellarse
Las olas una tras otra,
Aun en su altar se levanta,
Faro de luz bienhechora,
Sobre imperios que cayeron
Ó instituciones que brotan,
La efigie, que el buen Ramirez
Hallára entre unas atochas,
De la villa de Madrid
Abogada y protectora.
Por eso nuestros Monarcas

Devotos su amparo invocan,
Que sin la ayuda del cielo
No están firmes las coronas.
Pueblo, acude á ese santuario
Donde con voz poderosa
Te llaman la gratitud
Y el recuerdo de tus glorias,
Que allí en debido homenaje
Banderas al aire flotan,
Que están pregonando triunfos
De la Nacion española.
Volemos allí los hijos
De la raza valerosa
Que hizo frente el Dos de Mayo
Al que era espanto de Europa,
Y pidamos para España
A tan augusta Señora,
Tranquilidad y ventura
Y ardiente fe religiosa,
Y juremos defender
Y dar nuestra sangre toda
Por la santa independencia
Y la pureza del dogma,
Emulando si es preciso
Las hazañas asombrosas
De Sagunto y de las Navas,
De Bailén y Zaragoza.

—

LA IRA Y LA TEMPLANZA.

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON ANTONIO AUSET.

De entre un pabellon de nubes
Que el cóncavo azul enlutan,
Vertiendo rayos de plata
Asomó limpia la luna.
Arrastra los nubarrones
El ábrego, y los empuja
Con fuerza tal, que en la atmósfera
Los revuelve y acumula,
Semejando apariciones
Siniestras que el aire sulcan.
Y piérdese detrás de ellos
Con luz apagada y mustia
De las brillantes estrellas
La muchedumbre confusa.
Altera acaso el silencio
De la noche negra y muda
El grito de la corneja,
El perro hambriento que ahulla,

Ó el espantoso gemido
Del viento, porque su ruta
Interrumpen las esquinas,
Y al rasgarse en ellas zumba.

Á pasos acelerados
Por una calleja oscura
Dos personas, embozadas
Y ambas en silencio, cruzan.
Llevan capas muy cumplidas,
Bonetes con blancas plumas,
Largos hierros toledanos
De bien afilada punta.
Y, aunque con priesa, caminan
Gravemente y con mesura,
Pisando con tal firmeza
Que la arena desmenuzan.
En una plazuela entrando
Que altos álamos circundan
Echan mano á los estoques,
Y respirando sañuda,
Cada cual, muerte y venganza,
Hacen que rápidos crujan
Chocándose los aceros
Que brotan chispas menudas.
Nadie se alcanza ventaja:
Se acosan, se hieren, pugnan,
Y entrambos como clavados
Están en la tierra dura.

Á una estocada responde
Otra estocada más brusca,
Que va en cada cuchillada
Abierta medrosa tumba.

Tal vez á dama inconstante
Tales ímpetus acusan;
Tal vez la razon se esconde
De acalorada disputa
En alusion venenosa
Que envuelve sangrienta injuria.
Dáles el enojo esfuerzo.
Ligeros golpes se escudan.
Si veloces acometen,
Veloces golpes segundan,
Que más rápidos que el rayo
Movimiento igual calculan.
Hienden, destrozan y rasgan
Y los tajos apresuran;
Pero de entre la arboleda
Aparece sombra oculta
Que á pasos acelerados
Va con la espada desnuda.
Y á tal tiempo se interpone
Entre los que tercos luchan,
Que, un punto á tardar, viniera
Para abrirles sepultura.
Ambos cesan fatigados,
Al medianero saludan,

Y á empuñar vuelven de nuevo
Velando las cataduras.
—«Men Gutierrez» gritó el uno;
Y apenas tal voz escuchan,
El crugir de las espadas
Fué solo respuesta única.
«Ved que se muere, gritaba
De nuevo, vuestra futura.»
—Cuando peligra la honra
Otra desdicha se excusa.—
—Por amor de vuestra madre.....—
—Nada contiene la justa
Ira de quien con la espada
Vengar su afrenta procura.
—Ved que ni razon teneis.—
—Si no tengo razon mucha,
En cambio mancha mi sangre
Estoques y vestiduras.—
Y así desgraciadamente
Era la verdad, sin duda,
Porque sus piés resbalaban
Y de sus manos convulsas
Se escurrian las calientes
Sangrientas empuñaduras.
Y si la humeante sangre
Embriaga al hombre y lo ofusca,
Como el hambriento leon
Que ve su presa segura,
Solo con la muerte pueden
Calmar ambos la iracundia.

Tanto en los pechos honrados
De varoniles alcurnias
Puede en España la idea
De que se lava la injuria
Solo muriendo ó matando,
Pero no cejando nunca.
Eran por lo tanto inútiles
Ni los ruegos, ni las súplicas,
Á los que ciegos de cólera
Se embisten, hieren é insultan.
Mas no es inútil. De pronto
Se abre una puerta y se alumbra
Débilmente la plazuela
Campo á la batalla estulta.
Y casi á un tiempo en los aires
Con voz vibrante y aguda
Resuena la campanilla
Que al Supremo Dios anuncia.
Al sonido, en dos estátuas
Se truecan las dos figuras,
Cayendo en tierra de hinojos
Depuesta la antigua furia.
Por entre ambos, murmurando
Algunas preces confusas,
Pasó el acólito y luego
Pasó silencioso el cura.
Y tal como si pasara
La mano de Dios augusta
Por la piel de aquel leproso
Sanando al punto sus úlceras,

Así se acabó el coraje
De los que en ciega locura
Pedian con sus acciones
Tan solo al infierno ayuda.

¡Oh religion sacrosanta,
Bálsamo puro que endulza
De las terrenales iras
El piélago de amarguras!
Tú los más fieros leones
En mansos corderos mudas;
Tú das reposo á las almas
Que en tí su reposo buscan.
¡Bien hayan los que se acojen
Á tu amorosa coyunda,
Y comprenden los preceptos
De tu omnipotencia suma!

LA VIDA POR MIS HERMANOS.

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON JUAN JOSÉ BUENO.

I.

El toque de fuego.

¿Qué angustiosa inquietud cunde
En la populosa Málaga
Una noche de verano [1]
De recordacion infausta?
¿Por qué corren esas gentes
En grupos, y desaladas
Y curiosas se preguntan
Lo que en su recinto pasa?
Pálidos, tristes, los rostros

[1] La del 10 de Agosto de 1853.

Dan señal de pena amarga.....
Aquí se forma un corrillo,
Allí suena una algazara,
Mas allá se oyen de susto
Interrumpidas palabras:
Dudas y zozobra llenan
Los pechos y los desgarran.
Turbas de viejos y niños,
De jóvenes y de ancianas,
Vuelan, sin saber á dónde,
Por la ansiedad impulsadas.
En portales y azoteas,
En balcones y ventanas
Chicos y grandes se agolpan,
Personas de la clase alta,
Gente de la clase media,
Gente de la clase baja,
Y en los barrios más distantes
Se escucha el rumor de charlas.
Precipítanse serenos,
Y vigilantes y guardas,
Alguaciles, comisarios,
Jueces y alcaldes con varas,
Y los oficiales luego,
Como quiere la ordenanza,
Ciñen los sables, la tropa
Á pasos veloces marcha.
Un ayudante á galope
De lejos la gente aparta,
Y donde el caballo pisa

Centellas de fuego arranca.
¿Popular tumulto acaso
Los ánimos sobresalta,
Y á reprimirlo las fuerzas
Militares se preparan?
No. Ni un grito sedicioso
Á los vecinos alarma,
De la agitacion contínua
Otra es la funesta causa.
¿Por ventura el mar furioso
En espantable borrasca
Á algun desdichado buque
Con rugientes olas traga?
Tampoco. Diáfano el cielo
Mil estrellas tachonaban,
Y desde Oriente al Ocaso
Ni un vapor la esfera empaña.
Sereno el mar parecia
Ancho piélago de plata,
Y humildes sus hondas besan
En suave vaiven las playas.
Mas los marineros bullen,
Y de laudes y balandras,
De bergantines, vapores,
De místicos y de barcas
Dejan los bordos, al punto
Alistan veloces lanchas,
Que al impulso de los remos
Hienden las olas saladas;
A la orilla se enderezan,

Y rápidos desembarcan,
Y á la ciudad se dirigen
Sin la más leve tardanza.
¿Qué conmueve al vecindario?
¿Qué los ánimos espanta,
Difundiendo tal angustia
Y helando todas las almas...?
¡Ay! Es el lúgubre toque
Con que avisan las campanas
Que algun edificio el fuego
Consume en voraces llamas.
¡Ay! El siniestro tañido
Que anuncia estragos y ánsias,
Luto, rüinas y muerte,
Desventura, orfandad, lágrimas!!
Por eso la muchedumbre
Se agita, por eso exclama:
«Fuego...! Fuego...!» y al socorro
Acude de la desgracia.
Arquitectos y albañiles,
Estos con picos y hachas,
Corren, y se aprestan cubas,
Que importa no falte agua.
A fin de apagar el fuego
Ruedan las bombas hidráulicas,
De llegar primero al sitio
Disputándose la palma.
Inmensa nube de humo,
Donde reflejan las llamas,
Formando horrorosas tintas

De oscuro y rojo mezcladas,
En ondas y en espirales
De la tierra se levanta,
Y en sombras móviles cubre
Los ámbitos de la plaza,
Cual si fatídico génio
Aleve sus negras alas
Sobre la ciudad dormida
A deshora desplegara.

II.

El incendio.

Sirviendo el humo de norte,
A la plaza se dirigen
Todos, y ven ¡Dios eterno!
Un espectáculo horrible.
En la calle de Granada,
Número dos, se distinguen
El fuego más horroroso,
La confusion más insigne.
En breve tiempo tal fuerza
Cobró, que el ánimo oprimen
Las pérdidas y los males
De las gentes que allí viven.
Es sofocante la atmósfera;
No hay torre que no ilumine

El resplandor de las llamas
Que espantosa altura miden.
Crugen puertas y cristales
Con un estruendo terrible;
Húndense techos y muros;
Todo á su furor se rinde,
Levantando de humo y polvo
Una gran nube que ciñe,
Los edificios, y densa
Lo que pasa ver impide.
Atérranse los que miran,
No hay persona á quien no asfixie
El respirar polvo y humo
Y al pronto no se retire.
Los instrumentos previenen
Ágiles los albañiles:
Para combatir el fuego
No hay medio que no se indique;
Pero como en casos tales
La reflexion no es muy firme,
Un arbitrio se abandona
Y otro su puesto consigue.
Cortar el incendio urge,
Así la razon lo dice:
La faena emprenden luego,
Aunque no logran los fines;
Pero trabajan sin tregua,
Sin que á ninguno intimide
Ver un abismo á sus plantas
En las peligrosas lindes.

Ya juegan las bombas, otros
Echan agua en los bombines,
Y vierten sobre las brasas
Y el fuego raudales miles.
Mas entre las llamas ¡cielos!
Alaridos se perciben
Pidiendo socorro..... ¿quiénes,
Y quiénes ¡Gran Dios! lo piden?
Vedlos..... «¡Socorro.....! socorro!!»
Gritan desnudos y tristes
Allá en el segundo piso
Unos cuantos infelices.
Mancebos son de la tienda,
Y no hay quien los auxilíe;
Que á todos morir espanta,
Y salvarlos no es posible.
Y..... ¿cómo ha de ser? Un cráter
De fiero volcan divide
Un piso del otro piso
Y la entrada no permite.
Candentes están y rotos
Los escalones..... consiste
En subir todo..... ¡Subir!!
¿Quién lo hará que no peligre.....?
«Socorro! exclaman, socorro!!»
Veces mil, y lo repiten
Los que, sin poder prestarlo,
Trajedia tal ver consiguen,
Este abraza en su amargura
Del Redentor una efigie;

Casi ahogado aquel al cielo
Lánguidos ojos dirige.....
¡Oh...!! Escena tan lastimosa
Los corazones cohibe,
Arranca á todos el llanto,
Todos los pechos comprime!
—«Presto, por Dios»—Unos gritan,
—«Si falta la superficie
Que los mantiene, el auxilio
Será inútil»—Otros dicen.
Este corre, aquel vocea,
No hay traza que no se dicte,
No hay cosa que no se invente,
No hay recurso que se olvide.
Pero ¿quién los ejecuta....?
La batahola prosigue;
Son todos ineficaces:
Muchos hablan; nadie elige:
Cada momento que pasa
Más el apuro constriñe:
Con los medios salvadores
No hay quien venturoso atine.
A la Vírgen uno invoca,
Otro blasfemo maldice;
Pero todos azorados
Al desaliento se rinden.
A los piés de aquellos míseros
Brama el fuego; los tabiques
Se desmoronan..... en vano
Es que á los cielos supliquen.

Sordos parecen los cielos,
Y, por más que en redor miren,
Escombros, cenizas, muerte.....
Descubren los infelices.
Pronto verán á sus plantas
Volcánica sima abrirse.....
Y..... á morir..... ya no hay remedio.....
Es fuerza que se resignen!
Porque el Eterno se muestra
A plegarias inflexible,
Y parece ha decretado
Que el fuego los aniquile.

III.

El Héroe.

No será. La muchedumbre
Divisa á un pobre operario,
Que sirve á la Compañía
De Seguros, abrir paso.
Adelántase; una faja
Empuña en la diestra mano,
Una escala en la siniestra:
Lo alumbra celeste rayo.
Padre es de familias, tiene
Unos treinta y cuatro años;
Su nombre es Antonio Reina

Y Leon apellidado.
Resuelto ya, á todo trance
Evitar quiere el fracaso:
Para la accion que acomete
Dios le da fuerzas y ánimo.
Con vigoroso denuedo
Lanza su enérgico brazo
A los distantes balcones
Los cordeles, agarrado
En los fuertes antepechos
Quedó el férreo corvo gancho;
Ayudó la Providencia
Un impulso tan bizarro,
Y á trepar se disponia
Agil é intrépido, cuando
Le gritan sus compañeros:
—«¡Detente, no subas: alto!
¿Qué vas á hacer? ¡Reflexiona!
¿Qué vas á hacer? ¡Temerario!
Piensa en tí y en tu familia,
Perecerás abrasado!!
Es muy endeble esa escala;
Llegan ya los ramalazos
A la estancia..... mira..... mira.....
Arde el hierro! estalla el mármol!!
¿Qué vas á hacer?—¿Qué?..... replica
Con la voz del entusiasmo,
«¿Qué voy á hacer.....? Voy á dar
La vida por mis hermanos.»
Sube por la escala, llega

Ligero como un relámpago.....
Desaparece entre el humo
Sobre cenizas y estragos.
La multitud lanza un grito,
Que arranca unánime espanto.
Creyéndolo ya del fuego
Víctima y seguro pasto.....
Mas..... hélo allí, que conduce
A una mujer en sus brazos:
Como prudente, al más débil
Dió su preferente amparo.
Nadie respira. El silencio
Sucede al terror; el rasgo
De caridad valerosa
Deja al concurso asombrado.
Palpitan los corazones
Ante aquel sublime cuadro,
Y el temor y la esperanza
Hacen que enmudezcan labios.
Pero de la escala ¿cómo
Los débiles travesaños
Pueden resistir el peso
¡Vírgen sagrada! de entrambos?
La empresa es maravillosa,
El paso difícil, árduo....,
¿Qué importa? No se detiene
El heróico proletario.
Desciende con tal estorbo
Sin el menor sobresalto:
Sin pensar que es un desastre

Cualquier movimiento en falso.
Súbita desgracia entonces
Aumenta el peligro raro:
La mujer, presa del susto,
Se rinde á fatal desmayo.
Su salvador no vacila;
Y firme, sereno, impávido,
Horizontal posicion
Al más grave cuerpo dando,
Lo cual añade infinita
Dificultad y trabajo,
Sigue, sigue, su descenso
De los circunstantes pasmo.
La escala se balancea
Sobre el abismo; milagro
Es no caer ¡ah! no es hombre,
Angel es quien puede tanto.
Se fatiga, suda..... sigue.....
Un portento es cada paso.....
Ya falta muy poco..... llega,
Y un estrepitoso aplauso,
Las palmadas y los vítores
Y aclamaciones de «¡Bravo!»
La extensa plaza extremecen,
Retumban en el espacio.
De su carga hace al concurso
Gozoso depositario,
Y sube otra vez y otra:
Cada vez pone á uno en salvo.
Y «¡Dios te bendiga!» dicen

Las mujeres, «¡te has portado!»
Los hombres repiten todos,
Y no cesan de admirarlo.
Nadie pereció. Los míseros
A su salvador mostraron
Con bendiciones, con besos,
Con frenéticos abrazos,
Que á su singular arrojo,
A su brío extraordinario,
Debieron solo la vida
En aquel conflicto aciago.
Tambien él enternecido
Derramaba dulce llanto:
Lo que allí pasó no es fácil,
¡Ah! no es posible pintarlo.

Por eso en tu sien, Antonio,
De virtud florece el lauro,
Preferible á las coronas
Que á reyes hacen esclavos.
Por eso de tu heroismo,
De tu insigne esfuerzo en pago,
El mas valioso premio [1]
Los jueces te adjudicaron.
Y por eso la poësía

---

[1] En el concurso de Premios á la Virtud el Jurado malagueño le concedió el premio primero de 5.000 rs., segun el art. 7.° del Programa.

En sus populares cantos
Revela tu nombre al mundo,
Queriendo inmortalizarlo.
Ten presente, no lo olvides.....
¡Ojalá en todos grabado
Por siempre jamás quedara
El pronóstico del sábio!
« Del bueno será la honra,
Y la ignominia del malo:
Premiará Dios á quien da
La vida por sus hermanos. »

LA MUERTE DE COLON,

ROMANCE DRAMÁTICO

POR EL SEÑOR DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Valladolid 1506.

I.

En una escondida calle
Por donde no asoman nunca,
Ni el sol sus rayos de fuego,
Ni su tíbia luz la luna;
Entre antiguos paredones
Que próxima ruina anuncian
Y cuyos mismos escombros
El paso estorban y ocupan,
Se alza tan vieja como ellos
Escondida en la penumbra
Una casa que parece

Menos mala por ser única.
No puede dar su fachada
Orgullo á la arquitectura,
Ni opulentos moradores
Sus tristes dinteles cruzan.
Dos rejas siempre cerradas
Por cálculo ó por incuria;
Una puerta nunca abierta,
Porque á ella no llaman nunca,
Y un escudo medio roto
Que avergonzado se oculta
Entre las jambas de piedra
Que en la pared se dibujan,
Son los destellos artísticos
De esta morada de burla
Que la ingratitud humana
Va á hacer eterna y augusta.
Lóbrega y triste es la noche;
Cae á torrentes la lluvia,
Y el viento que airado brama
Puerta y ventanas empuja.
De pronto un hombre embozado
La calle atraviesa á oscuras,
Y con la aldaba de hierro
Llama á la puerta con furia.
Piérdese entre el viento el ruido,
Que nadie en la casa escucha,
Y el embozado impaciente
Llama, se pasea y jura.
Abren por fin; entra el hombre,

Y mientras el zaguan cruzan
No hay ni una frase de queja,
Ni una indiscreta pregunta.
Jóven es el embozado,
El otro es de edad madura,
Y ambos por su pobre traje
Su estado mísero anuncian.
Por una puerta pequeña
Que el viejo en silencio empuja
Y cuyos goznes, ya sabe
Cómo girar sin que crujan,
Entran los dos en un cuarto
Que antigua lámpara alumbra,
Y cuyo exíguo mueblaje
Mereciera mejor pluma.
En mitad del aposento
Hay una mesa que ocupa
La mayor parte, y sobre ella,
De calada empuñadura
Se ve una daga, un breviario
Con tapas de labor suma,
Un tintero, pergaminos,
Mapas, pliegos y figuras,
Apiñados y revueltos
En distribucion confusa.
En un sillon de baqueta
Colgado un manto de púrpura
De grandezas ya pasadas
Viene á ser historia muda.
Un colchon hay en el suelo

Sin cobertor que le cubra,
Sin tarima que le alce,
Sin cabezal que le suba,
Y unas cadenas de hierro,
Más que pesadas seguras,
Son de las negras paredes
Adornos y galas únicas.
Allí entraron los dos hombres,
No sin ver si los escuchan,
Y se hablaron de este modo
En voz baja y mal segura.

GIL. Entrad.

JUAN PAREO. ¿Duerme?

GIL. Reza.

JUAN PAREO. ¿Reza?
Hace bien, si Dios le escucha.

GIL. ¡Triste venís!

JUAN. Triste vengo.

GIL. ¿No hay esperanza?

JUAN. ¡Ninguna!

GIL. ¿Pero está todo perdido?

JUAN. Cuando mi boca está muda;
Cuando despues de esta ausencia
Nada mi rostro te anuncia,
¿No comprendes, pobre viejo,
Que no hay esperanza alguna?

GIL. Y..... ¿qué vais á hacer?

JUAN. ¿Acaso
Lo sé?

GIL. *(Bajando la voz.)*

Su estado me asusta;
En estos dias, Don Juan,
Es otro hombre; la dulzura
De su voz, siempre elocuente,
Se trocó en ronca y confusa;
Su resignacion se acaba
Y su carácter se muda.
Si le decís.....

COLON. *(Dentro.)* ¡Gil!

JUAN. *(Con rapidez.)* ¡Silencio!

GIL. (¡Dios nos dé mejor fortuna!)

Se abre de pronto otra puerta
Y aparece en el umbral
La figura de un anciano
De severa magestad.
Escaso y blanco cabello
Cae sobre sus hombros ya,
Y cubre su altivo rostro
Una palidez mortal.
Breve su andar é inseguro,
Penetrante su mirar,
Surcada de ondas arrugas
Su espaciosa frente está,
Y hay un no se qué de grande
En su voz y en su ademan.
Los dos hombres se le acercan,
Le sientan en el sitial,
Y con respeto se inclinan

Y dan dos pasos atrás.
Juan Pareo que le observa
Vuelve afligida la faz,
Que ha envejecido en diez dias
El anciano muchos mas.
—«¿Qué has hecho?» dijo, y Pareo
Sin poderse dominar
Prorumpe en llanto, y comienzo
Así á su respuesta dá,
—«Con vuestra carta, señor,
Llegué al alcázar rëal
Y á la Reina Doña Juana
Pude anoche mismo hablar.
Leyóla y «*es de Colon*»
Dijo, «ya se proveerá»
Mandóme salir, y vuelvo
Sin esperanza y sin pan!»
Levantóse en pié el anciano
Sin querer escuchar mas;
Alzó los ojos al cielo,
Y los bajó sin hablar;
El viejo que abrió la puerta
Volvió á acercarse al sitial
É interrogó con los ojos
Desde lejos á D. Juan.
—«Espérame y no hagas ruido,»
Dijo Pareo, y sin mas
Volvió á salir de puntillas,
Volvió á pasar el zaguan,
Y cruzó el dintel, mas rápido

Que el furioso vendaval
Que la puerta y las ventanas
Azotaba sin cesar.

II.

Era aquel mísero anciano
Traspasado de dolor,
El que descubrió la América,
El gran Cristóbal Colon.
El asombro de los pueblos,
El enviado de Dios,
El émulo de los Reyes
Y del mundo admiracion;
El que volvió á España preso,
El que no tuvo una voz
Que se alzara en su defensa
Pidiendo para él perdon,
Cuando Isabel la Católica,
Por su desgracia, murió.

Quedáronse otra vez solos
En aquella pobre estancia
Colon y Gil, y un gran rato
Se pasó sin que se hablaran;
Colon. ¡Gil!

GIL. ¡Señor!
COLON. Cuando los Reyes
Mi amistad se disputaban,
El Papa Alejandro sexto,
Llamándome hijo en su carta,
Un breviario desde Roma
Me regaló..... Esta mañana
Le he visto aquí.....
(Buscándole en la mesa sin encontrarle.)
GIL. *(Con ansiedad.)* ¡Vedle....! pero.....
COLON. ¡Cruza tus manos y calla!
«¡Libro sagrado y bendito
Por aquel que el mundo llama
Vicario de Cristo, y tiene
Poder de absolver las almas;
Libro que á Dios representas,
En el márgen de tus páginas
Va á escribir un moribundo
Su voluntad soberana!»
GIL. Señor. *(Acercándose.)*
COLON. Gil; tu casa es esta,
Déjame quieto en tu casa,
Ó si tu afecto me estorba
Me iré de ella!
GIL. *(Con rapidez.)* ¡Basta!
COLON. ¡Basta!
GIL. (¿Y no está Don Juan? ¡Dios mio!
¿Qué hacer?)
COLON. Mi cadena alcanza;
Los hombres me la pusieron,

Y cuando de ellos me vaya,
Con ella entraré en mi Gólgota,
Por ver si Dios me la arranca!

(Coje la cadena, se sienta en la mesa, y lee lo que escribe en el libro.)

«Yo, Cristóbal Colon, que habiendo nacido en Génova vine á servir á los Reyes de Castilla y he descubierto al Oeste la tierra firme de las Indias[1] quiero que á mi muerte herede mi hijo el empleo de gran Almirante de la mitad del Océano, tirando en él una línea de polo á polo.

»Y digo yo, Cristóbal Colon, que hallándome en trance de muerte, sin mas testigos de mi última hora que el marinero Gil García, en cuya casa de limosna me hallo, nombro por herederos de todos los cuantiosos bienes que los Reyes Católicos me prometieron á mis hijos D. Diego y D. Fernando, y á mi hermano, que con mantenerlos y ayudarlos los libre de la miseria de su padre.

»Y dejo un millon de escudos de mis rentas por año á los Reyes de España que sucedieren á Isabel la primera, para que recen públicamente por su alma, la mas grande que he conocido en la tierra.

»Y á España entera mando yo desde mi lecho de muerte que enseñe á sus hijos á bendecir y á honrar la memoria de la Reina cristiana, que ven-

---

[1] Así se llamaba la tierra descubierta por Colon, equivocadamente por doctos é ignorantes; é *indios* á sus moradores.

dió un dia las joyas de su corona para dar á Colon las tres carabelas con que descubrió el Nuevo Mundo.

»Y doy mi alma á Dios, que supo dármela bastante grande para perdonar á todos mis enemigos, desde el mismo rincon donde muero, y atadas las manos con las mismas cadenas con que me hicieron volver á España.»

COLON. ¡Gil!

GIL. ¡Señor!

COLON. Cabe esas letras
Una cruz tuya hace falta,
Hazla, que te hará llegar
Donde tu razon no alcanza.

Hizo el buen viejo la cruz;
Besó el anciano con ánsia
El santo libro, y envuelto
En su manto de escarlata,
Á su cadena abrazado,
Y la memoria en su patria,
Sin que España lo supiera
Entregó al Eterno el alma.

III.

Y lloraban de rodillas
Dos hombres algo despues,
Cuando á la puerta llegaron
En desórden y en tropel
Emisarios del alcázar,
Comisionados tal vez
Que llegaban la miseria
De Colon á socorrer.
Entraron todos á un tiempo
Con ademán descortés,
Y asombrados se pararon,
Escena tan triste al ver.
—¿Vive Cristóbal Colon
En esta casa?
—¿Por qué?
Dijo Pareo.
—¿No vive?
—¡Vivia! Dijo otra vez.
—¡Ha muerto! exclamaron todos.
¡Ha muerto la gloria y prez
De España! ¡El descubridor
De las Indias! ¡El Virey!
¡Corramos á dar la nueva
Á la Córte! y se ha de hacer
Un entierro digno casi
Del inmortal Genovés!

———

Salieron todos;—quedóse
Sonriendo de desden
Juan Pareo, y dijo á Gil:
«Colon no era nada ayer,
Y hoy, que ha muerto, con coronas
Vienen á ceñir su sien!
Recemos, Gil, por su alma;
¡Los que le quieren hacer
Tan suntuosos funerales,
No sabrán rezar por él!

EL EGOISMO,

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

I.

Hubo un tiempo en que los hombres,
Desconociendo el valor
De la gloria y la fortuna,
Del nombre y la posicion,
Ni miraban en el prójimo
Un ser de clase inferior,
Ni le negaban ingratos
Generosa proteccion,
Ni escuchaban con desprecio
Sus acentos de dolor,
Ni decian como ahora:
—Hermano, esperad en Dios.
Despues la prole de Adan

En alas de su ambicion
Lanzóse en busca del oro
Con insaciable furor.
Legiones de hombres intrépidos,
Con paso firme y veloz
Dos emisferios cruzaron
De sus ensueños en pos.
«¡Oro!» gritaban, y oro
Repetian con temor
Las vírgenes soledades,
El mar con su ronca voz,
Con sus volcanes el monte,
La nube con su fragor.
Viéronse caer crugiendo
Los que pararon del sol
Con sus copas de esmeralda
El rayo deslumbrador.
Vióse á la montaña inmensa
Su seno partir en dos,
Dando las joyas mas bellas
De su rico corazon.
Robáronse las semillas
Á la planta que las dió;
Plumas al ave azorada,
Suave perfume á la flor,
Al bruto, mullidas pieles,
Marfil, y rico vellon.
El iman que al hierro doma
Tambien las ondas domó,
Y el hombre surcó los mares,

Contemplando sin temor
La oscuridad del abismo
Y el soplo del aquilon.
En vez del tímido corzo
De paso esquivo y veloz
La férrea locomotora
El desierto atravesó.
La electricidad, tan rápida
Como el rayo destructor,
Trae y lleva el pensamiento
De los hombres á quien Dios,
Por cordilleras inmensas
Y anchos mares separó.
El arte modela el bronce,
Imprime humana expresion
Al duro mármol, da vida
Al lienzo con el color,
Y hace del silvestre lino
Que entre las rocas nació
Blanco cendal que proteje
La desnudez y el pudor.
Escribe con pedrería
Sobre terciopelo y gró
Los progresos de la industria
Su importancia y su valor.
Suena la rueda dentada
Donde antes solo se oyó
El dulce apacible ruido
De arroyo murmurador.
Las negras nubes de humo

En que se convierte el cok
Se mezclan con los vapores
Ligeros y sin color
Que se elevan de los valles
Al desparecer el sol.
Surgen ciudades ruidosas
En el campo sin verdor
Que sirvió durante siglos
De generosa mansion
A la perdiz temerosa
Y al solitario pastor.
Todo es adelanto y vida
Y viajes y animacion,
Y bancos y sociedades,
Y riqueza y esplendor,
Y pueblos que se emancipan,
Y políticos de pró
Que cambian á su manera
La faz de la Creacion.
Y los hombres, cual visiones
A quien impele Artarot—
Oro! gritan, y este grito
Lo repiten con temor
Las vírgenes soledades,
El mar con su ronca voz,
Con sus volcanes el monte,
La nube con su fragor.

II.

Dió el hombre por las riquezas
Que codicioso soñaba
El más pingüe de los bienes,
La inocencia de su alma....
Sucedió al valor la astucia,
A la humildad la arrogancia,
A la ingenuidad el dolo
Y á la amistad noble y franca
El *egoismo*, hidra horrenda,
Lívida, asquerosa, flaca,
Incomprensible, que surge
Del seno de la abundancia
Como un cráneo carcomido
De un ramillete de dálias.
Mirad cuál siembra discordias,
Al nacer, entre las razas;
Luego á las clases divide,
Luego á la amistad aparta,
Y, por último, insidiosa
Asienta la innoble planta
Sobre el hogar apacible,
Donde una familia honrada
Con nobles lazos un dia
Su fiel cariño anúdara.
Mirad al personalismo
Plegar sus macizas alas
Y encerrarse en el recinto
De sus opulentas casas,

Cual águila que se esconde
En el cubil que más ama
Con la moribunda presa
Que hace pedazos su garra.
No hablaré aquí del avaro
Que la vida entera pasa
Contemplando sus riquezas,
Fruto de mortales ánsias;
Ni pintaré sus temores,
Ni describiré su cara,
Ni los harapos que encubren
Ruindad y miseria tanta;
Ni diré que se estremece
Cuando un pariente le habla,
Cuando una visita llega,
Cuando cruje una ventana.....
No..... no..... veamos aquel
Que junto á nosotros pasa—
Aquel que contempla á todos
Con desdeñosa mirada;
Aquel que en el mundo goza
De miramientos y fama.—
Muchos saludos le hacen,
Mas él en nadie repara;—
Por fin un amigo antiguo
Con voz balbuciente y tarda
Le pinta su posicion
Y le cuenta sus desgracias,—
El que escucha con disgusto
Tiende la mano al que habla,

Y le dice:—amigo mio,
Yo.....—Que!—No puedo hacer nada;
Estoy mal con el gobierno.—
Por Dios.—Lo siento en el alma,
Amigo!—Otra vez será;
Dispénseme usted; me aguardan.—
Y el egoista se aleja,
Y el pobre oculta su rabia,
Y el uno dice:—No puedo
Dar pábulo á la vagancia.—
Y el otro exclama:—Infeliz!
Tan solo en él confiaba!....
Y el egoista á su mesa
Se sienta, tranquila el alma,
En tanto que el otro, oculto
En una calle apartada,
Sin que nadie las enjugue
Vierte abrasadoras lágrimas.
Pudiera hablaros de aquellos
Que de la fortuna en alas
Olvidan la aldea humilde
Donde pasaron su infancia;
Pudiera tambien deciros
Que al ir á tierras lejanas
En busca de suaves goces
Que no encuentran en su patria,
Ven, desde el camino, alzarse
De la colina en la falda
Aquella aldea que forma
Un triste monton de casas;—

Que miran su campanario
Devastado y sin campanas,
Sus calles de árida roca
Y allá..... allá..... en la enramada
Un cementerio sin puerta,
Sin cruz, sin flores..... Y pasa
El tren, y la humilde aldea
Se oculta tras la montaña.....
Aquellos que la miraron,
Tal vez con profunda *lástima*,
La olvidan ante el aspecto
De un puente ó de una cascada.....
Sin embargo, aquella iglesia
Le dió la fe y la esperanza
Que le guiaron un dia
En las lides cortesanas;
Y aquel cementerio triste
Y de hendido muro, guarda
Amados restos de un padre
Tan rico en virtudes santas
Como pobre de fortuna
Cuando á su hijo enseñaba.
Mil detalles de egoismo
Que desconsuelan y espantan
Pudiera dar; mas confieso
Que gusto y valor me faltan,
Pues hay hechos que á la sombra
En su oscuro pecho guarda,
Porque el libro los desprecia—
Porque el Estro no los canta.—

III.

Si la civilizacion,
Premiando honor y talento,
Dotes que á sus elegidos
Da por galardon el Cielo,
Les facilita recursos
Para proteger al bueno,
A quien iracundo el hado
Privó de fuerza ó de medios,
Bendita sea mil veces,
Pues su generoso aliento
Lleva la paz y la dicha
Al corazon de los pueblos;
Mas si tiende á destruir
Las fuentes del noble afecto,
A desunir las familias,
A dar grandeza á los necios,
Y á sumir en el olvido
Al que yace sin consuelo,—
Desaparezca del mundo;
Calle su infernal estrépito,
Y vuelva la dulce calma
De los primitivos tiempos.
«Edad de oro» llamados
Por lo que no conocieron
El egoismo, hijo espúreo
De la ambicion y el dinero.

SEVILLA POR SAN FERNANDO,

ROMANCE

POR EL SEÑOR DON NARCISO CAMPILLO.

I.

Ni con sus palmas Damasco,
Que es orgullo de la Siria;
Ni coronada de rosas
La africana Alejandría;
Ni Estambul, perla sin mancha,
Que allá en el Bósforo brilla;
Ni los sagrados lugares
De la Meca y de Medina,
Son del árabe queridos
Como la oriental Sevilla.
La ve el sol y la enamora
Bella, floreciente y rica,
Cuando desde el puro cielo

Un beso de luz le envia!
Mas ya se escondió su disco;
Media noche va corrida;
Canta el muezin en la torre;
Duerme la ciudad tranquila.
Duerme, y se escucha confuso
El aliento que respira.
Tal se escucha el Océano
Reclinado en sus orillas;
El marinero no sabe
Si murmura ó si suspira.
Á veces rompe el silencio
Vaga y lejana armonía,
Súbito choque de alfanjes,
Rumor de anhelada cita,
Si blanca mano descorre
La dorada celosía;
Fugitivo eco de pasos
Que en la sombra se deslizan.....
Misterios son de la noche,
Que oculta la noche misma,
Y las lumbres de la aurora
Desvanecen y disipan.
No disiparán tu pena,
Dulce cristiana cautiva,
Gloria, por lo bella y pura,
Del solar de los Mejías.
No calmarán tus dolores;
Que viste en aciago dia
Tu asaltada casa ardiendo,

Y tu libertad perdida.
El sol que te vió señora
Tambien esclava te vía;
Cercáronte lanzas fieras
De las huestes enemigas;
Te deslumbraban las armas,
El son del tambor te hería,
Tus piés, que envidiára un ángel,
Sangre al caminar vertian.
Entre cien cautivos tristes
Así llegaste á Sevilla;
Quien de tí no se doliera
Tigre inhumano sería.
Ajataf, monarca moro,
En el tropel confundida
Pudo contemplar un punto
La hermosísima cautiva,
Y vuelto al Oriente el rostro
Al Profeta bendecía.
Hurí la llamó de amores,
Perla de Basora rica,
Azucena del Eden
Que blanda esencia respira.
La albergó en su régio alcázar,
Vistióla sedas moriscas,
Tapizó sus aposentos
De bordada argentería,
Siervas le dió las más bellas
De la Persia y la Abisinia.
Mas luego sintió el monarca

De la rosa las espinas,
Al despreciar sus halagos
Tan honesta como esquiva.
Ella en su pálido rostro
Tristeza lleva infinita,
Y cuando viene la noche
Y de sus guardas la libra,
Los miradores desiertos
Cruza lenta y pensativa,
Y á solas con sus pesares
Ó reza, ó gime, ó suspira.
Ahora contempla á sus plantas
La inmensa ciudad dormida,
Y así se lamenta al Cielo
De las penas que la agitan;
«¡Dios grande! Si yo tuviera
»Las alas de la paloma,
»Si yo elevarme pudiera
»Cual las ondas del aroma;
»Si tu diestra omnipotente
»Mi débil pecho tocára
»Y al besar la luz mi frente
»En mi patria despertára;
»Si roto mi cautiverio
»Y lejos de mis tiranos
»Pudiese ensalzar tu imperio
»Entre coros de cristianos,
»En tu templo colgaría
»Mi cortada cabellera,
»Negro sayal vestiria,

»Tu mística esposa fuera.
»Que despojos inhumanos
»De los árabes aceros,
»Mi padre con mis hermanos
»Murieron cual caballeros.
»Y odio el amor de ese moro,
»Enemigo de tu ley,
»Y sus pompas y tesoro,
»Y su corona de rey.
»Esperanza del que gime,
»Consuelo del que te implora,
»Con tu mano bienhechora,
»Señor, tu sierva redime! »
Así con angustia clama
Doña Alfonsa de Mejía,
Lágrimas del alma puras
Por su semblante corrian;
Y al ver que Ajataf llegaba,
Tiñeron su frente altiva
El carmin de la vergüenza
Y los fuegos de la ira.
Por no escuchar sus palabras,
Ni sufrir su odiosa vista,
A encerrarse en su aposento
Huye como cierva esquiva.
Mas no se acercaba solo
El monarca de Sevilla;
Que armado de todas armas,
Ceño adusto, frente erguida,
Manchado con sangre y polvo

El manto de tela rica,
Aben-Hamet, su pariente,
Le acompañaba y decia:
«Á las puertas de tu alcázar
»Mi yegua cayó sin vida,
»Mordieron el polvo frio
»Los fuertes que me seguian;
»En el Eden de los justos
»Alá santo los reciba!
»Rey! cuando llega el cristiano
»Como tempestad sombría,
»Cuando la Cruz se levanta
»Y nuestro pendon se humilla,
»¿Seguirás en ócio torpe
»Esclavo de tu cautiva?
»Insepultos mil valientes
»Yacen en su sangre misma;
»Si desde aquel rojo lago
»Guerra y venganza te gritan
»Rey, ¿contestarás ¡oh mengua!
»Que solo el amor te agita?
»Que ya del honor las voces
»En tu corazon no vibran?
»Que..... Ajataf, cuando naciste
»Las estrellas no lucian,
»La luna vuelta al ocaso
»En menguante se escondia,
»Silbaban los vientos roncos,
»Y entre acipreses gemian.
»Los adivinos dijeron

»Cosas que llorar hacian.
»Piensa en tu trono, en tu honra,
»Que no vuelve si es perdida.»
Dice el fiel Hamet, y marcha,
Mientras su palabra altiva
En los ojos de Ajataf
Fiero volcan encendia.
Tan airado queda el rey,
Que su mano convulsiva
Aprieta el dorado pomo
De la encorvada cuchilla,
Y á no ser el consejero
Príncipe de su familia,
Tan atrevido lenguaje
La vida le costaria.
Luego, calmado el enojo,
Cruzaba las galerías
Con los ojos inclinados,
Con la frente pensativa,
Como borrascoso cielo
Velado en nubes sombrías.
Mucho pueden sus amores,
Mucho el consejo le heria;
Que amargas son las verdades,
Amargas como el acíbar,
Si no viene la lisonja
Á endulzarlas con mentiras.
Con sus recelos batalla
Mientras cien planes medita;
Largas horas pasa en vela,

Por largas horas vacila.
Ya con terror espantoso
Juzga cierta su ruina;
Ya al ver su ciudad tan fuerte,
Tan poblada y defendida,
Pensando que Aben-Hamet
Exageraba ó mentia,
Desprecia oróscopos vanos
Con mofadora sonrisa.
Mas cuando huyeron las nubes
Ante el sol que las disipa,
Vió con pasmo un mar de acero
Alrededor de Sevilla.
Era el Santo rey Fernando
Que volaba á su conquista
Con aguerridos infantes
Y mucha caballería.

II.

Dura concha en hondos mares
Guarda la preciosa perla,
El oro esquivo se oculta
En los senos de la tierra.
Sevilla, joya de España,
Murallas tiene y barreras,
Barbacanas la aseguran,
Trescientas torres la cercan.
Torres donde antes se alzaron

En rudos tiempos de guerra
Las águilas y la loba
Del pueblo romano enseña;
El rojo estandarte godo
Que en Guadalete se hundiera
Y donde flotan ahora
Sobre las firmes almenas
Bordadas en campo verde
Medias-lunas del profeta.
Guadalquivir, grande rio,
Fertilizando sus tierras,
Por el Poniente la ciñe,
Siendo al par gala y defensa;
Pero su mejor escudo
Y su mayor fortaleza
Son los pechos de sus hijos,
Valientes en la pelea.
Cuando en dia de batalla
Abre la ciudad sus puertas,
Y, como torrente fiero
Que bramando se despeña,
Cien mil árabes ginetes
Sobre boladoras yeguas,
Con multitud de peones,
Cubren y asombran la tierra,
Ajataf, puesto á su frente,
Invencible se contempla:
Y es fama que, al cielo alzando
La armada y pujante diestra,
Clamó una vez: «solo el Cielo

Vencerme en la lid pudiera!»
Mas ya se ve castigado
El grito de su soberbia;
Que el Santo Rey con su hueste
La altiva ciudad asedia:
Rudo círculo de acero
Por todas partes la estrecha,
Y va avanzando, avanzando
Como tempestad tremenda.
Ya el ancho campo en Tablada
Cubren enemigas tiendas;
Ya de Alfarache el castillo
Combate Pelay Correa,
Ese Josué de Castilla
Que lidiando en La Calera,
Detuvo al sol en su curso
Porque su victoria viera: [1]
Ya el infante Don Alonso
Dejó de Murcia las tierras,
Y frente al doblado muro
Impunemente campea;

---

[1] En el lugar llamado La Calera, junto á Segura de Leon, dió una batalla á los moros Pelay Perez Correa. Acercábase con sus sombras la noche, cuando el triunfo se inclinaba á favor de las huestes de Castilla. Temiendo no poder asegurar la victoria en lo que restaba de dia, el adalid cristiano dió una gran voz, como en otro tiempo el israelita Josué; detuvo el sol su carrera, y los árabes fueron completamente vencidos y dispersados. Cuentan y afirman este milagroso acontecimiento los historiadores Francisco Rades, el P. Juan de Pineda, Francisco Ruiz de Vergara, Jacobo Parænes y García Medrano. Aun queda para memoria el monasterio de Nuestra Señora de Ten-tudía, que llaman vulgarmente de Tentúdia, donde se ve el sepúlcro del héroe.

Mientras Haros y Girones
Con religiosas banderas
Los cruzados acaudillan
Y asaltan la Macarena;
Y Bonifáz el de Búrgos,
Que manda trece galeras,
Rompe el defendido puente
Y las naves moras quema.
En vano largas fatigas
Al fuerte cristiano aquejan;
Su constancia es de diamante
Que ni el duro acero mella.
Si el hambre devastadora
Su rostro espantable muestra,
Con esteriles raíces
El soldado se alimenta:
Arde el sol con viva llama,
Devora la sed intensa,
Desfallecen los más bravos
Sobre la humeante tierra,
Y cercanos á la muerte
Morir lidiando desean.
«Valme, clama San Fernando,
»Valme tú, Vírgen excelsa;
»Si oyes, Señora, mi ruego,
»Agua brotará esta peña.»
Y golpeando la roca,
Agua brota en larga vena,
Y los desmayados pechos
Vigor cobran y fe inmensa.

Lidian sin reposo, y vencen,
Vencen en la cumbre amena
Que el nombre de Buena-vista
Áun en nuestros tiempos lleva;
De la otra parte del rio
En las extendidas vegas;
Y aun frente del mismo alcázar
Sus espadas ensangrientan,
En tanto Ajataf apura
Del dolor la copa acerba;
Su régio poder vacila,
Su estrella brillante mengua.
Ya no le cubre y decora
Rico manto de oro y seda,
Ni en las zambras y festines
Blandas músicas le alegran.
Ni en el muelle haren dormido
Aspira fragante esencia,
Ni ilusiones acaricia,
Ni á su cautiva recuerda.
Solo viste rudo acero,
Solo en el combate piensa
Y en afirmar la corona
Que en sus sienes titubea.
Desde la atalaya erguida
Del socorro desespera;
Solo en la ciudad sitiada
Entrar las aves pudieran.
Crece el hambre: cada noche
Rumor incesante suena;

Son cadáveres que arrojan
Y Guadalquivir se lleva:
Ajataf lo escucha y gime,
Gime el agua plañidera:
Sobre el antes bello rio
No hay palomas, buitres vuelan.
Tal horror, desastre tanto
El árabe rey contempla,
Y ardiente sed de venganza
Las entrañas le atormenta.
Sus adalides convoca,
Los más fuertes que le restan;
Los que en Sevilla nacidos
Morir quieren, no perderla;
Los que en Africa luchaban
Con leones y panteras,
Los creyentes que han besado
El sepulcro del Profeta,
Los de esclarecido nombre
Y de increibles proezas,
Parte Aben-Hamet dirige,
Parte el mismo rey gobierna;
Dura lanza de dos hierros
Y rápido potro lleva.
No al son de atambores roncos
Los queridos muros dejan;
Sino con silencio y sombras,
Cuando duermen cielo y tierra.
Mas el velador cristiano
Ve la tempestad que llega,

Y cual leon en su gruta
Al audaz contrario espera,
Súbito clamor inmenso
Montes y valles atruena,
Y el árabe y el cristiano
Sus armas y sangre mezclan.
¡Cuánto valor escondieron
Para siempre las tinieblas!
¡Qué pálida la alborada
Destelló su luz primera
Sobre muertos escuadrones
Que cubre la roja tierra!
¡Cuánto furor en el alma
Ajataf vencido lleva!
¡Qué fúnebre, cuando vuelve,
Su alcázar desierto encuentra!
Sus valientes ya no viven,
Pocos amigos le restan,
Y para mayor quebranto
Lo salvan de la pelea,
Donde, al caer en el polvo,
Con gloria y cetro cayera....!
Cuando en popular tumulto
Sus vasallos se lamentan,
Y en altas voces le piden
Término á tantas miserias;
Cuando exánimes y mústios
Á sus guerreros contempla;
Cuando, en fin, tras breve plazo
Su reina al cristiano entrega

Y á morir en otros climas
Se lanza en su ráuda yegua,
¡Cómo al fiel Hamet envidia
Que tendido en sangre queda!
¡Cómo sus palabras tristes
Con amargo afan recuerda!
«Cuando tú naciste, rey,
»No brillaban las estrellas;
»En menguante se escondia
»La luna al ocaso vuelta,
»Entre cipreses los vientos
»Voces daban lastimeras,
»Dijeron los adivinos
»Cosas de dolor y afrenta!»

III.

Abdel-Hacid! Tú labraste
Tu maravilloso alcázar,
Con techos de esmalte y oro,
Con muros de filigrana:
Lo cercaste de jardines
Ricos de bullentes aguas,
Y copiaste el Paraíso
En sus grandiosas estancias
Donde amor, gloria, poesía,
Bronces y mármoles cantan.
En sus áureos chapiteles
La media-luna flotaba.....

Rey, primero de Sevilla
Tú en el sepulcro descansas;
Te ha librado Alá piadoso
De contemplar mengua tanta!
Hoy la enseña del Profeta
Yace en el polvo humillada,
Pálido sol macilento
Mira desierto tu alcázar,
Huyeron sus odaliscas,
Sus guerreros no lo guardan:
Ni grita el muezin las horas
En la mezquita cercana,
Ni los sonidos se escuchan
De músicas acordadas,
Ni placenteras canciones
Murmuran las brisas vagas.
Que solo el silencio turban
Gemidos, hondas plegarias,
Imprecaciones y quejas
Que el dolor del pecho arranca.
La revuelta muchedumbre
Gira por calles y plazas;
Quién sobre el dócil camello
Sus hijos y joyas carga,
Y se despide con llanto
Del suelo que vió su infancia;
Quién, empuñando el acero,
Su pena y baldon acaba;
Quién maldice del Profeta
Que á los suyos desampara,

Mientras el cadí suspira
Repitiendo: «escrito estaba.»
Y entre el ronco clamoreo
Que la multitud levanta,
«Adios, Sevilla,» resuena,
«Sevilla, adios,» dice el áura,
Y en los osetanos montes
«Sevilla!» el eco dilata.
En tanto, con régia pompa,
Á las abiertas murallas,
Al son de trompas guerreras
El cristiano se adelanta.
De sus ordenadas huestes
Brilla el sol sobre las armas;
Y desplegando su vuelo
El viento de la mañana,
Entre plumas y pendones
Himnos de victoria canta.
Ni más heróicos candillos,
Ni más poderosas lanzas
Vió con pasmo la morisma,
Ni ensalzó nunca la fama.
Delante Pelay Correa
Oprime yegua tostada,
Que en el choque es peña dura,
Relámpago cuando arranca.
Con él vienen Lopez de Haro
Y Garci-Perez de Vargas,
Muy temido por su esfuerzo

En cortar moras gargantas [1];
Y los insignes maestres
De Alcántara y Calatrava:
Los caballeros templarios
Cuyo nombre admira el Asia,
Y la mas lucida gente
Que viste yelmo y coraza.
En pos vienen los infantes,
Los ricos-homes de fama,
Los prelados, que relucen

---

1 Este verso no es mio. Forma parte de la octava que, en un tarjeton de madera, acompaña á la espada de Garci-Perez. La octava es como sigue:

«De Fernan Gonzalez fuí,
De quien receui el valor,
Y ne le ad-quiri menor
De vn Vargas á quien serui:
Soi la Octaua marauilla
En cortar Moras gargantas,
No sabré io decir quantas;
Mas sé, que gané á Seuilla.»

En cuanto á la espada, es una de las más famosas de la cristiandad: Sirvió primeramente al Conde Fernan Gonzalez, en el siglo X, y fué enterrada con su dueño. El rey San Fernando la mandó sacar del sepulcro, con huesos del ilustre Conde, y la regalaria probablemente á Garci Perez en premio de su esfuerzo. Tiene una inscripcion en cada cara de la hoja, la primera dice:

D:·E:·L:·C:·O:·N:·D:·E:·I:·N:·R:·I:·

La segunda:

D: E:·F:·E:·R:·N:·A:·N:·G:·O:.N:·Z:·A:·L:·E:·Z:·

Tambien tiene grabada una cruz. Es ancha, fuerte, ligera y flexible, con puño de hierro muy bien labrado. Se guarda con la debida estimacion en la biblioteca Colombina de Sevilla, donde han sido escritos estos romances.

Con oro y telas preciadas,
Los nunca humillados hijos
De la indomable Cantabria,
Los que libres y valientes
Del Ebro beben las aguas,
Los leoneses y andaluces
De las fronterizas plazas;
Los que son aventureros
Y dejan su dulce patria
Donde el ancho Rhin ó el Sena
Ruedan con ondas de plata;
Y al final el Santo Rey
Junto á la Vírgen sin mancha,
Vestida de estofas de oro,
Bajo pálio en ricas andas.
Desnudo el acero empuña
El victorioso monarca,
Y en la Reina de los cielos
Sus húmedos ojos clava,
Do brillan á un tiempo mismo
Gloria, valor, piedad santa.
Ya al arenal que se extiende
Desde el rio á la muralla,
Lentamente, en son de triunfo,
Llega la hueste cristiana.
Ajataf á recibirla
Abatido se adelanta;
Pocos le siguen entonces,
Pocos siguen la desgracia.
No lleva régia corona,

Lleva dolor en el alma.
Inclinado ante Fernando
Su nuevo poder acata,
Entrégale de Sevilla
Las ricas llaves labradas:
Esas simbólicas llaves
Con proféticas palabras,
Que hoy mismo como reliquias
Prestes veneran y guardan [1].
No puede más; el aliento,
La fuerza, el valor le faltan,
Y ciego y precipitado,
Sin saber á dónde marcha.
Marcha en paz, rey sin diadema,
Corazon sin esperanza;
Tú lidiaste como bueno,
Tu pérdida escrita estaba:
Si el hado vencerte pudo,
A deshonrarte no alcanza.
Mas..... ¿qué vítores resuenan
En la ciudad conquistada,
Cuando la triunfante hueste
Por las calles se derrama?
Se oyen de júbilo gritos,

---

1 Las llaves se conservan en la capilla de San Fernando, de la catedral, en donde tambien está el cuerpo del conquistador. La inscripcion árabe á que aluden los versos, dice así:

«Abrirá el Rey del cielo.
Entrará el Rey de la tierra.»

Vibran cánticos de gracias,
Son los cautivos cristianos
Que ya sus cadenas lanzan,
Que abiertas ven sus prisiones
Por el Dios de las batallas,
Y al puro sol de los libres
Sus pálidas frentes alzan.
¡Con qué delicia contemplan
La luz y las nubes vagas
Que el firmamento coloran
De púrpura, azul y plata!
¡Con cuanta avidez respiran
Errantes y leves auras!
Padres, queridas esposas,
Dulces hijos le aguardan,
Y combates y altos hechos
Donde ganar honra clara.
Nade espera á Doña Alfonsa,
La noble y honesta dama,
Que de Ajataf los amores
Rechazó como cristiana.
Sus parientes muertos fueron,
Su hogar abrasó la llama,
¿Qué le resta? Su fe viva
Que á los cielos la levanta.
Fe, inextinguible en su pecho,
Que reflejó en su mirada,
Cuando más tarde cumplia
Su promesa ante las aras,
Y que ahora la conduce

A la basílica santa,
Ayer impura mezquita
De la secta mahometana.
En su espacioso recinto
Se elevan himnos de gracias,
Gira el religioso incienso
En flotantes oleadas:
Todo un pueblo reverente
Al Dios verdadero alaba,
Y la voz del sacerdote
Conmueve todas las almas.
Cuenta de Israel victorias
Cuando Moisés le guiaba,
De los fuertes Macabeos
Las portentosas hazañas,
El triunfo de Constantino
Debido á la Cruz sagrada;
Y del español Pelayo
La empresa inmortal ensalza.
Descubiertas las cabezas
Y las rodillas dobladas,
Óyenle aquellos guerreros
Que lidiaron cien batallas,
Y áun muestran con digno orgullo
Sangrientas y rotas armas.
Sobre sus tostados rostros
Brillan de entusiasmo lágrimas;
Y al salir del nuevo templo
Que al cielo ganó su espada,
Al ver la ciudad inmensa

De grandeza extraordinaria,
A un tiempo en mil y mil voces
Con robusto acento claman:
«Sevilla por nuestro Rey:
«Sevilla, ciudad cristiana.»

LS.C
G9843r

484825
Gutiérrez de Alba, José María (ed.)
Romancero español contemporáneo.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET